



Lemir 26 (2022) - Textos: 1-106

ISSN: 1579-735X

FRAY ANTONIO DE SAN ROMÁN

JORNADA Y MUERTE DEL REY DON SEBASTIÁN DE PORTUGAL

ANEXO: GABRIEL DE ESPINOSA,
EL PASTELERO DE MADRIGAL



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

ADVERTENCIA

EN la mañana del día 4 de agosto de 1578 se libró una gran batalla en Alcazarquivir, a pocos kilómetros de Tánger. En ella perdió la vida el joven e impulsivo rey don Sebastián de Portugal; resultó muerta o cautiva la mayor parte de la nobleza lusitana y, para remate de todo, sucedió lo que de tiempo atrás se temía: como Sebastián murió soltero y sin descendencia, el reino de Portugal acabaría dos años después en las

manos de España. En fin, la derrota de Alcazarquivir sumiría a los portugueses en una profunda melancolía.

Ya en las horas siguientes a la batalla empezó a formarse la idea de que don Sebastián habría sobrevivido, y esa idea se introdujo en Portugal al regreso de la expedición. Había nacido la mística del *sebastianismo*: don Sebastián reaparecería y sacaría a Portugal del marasmo. Las clases dirigentes no dejaron de favorecer aquel sentir popular, aunque no se les escapaba su nulo fundamento. En pocos años aparecieron cuatro presuntos don Sebastián: el primero fue condenado a galeras; el segundo, tercero y cuarto fueron ahorcados junto con sus favorecedores.

El caso más sonado de todos (ver *Anexo*) fue el de Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal de las Altas To-



rres (Ávila). En el convento de monjas agustinas de dicha villa estaba recogida desde niña Ana de Austria, sobrina de Felipe II como hija natural de don Juan de Austria. El capellán del convento era el agustino portugués fray Miguel de los Santos, desterrado de Portugal por haber favorecido las aspiraciones al trono de Antonio de Portugal, el Prior de Crato. El fraile vio en el pastelero un gran parecido físico con don Sebastián, consiguió su colaboración en la impostura y ambos convencieron a la monja de que se trataba realmente de su primo y que casándose podrían llegar a ser reyes de Portugal con apoyo de la nobleza lusitana. Espinosa fue casualmente detenido en Valladolid en posesión de unas joyas que le había entregado Ana de Austria y una carta de fray Miguel en que le trataba de «vuestra majestad». Se inició una investigación que llevó a la detención y severo interrogatorio de los implicados: Gabriel de Espinosa fue ahorcado y descuartizado

en Madrigal, y fray Miguel, previamente reducido a laico, fue ahorcado públicamente en Madrid. En cuanto a Ana de Austria, sufrió estricta clausura en un monasterio de Ávila hasta que Felipe III la perdonó.

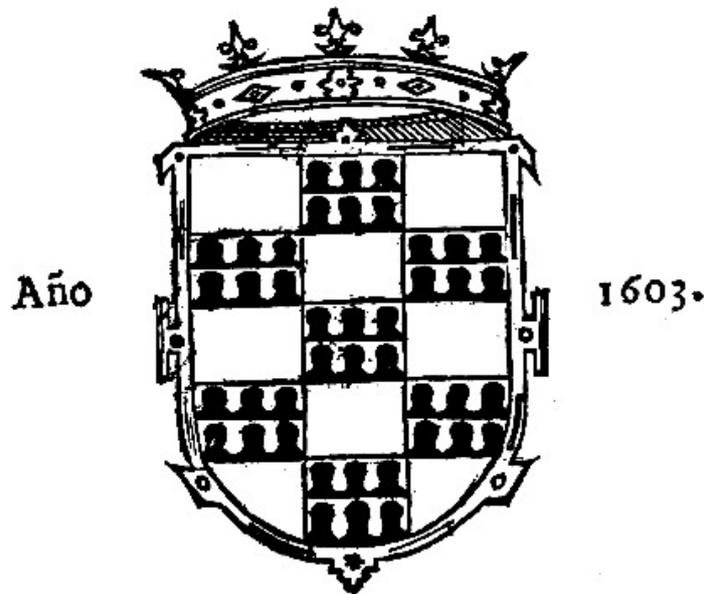
Aún latía el *sebastianismo* cuando apareció esta *Jornada y muerte del Rey don Sebastián de Portugal*. El benedictino Fray Juan del Valle, en su aprobación, ya dice que contiene «cosas dignas de saberse... por la incertidumbre que dellas hay, con que se saldrá de muchas dudas y opiniones llenas de error que entre algunos corren». Ciertamente esa era la idea del Autor fray Antonio de San Román: certificar la muerte del joven y alocado rey portugués y dejar bien de manifiesto la exquisita prudencia de que hizo gala Felipe II para no embarcarse en aquella aventura africana. El libro describe los preparativos y desarrollo de la desastrada expedición de don Sebastián y acaba con el retorno de sus restos mortales a Portugal. «De esta manera se perdió el Rey don Sebastián tan lastimosamente como he dicho, sin haber faltado un punto en todo ello al crédito de la verdad, según los papeles y originales muy fidedignos que he tenido. Lo demás que sucedió en el rescate de los captivos, en la sucesión del Rey don Henrique, en las mudanzas y alteraciones de Portugal, y últimamente en la unión con la Corona de Castilla, como volviéndose a su propio original, muchos lo han tratado y negocio es ya muy averiguado y que se va haciendo cada día más cierto, y así, no hay para qué hablar en ello, sino acabar en sólo este discurso de arrancar esta dificultad que ha desasosegado a muchos y averiguar esta verdad a satisfacción de todos para que con ella acudan (como es razón) a sus obligaciones».

E. S. F.
Barcelona, julio 2022

IORNADA
Y M V E R T E D E L
REY DON SEBASTIAN DE
PORTV GAL, SACADA DE
las obras del Franchi, ciudadano de
Genoua, y de otros muchos
papeles autenticos.

*Por Fray Antonio de san Roman, Monge de S. Benito, y
profeso de la casa de S. Zoyl de Carrion.*

Dirigido al Cõdestable de Castilla, Duq de Frias, &c. del Cõsejo
de Estado de su Magestad, y su Presidete del de Italia, &c.



EN VALLADOLID,
Por los herederos de Iuan Yñiguez de Lequerica.
Con Priuilegio.

TASA

YO Pedro Zapata del Mármol, Escribano de Cámara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, doy fee que, habiéndose visto por los señores del dicho Consejo un libro intitulado *Jornada y muerte del Rey don Sebastián de Portugal*, compuesto por Fr. Antonio de San Román, monje de la orden de S. Benito, que con licencia de los dichos señores fue impreso, le tasaron a tres maravedís cada pliego; que el dicho libro tiene veinte y cuatro pliegos, que al dicho precio monta setenta y dos maravedís en papel, y a este precio, y no a más, mandaron se venda, y que esta tasa se ponga al principio de cada uno de los dichos libros que así fueren impresos en virtud de la dicha licencia y privilegio, y para que dello conste, de pedimiento del dicho Fr. Antonio de San Román, di el presente. En Valladolid, a diez días del mes de mayo de mil y seiscientos y tres años.

Pedro Zapata del Mármol

ERRATAS¹

En Valladolid, a 6 de mayo de 1603 años.
Juan Vázquez del Mármol

CENSURA DE LA RELIGIÓN, por mandado del Reverendísimo Padre General

HABIENDO visto esta *Relación de la jornada y muerte del Rey don Sebastián de Portugal en las partes de África*, que ha sacado y compuesto el Padre Fr. Antonio de San Román, por comisión de nuestro Reverendísimo Padre General, me parece que se puede y debe imprimir, atento que no tiene cosa contraria a la fe ni buenas costumbres, sino cosas dignas de saberse, así por la incertidumbre que dellas hay, con que se saldrá de muchas dudas y opiniones llenas de error que entre algunos corren, como porque del suceso que tuvieron se aprenderá a tomar consejo y emprenderlas y guiarlas con él y con prudencia. En San Benito el Real de Valladolid, a diez y nueve de enero de 1603.

Fray Juan de Valle,
Prior de S. Benito

1.- El original declara unas veinte. Todas se han incorporado al texto sin dejar nota.

LICENCIA DEL REVERENDÍSIMO PADRE GENERAL

NÓS el Maestro Fray Alonso de Corral, Abad de San: Benito el Real de Valladolid y General de su Congregación, etc., por cuanto el Padre Predicador fray Juan de Valle, Prior de la dicha nuestra casa de S. Benito el Real, con nuestra especial comisión ha visto y examinado una relación que el Padre fray Antonio de S. Román, profeso y conventual de S. Zoil de Carrión, ha compuesto de *la Jornada y muerte del Rey don Sebastián de Portugal en las partes de África*, y no hallando en él cosa que contradiga a la pretensión de su Autor, sino que lo ha trabajado con mucha curiosidad para que conste clara y evidentemente de la jornada y pérdida de aquel Rey, atendiendo juntamente a que el dicho padre fray Antonio ha sacado la *Historia General de la India Oriental*, como cosas que tocan al discurso de las historias de aquel Reino, por la presente le damos licencia para que, presentando el dicho libro ante los señores del Supremo Consejo y cumpliendo en todo con las leyes y pregmáticas destos Reinos, pueda imprimirle en la forma acostumbrada, según que le hiciere merced el Rey nuestro señor por su privilegio, porque en todo ello le mandamos que guarde y cumpla lo que las leyes del Reino disponen cerca de la impresión de los libros. En fe de lo cual dimos la presente firmada de nuestra mano, autorizada con el sello de nuestra Congregación y refrendada por el Secretario della. En Casasola, a 23 de enero de 1603.

El General de S. Benito
Por mandado de su Paternidad Reverendísima,
Fr. Diego de Marquina

APROBACIÓN DEL SECRETARIO TOMÁS GRACIÁN DANTISCO

MUY poderoso señor. Por mandado de V. Alteza he visto esta relación de la *Jornada y muerte del Rey don Sebastián de Portugal*, sacada de las obras del Franchi,² etc., por el P. Fr. Antonio de S. Román, monje de S. Benito, y me parece que así por no tener cosa contra nuestra santa fe ni buenas costumbres, como por el buen lenguaje y estilo del Autor, que así en esta como en otras obras ha mostrado su gran ingenio y partes, se le puede dar la licencia y privilegio que suplica. En Valladolid, a dos los de febrero de 1603.

El Secretario Tomás Gracián Dantisco

2.- Gerolamo de Franchi Conestaggio: *Dell'unione del regno di Portogallo alla corona di Castiglia* (Génova-1585). De Franchi, mercader y literato, estuvo en la Corte lisboeta en los años 1576-1580.

EL REY

POR cuanto por parte de vós Fray Antonio de San Román, monje de S. Benito, nos ha sido fecha relación que vós teníades compuesto un librito intitulado *Jornada y muerte del Rey don Sebastián de Portugal*, que habíades sacado de papeles muy auténticos pretendiendo acabar de averiguar de una vez la verdad de aquella jornada, por lo cual nos suplicastes que atendiendo a que el dicho librito estaba visto y aprobado por vuestro General, como constaba de la licencia que con el dicho libro hacíades presentación, diésemos licencia y privilegio en forma para que por tiempo de veinte años, o por el que fuésemos servidos, imprimiédes el dicho libro en estos nuestros Reinos de Castilla o como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la pregmática por Nós últimamente fecha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vós en la dicha razón, y Nós tuvimoslo por bien. Por lo cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años, primeros siguientes que corran y se cuenten desde el día de la data desta nuestra cédula, en adelante, vós, o la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podáis imprimir y vender el dicho libro, que de suso se hace mención, en todos estos nuestros Reinos de Castilla por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin de Miguel de Ondarza Zabala, nuestro escribano de Cámara, de los que en el nuestro Consejo residen; con que antes que se venda lo traigáis ante ellos juntamente con el dicho original para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, o traigáis fee en publica forma de³ cómo por Corrector por Nós nombrado se vio y corrigió la dicha impresión por el original. Y mandamos al impresor que así imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego, ni entregue más de un solo libro con el original al Autor, o persona a cuya costa le imprimiere, y no a otro alguno, para efeto de la dicha corrección y tasa, hasta que primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo. Y estando así, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y en él, seguidamente, ponga esta nuestra licencia y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha pregmática y leyes de nuestros Reinos que cerca dello disponen. Y mandamos que durante el dicho tiempo persona alguna, sin vuestra licencia, no pueda imprimir ni vender el dicho libro, so pena que el que lo imprimiere y vendiere haya perdido todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que del dicho libro tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere, la cual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare. Y mandamos a los del nuestro Consejo, Presidente y Oidores de las nuestras

3.- Orig.: 'en'.

Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Chancillería, y a todos los Corregidores, Asistentes, Gobernadores, Alcaldes mayores y ordinarios, y otros jueces y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reinos y señoríos, y a cada uno y cualquier dellos, así a los que ahora son como a los que serán de aquí adelante, que os guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que así os hacemos, y contra su tenor y forma no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Fecha en Valladolid, a veinte días del mes de hebrero de mil y seiscientos y tres años.

YO EL REY

Por mandado del Rey nuestro señor,
Juan de Amezqueta

A JUAN FERNÁNDEZ DE VELASCO,

Condestable de Castilla, y de León, Camarero Mayor del Rey nuestro señor, su copero mayor; del Consejo de Estado y de Guerra, Presidente de Italia, Duque de la ciudad de Frías, Conde de Haro y de Castilnovo, señor de la casa de Velasco y de los Siete infantes de Lara, y de las villas de Villalpando y Pedraza de la Sierra, etc.

TAN de propósito he procurado valerme de la sombra y amparo de V. Excelencia desde que le ofrecí mi *Historia General de la India Oriental*, que ahora sale en público, que habiendo de sacar también esta *Relación de la jornada y muerte del Rey don Sebastián de Portugal en aquellas partes de África*, la ofrezco con el mismo pensamiento a V. Excelencia para que ampare una causa tan suya cuanto lo ha de ser el Autor todo el tiempo que le durare el término de la vida. Patrón es ya V. Excelencia de mis trabajos, y por el mismo caso andan a la sombra de su potencia para que los conozcan por hechura de V. Excelencia todos los que pusieren los ojos en ellos; porque así como celebra la antigüedad las tablas de Apeles y las estatuas de Fidias, por ser obra de tan famosos oficiales, así reconozcan los que están a la mira de los grandes sucesos cuán de mano de Vuestra Excelencia, como de tan gran Príncipe, ha de salir el amparo de semejante causa.

La obra es de tanta consideración, aunque tan poco caudalosa, que habiendo asombrado el mundo una tan gran pérdida de un Rey y de un Reino tan próspero y glorioso, es justo que V. Excelencia la ampare y que tenga en sus manos tanta seguridad que no la quebranten los ánimos dañados, pues va gobernada con un buen deseo, y juntamente la estimación que pretendo, para que se haga perpetua una memoria tan escurecida y que merece tenerla en todo el mundo. Aprovecheme mucho de los papeles del Franchi de Génova (entre otros), como tan acreditados que han sido, procurando sacarle la malicia de su libertad demasiada con el buen celo de la verdad, que solamente pretendo sacar en limpio por que no pueda ofender en algún tiempo un ánimo tan enconado como el de aquel extranjero que a sombra de la misma verdad ha querido menoscabar tan de propósito el valor de los portugueses, como si por haberles sucedido aquella desgracia perdiesen por eso en un punto el crédito y reputación que han adquirido en tantos años con tanta satisfacción de la mayor parte del mundo, que han atropellado con sus armas. Verdad es que la trata en el discurso de sus diez libros, porque tuvo sin duda grandes inteligencias para descubrirla con mucha sagacidad, aunque arguya algún rastro de venganza el mal ánimo que se le conoce. Es menester decir esto con tanta claridad, no por la satisfacción de Vuestra Excelencia, que sabe y alcanza muy bien semejantes cosas, sino por la de la nación portuguesa, en alguna manera ofendida.

Reciba Vuestra Excelencia esta obra con el ánimo que ya la ofrezco, para que con su grandeza tenga el crédito que pretendo; y pues V. Excelencia. tiene tan buena prenda en aquellos Reinos, entiendan muy de veras sus naturales que por la parte que le toca está su

honra y satisfacción muy en su punto estando a la sombra de tan gran Príncipe, cuya persona guarde Nuestro Señor como deseo. En Valladolid, a 12 de hebrero de 1603.

Antonio de S. Román

PRÓLOGO AL LECTOR

POR el mismo caso que el fundamento principal de la Historia fue siempre en favor de las cosas pasadas para imitación de las buenas y escarmiento de las que no lo son, he sacado esta *Relación de la jornada y muerte del Rey don Sebastián de Portugal*, que tanta fama dejó en el mundo de su pérdida, para cuyo entero conocimiento (porque aunque hay algo escrito, se ha perdido de vista por andar envuelto con la unión de Castilla), viendo que de aquí han resultado muchas novedades y habiendo encontrado muchos papeles auténticos deste negocio, lo he querido sacar a luz sin otra trabazón alguna, para que desta manera sepamos de una vez la verdad de una cosa tan escurecida y que ha pasado tan delante de nuestros ojos.

Ayudeme principalmente de los papeles del Franchi de Génova, que sin duda trató verdad, como hombre de tanta inteligencia, al cual solamente la libertad demasiada le puede hacer odioso, aunque ya sabemos cómo tratan los extranjeros de nuestras cosas; porque de la manera que parece mal un hombre desnudo, no dejando por eso de ser hombre, así también la verdad ha menester muchas veces alguna cubierta, principalmente cuando della se sigue alguna ofensa. Yo he apurado este negocio con todo el tiento posible, para que así pueda parecer la verdad en público sin daño de nadie. He pretendido, después del servicio de Dios, el del Rey nuestro señor, como tan dueño de la causa, pues de aquí se le siguió el aumento de su potencia para la defensa de la Iglesia, que siempre ha traído sobre sus hombros. Prevalecerá con esto la verdad, para que escarmienten los príncipes de la tierra a no gobernar por sola su cabeza negocio de tanta importancia, donde el daño es inmenso, y conozcan los hombres cómo son los juicios de Dios maravillosos.

Hallábase el Rey don Sebastián robusto, brioso, rico, mozo y cargado de grandes pensamientos. Quebrantó entonces Dios, por donde menos se pensaba, el arco de su indignación sobre su persona, siendo permisión suya que muriese este Sansón para que, reforzándose la potencia del Rey Católico, fuesen oprimidos los enemigos de Dios de allí adelante, que con tanta osadía han querido arruinar la Iglesia. Permitted para esto que se hiciese esta justicia en aquellos montes de Gelboe⁴ de aquella costa de África, donde cayeron los fuertes y fueron quebrantados los varones de Israel, pueblo tan suyo cuanto han sido los portugueses los vasos en que ha llevado Dios su nombre a los últimos fines de la tierra. Y porque tengo por causa propia la honra de la nación portuguesa (en cuyo testimonio anda ya en público mi *Historia General de la India Oriental*, que hará bueno lo que digo), pienso que no la hago en esto menos servicio, pues consta que hizo Dios su voluntad en esta demanda para que aprendan los hombres a no perder los estribos de la prudencia. Julio

4.- En la batalla del Monte Gilboa fueron derrotados los israelitas que mandaba el rey Saúl.

César, Pompeyo, Carlo Magno y otros famosos príncipes fueron muchas veces vencidos, pero no por eso perdieron el crédito de la fama que dejaron. Echarase a lo menos de ver en esta jornada una fidelidad tan grande de los portugueses con su Rey, que con saber evidentemente que iban a morir (pues dejaron hechos sus testamentos), se metieron con todo eso por donde quiso, sin hacer otra cosa que bajar los hombros y morir en su presencia.

Débense dar muchas gracias a Dios por el buen paradero que tuvo una calamidad tan grande, pues teniendo un Dios, una Fe, un Baptismo, una Iglesia y una naturaleza, ha sido Él servido que también estemos todos a la sombra de un Rey que hace con su potencia formidable la nación Española en todo el mundo. Quiera Dios que, pues mi deseo ha sido tan bueno, resulte de aquí su verdadero cumplimiento; a quien se deben dar solamente las gracias, si en ello se acertare, como Autor original de todo lo bueno; porque el trabajo que en esto tengo aventurado, cuando fuera de mucha más importancia, me queda satisfacción bastante en pensar que he acertado en ello.

DEL AUTOR AL TÚMULO Y SEPULCRO DEL REY DON SEBASTIÁN, que está en el Monasterio de Belén, fuera de la ciudad de Lisboa

AQUÍ yacen los huesos y memoria
de un Rey cuya potencia la eterniza.
Aquí descansa en polvo y en ceniza
el que murió en defensa de su gloria.
Aquí sólo su nombre atemoriza
la potencia Turquesca, cuya historia
en este cadahalso
verás, hombre con tanto fundamento,
sin ser en nada falso,
que a todo el mundo sirva de escarmiento,
pues esta es la justicia hecha en las manos
que gobiernan alfanjes africanos.

JORNADA Y MUERTE DEL REY DON SEBASTIÁN DE PORTUGAL

I PRINCIPIOS DEL REY DON SEBASTIÁN

AUNQUE en el Prólogo deo apuntado algo del pensamiento con que pretendo sacar en público esta *Jornada del Rey don Sebastián*, deseo tanto templar la malicia de los originales que he tenido con la suavidad de mi buen celo, que será menester hacer para esto alguna memoria de las grandezas de los portugueses, cuya causa tengo por tan propia como tengo dicho, la cual servirá⁵ también de alguna claridad para el discurso que lleva esta jornada, pues contraponiendo las cosas pasadas con las presentes se hallará una consideración profunda de la providencia de Dios, que al cabo de tanta prosperidad gobernó las cosas de Portugal de la manera que ahora vemos.

Había descubierto el Rey don Manuel⁶ (con quien alargó Dios muy en particular la mano de sus misericordias) aquel Imperio de la India, conquistando tantas Provincias del Oriente, ensanchado sus estados y comercio por la Asia, levantado el estandarte de la Cruz entre tantas y tan bárbaras. naciones, que dejando perpetua fama de sus grandezas, ejecutadas por mano de los más famosos y memorables capitanes que ha criado la milicia de Europa, otros macabeos en fortaleza, celo, religión y gobierno, dejó la sucesión de sus estados y grandeza al Rey don Juan Tercero, su hijo primogénito, después de haber reinado en Portugal con la mayor prosperidad que tuvo príncipe de su calidad y potencia. Dejó fundado su Imperio en el Brasil, cuarta parte que llaman del mundo, por las costas de África y tierra de Guinea hasta la India, Seno Pérsico, Mar Bermejo, Malucas, China y Japón, sustentando siempre con particular reputación tres guerras perpetuas: en África, donde puso la escuela de la milicia portuguesa; en el Brasil, donde tanto ha importado el cuidado con que se han domado aquellos bárbaros, y en la India, donde tan acreditadas han sido siempre las armas portuguesas, y en fin, dejando tanta generación de príncipes, que se estendió notablemente por la Cristiandad; y le cupo tanta parte al Rey Católico,

5.- Orig.: 'seruiran' (plana 1).

6.- Manuel I (1469-1521).

que sea en gloria,⁷ que por ella heredó aquella gran corona que se había destroncado de Castilla en el Primero Henrique y se volvió a encorporar en el último Henrique sin haber habido otro ninguno de por medio.

Muerto el Rey don Manuel, principio de tanta prosperidad y grandeza, y sucedióle su hijo el Rey don Juan,⁸ tercero deste nombre, quintodécimo de los reyes de Portugal desde don Alonso Henríquez, hijo del Conde don Henrique,⁹ hierno del Rey don Alonso el Sexto de Castilla, que ganó la ciudad de Toledo,¹⁰ fue prosiguiendo las conquistas de su padre, aunque con alguna más moderación, porque hallando tan bien fundado su Imperio, se preció mucho de conservarle más con la suavidad de la paz que con el rigor de la guerra. De aquí se le siguió a la nación portuguesa una conformidad muy grande con las más caudalosas de Europa, porque anduvo tan adelante el comercio de las drogas y riquezas de la India, que por su industria fueron siempre tratados con mucha conformidad. Como holgaron entretanto las armas algo más de lo que solían, y la nación portuguesa se halló tan reverenciada de las más principales de Europa y tan temida de las africanas (porque ya en la Asia estaban tan apoderados della, que con mediano gobierno se sustentaban), sucedioles a los portugueses lo que ordinariamente a todos los hombres: que con el ocio se entorpecen y con los regalos se mancan.

Murió el Rey don Juan el año de 1557 sin dejar otro sucesor más cercano que su nieto el Rey don Sebastián,¹¹ que por morírsele su padre el Príncipe don Juan,¹² casado con la Princesa doña Juana, hija del Emperador don Carlos y hermana del Rey Católico, tan en los principios de su casamiento que ni conoció a su hijo ni le quedó otro padre que su abuelo, entró luego en la sucesión del Reino de solos tres años de edad. Había sido tan deseado de los portugueses en vida de su abuelo, porque se le murió su padre dejando preñada la Princesa, que de aquí resultó también la extraordinaria afición que siempre le tuvieron.¹³ Vínose luego a Castilla, a la Corte del Rey su hermano, la Princesa su madre,¹⁴ y así quedó el Rey don Sebastián a la sombra de su abuela la Reina doña Catalina,¹⁵ que haciendo siempre gran confianza de los Padres de la Compañía,¹⁶ como tan celosos de la reformation cristiana, les encomendó su crianza para que le sacasen tan buen príncipe como le habían menester aquellos Reinos.

Parecioles a los Padres de la Compañía que estaba aquel Reino tan estragado con las riquezas de la Asia, donde habían sido tan famosas sus armas, que importaría mucho para su reformation y buen gobierno criar al Rey desde sus principios con tan buenos deseos

7.- Felipe II falleció en 1598.

8.- Hijo de Manuel I y María de Aragón, hija de los Reyes Católicos.

9.- Enrique de Borgoña, casado con Teresa de León, hija natural de Alonso VI.

10.- Alonso VI ganó Toledo en el año 1085.

11.- Nació en Lisboa el 20 de enero de 1554, festividad de San Sebastián de Milán.

12.- Juan Manuel, casado con Juana de Austria, falleció antes de alcanzar los 17 años. Era el único vivo de los cinco hijos varones de Juan III, de modo que Sebastián, su hijo póstumo, acabó sucediendo a su abuelo Juan III en 1557.

13.- Le apodaron «el Deseado».

14.- Lo hizo a indicación de su padre Carlos V, que tenía intención de abdicar. Su hermano Felipe estaba ausente de España, por lo que Juana asumió la regencia hasta 1559.

15.- Catalina de Austria, hija de Felipe *el Hermoso* y Juana *la Loca*. En 1562 cedió la regencia a su cuñado el Cardenal Henrique.

16.- Los jesuitas.

que los llevase después adelante. Comenzáronle a imponer en el estruendo de las armas juntamente con el recogimiento y observancia de un buen príncipe, para que acordándose de las grandes victorias y sucesos de sus pasados, el que les había heredado en sus estados no sólo los conservase honradamente, mas que ejecutando sus grandes bríos pasase con ellos adelante en honra de Dios y de sus Reinos y en menoscabo de tantos príncipes infieles como entonces tenían acosada la Cristiandad.

Llegado que hubo el Rey a edad de veinte años y corriendo el de 1574, le pusieron muy de veras en que menease las armas de manera que se hiciese famoso en el mundo. Estaba el Rey entonces muy próspero, y como él era naturalmente brioso y de grandes pensamientos, pareciéndole que no podía romper por Castilla estando tan de por medio el deudo, amistad y potencia del Rey Católico, dio en querer acudir a las guerras de la India, donde estaban tan acreditadas sus armas. Estuvo muy determinado de ejecutar estos pensamientos, hasta que por divertirle dellos los mismos Padres de la Compañía le hicieron que los dejase y atendiese a las cosas de África, como tan importantes y forzosas, pues estaban a la vista de su casa, y en caso que quisiese llevar la guerra de propósito, tenía allí sus lugares de Tánger, Ceuta y Mazagota,¹⁷ donde se podría recoger cuando tanto se le defendiese el enemigo.

Comenzose a ejercitar en las armas con ánimo de hacerse a los trabajos de la guerra. Ordenó de la juventud de Lisboa cierto género de milicia, haciéndolos salir ciertos días de la semana en campaña y ejercitarse en terciar una pica, en tirar un arcabuz, en acometer y retirarse, y en los demás actos de guerra, para poderse valer dellos en cualquier necesidad que tuviese. Metiose tan de veras en esto, y él era tan demasadamente arrojado, que aunque muchos conocían su daño y casi que adivinaban en qué había de paran todo aquello, no se atrevían a tratarle de otra cosa ni de irle a la mano como debieran. El Cardenal y Arzobispo don Henrique, su tío, y la Reina doña Catalina su abuela, que podían con más libertad decirle su sentimiento, tenían tan poca autoridad con él, que no hacía caso dellos, aunque había sido la Reina siempre su curadora y madre que le había criado; pero viéndole tan arrojado y que no bastaba su prudencia a detenerle, le fue dejando poco a poco y apoderándose tanto dél¹⁸ los Padres de la Compañía, que ninguna otra persona gobernaba la del Rey. Su intención era harto buena, pero en aquella coyuntura y con Rey tan brioso erráronlo notablemente

Para comenzar a ver y probar algo de la guerra que tanto deseaba, pasó el Rey en África con cuatro galeras y algunos navíos y carabelas con aquellos soldados de Lisboa que iba criando y ejercitando por su persona en las armas, año de 1574. Metiose en algunas escaramuzas que tuvo con los moros, y considerando las fuerzas de la tierra y que era menester mucha más potencia para romper de veras, se volvió luego a Lisboa con mayores y más encendidos deseos de llevarlos cuanto pudiese adelante.

Lo que más le acabó de destruir fue cierta competencia entre sus privados, desta manera: Pedro de Alcázoba, Secretario que fue del Reino, y del Consejo de Estado del Rey don Juan, y de la Reina doña Catalina y muy su privado, cuando el Cardenal don Henrique

17.- Mazagán. Hoy, El Yadida.

18.- Orig.: 'de' (9).

dejó el gobierno del Reino¹⁹ a su sobrino (que le había tenido desde que la Reina doña Catalina se había descargado dello en unas Cortes), parece ser que cayó en su desgracia y le quitó el oficio, más por parecerle que era cosa del Cardenal su tío, que lo quería mandar y poner ministros de su mano, que por culpas que en él hubiese; porque nunca se llevó con el Cardenal ni con los demás tíos y deudos suyos, queriendo ser siempre dueño de su gusto y no le torcer a nadie y pareciéndole que ellos le habían de encaminar con más libertad de la que otros tenían.

Llevó Pedro de Alcázoba a los principios este golpe con mucha prudencia; mas como esto de la privanza amarga mucho el dejarlo, anduvo tan cuidadoso por volver a su primero estado, que no trataba ni se ocupaba en otra cosa. Sucedióle en su cargo y privanza Martín González de Cámara, uno de los que él tenía por tan apasionado cuanto era todo de los Padres de la Compañía, a quien el Rey tenía particular afición y los que principalmente manijaban su persona y las cosas muy particulares del Reino. Viendo esto tan enconado don Álvaro de Castro, como tan del bando contrario y tan privado del Rey, le quiso apartar secreta y cautelosamente de la afición que tenía a Martín González, pareciéndole que era tan demasiada cuanto desproporcionada. Andando, pues, el Rey una vez en el cabo de San Vicente, como lo hacía a menudo, para hartarse de la gran gana que tenía de navegar, le significó el gran daño que se le seguía de la demasiada confianza que hacía de Martín González y los muchos inconvenientes que resultaban della. Sucedióle a propósito del demasiado imperio que tenían con él sus privados, viendo las demasiadas y rigurosas leyes que habían sacado para la reformation de los cambios de las monedas, de los trajes y hasta de las comidas, que llevándole un día a firmar un escribano una provisión, haciendo el Rey demostración de leerla o verla, le dijo entre burlas y veras: «Bien puede firmarla Vuestra Alteza; que aún ahora Rey es, hasta que vuelva a Lisboa».

Resultó destes avisos, y de otros que le dieron algunos bienintencionados, que el Rey dio alguna más entrada a Pedro de Alcázoba, y haciendo en aquella coyuntura el oficio del Despacho (que llaman en Portugal) Manuel Quaresma, él se daba tan poca maña en ello, siendo, como es, de tanto caudal y importancia, por ser a quien tocan las consultas de las mercedes que hace el Rey a las personas calificadas, que tuvo Pedro de Alcázoba lugar de meterse poco a poco, como hombre que tenía larga experiencia de razón de estado y de los negocios más graves del Reino. Para acabar de entablar mejor su pensamiento casó a su hijo mayor Luis de Alcázoba con una hermana de Cristóbal de Távora, gran privado del Rey y persona de quien se hacía mucha confianza. Por su industria comenzó a volver Pedro de Alcázoba en su primera gracia, facilitándole al Rey sus grandes pensamientos y trayéndole tan puntualmente a su gusto, que no miraba ni alababa otra cosa más de las que el Rey trataba y quería, que fue siempre el fundamento de las privanzas deste mundo, donde puede menos el buen celo que la lisonja. Con esta puntualidad, que era lo que el Rey quería de cuantos trataba, no se dejando jamás sujetar de nadie, le hizo Veedor de la Hacienda, que es en Portugal oficio supremo de Palacio, y le metió en su Cámara con harta más pujanza de la que antes había tenido.

19.- Henrique ejerció la regencia en el periodo 1562-1568.

II

Bandos²⁰ de los Jarifes de África

COMENZANDO, pues, los principios de su pérdida, para mayor inteligencia dello es de saber que siendo ya muerto Muley Mahamet, que llamaron «Jarife», aquel que ganó por sus armas los reinos de Marruecos, Fez y Tarudante en compañía de su hermano mayor Muley Hamet (como dello hay largas historias), y quedando concertado entre los dos cuando estaban en su pujanza que por cuanto ellos tenían hijos antes de verse en ella, sucediese, después de su muerte, al tío menor de edad el mayor de los sobrinos, porque alegaban que habiendo ellos nacido siendo sus abuelos reyes, tenían el derecho más favorable que sus padres, pues no habían nacido sino de unos moros particulares,²¹ de manera que al tío menor de edad hubiese de suceder el mayor de los sobrinos y nietos suyos que de sus hijos quedasen.

Pero sucediendo las cosas de otra manera después desta concordia y muertos los más de los sobrinos desastradamente y heredando entre todos Abdalá, uno de los hijos de Muley Mahamet, que reinó 17 años con notable prosperidad, persiguió tan de propósito otros tres hermanos suyos, que se ampararon los dos²² del Gran Turco²³ y se le pasaron de miedo del hermano. El tercero se acogió a los moros alarbes²⁴ de las montañas para hacerle perpetuas correrías y desasosegarle todo cuanto pudiese. Quisiera mucho haberles cortado el Rey las cabezas antes que llegaran a ponerle en aquel artículo de necesidad, porque menos que desta manera nunca aseguran estos bárbaros sus estados y sus personas. No obstante, pues, esta concordia de que le habían de suceder sus hermanos, hizo jurar en forma por heredero de sus estados a Muley Mahamet su hijo, que llamaron «El Negro»; el cual no se asegurando de su tío, hijo del Jarife mayor Muley Hamet, que era el principal heredero, viendo que se había acogido a Tremecén a la sombra del Turco, tuvo tal orden, que le hizo matar de un flechazo estando en una mezquita recogido.

Alborotose tan de veras el otro hermano, llamado Muley Moluco, de los dos huidos al Turco (cuando supo lo que pasaba), mancebo de grandes esperanzas que vivía en Argel harto encogidamente, que pidió favor al Rey Católico don Felipe por medio del Conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel, que fue Visorrey de Valencia. No pudo sacar resolución de su negocio, por ser tan dudoso y porque no le estaba bien al Rey Católico romper de aquella manera con el Jarife, por lo cual se fue a Constantinopla a valerse del Gran Turco. Estuvo allí muchos días, padeciendo sus necesidades, sin sacar cosa de socorro, aunque hacía muchas diligencias, hasta que, habiendo dado grandes muestras de su valor en la batalla naval de la Liga que hubo el señor don Juan con la del Turco,²⁵ y en la

20.- Discordias.

21.- Corrientes, sin linaje.

22.- Dos de ellos.

23.- Suleyman I.

24.- Beduinos.

25.- Selim II.

toma de la Goleta, cuando se perdió como sabemos, le dio el Turco tres mil soldados para que acudiese con ellos a sus tierras con ciertas condiciones que no le fueron cumplidas. Entró con estas pocas fuerzas por las tierras del sobrino, que ya su hermano Abdalá era muerto, y le rompió tres ejércitos, el último de los cuales era de sesenta mil caballos y diez mil infantes. Echole con esto del Reino, y como él fue siempre muy apacible, fue obedecido de sus moros fácilmente y tenido en mucha reputación de todos los señores de África.

Echado Muley Mahamet del Reino, se fue huyendo al Peñorán de Vélez,²⁶ fortaleza del Rey Católico que ganó el Marqués don García de Toledo, de donde le envió a pedir socorro, de consejo de un renegado, suplicándole que se doliese de su desgracia y le amparase en aquella necesidad tan grande. No hubo lugar de favorecerle, por consideraciones muy grandes que tuvo el Rey Católico, y así, se fue a Ceuta con ánimo de valerse del Rey don Sebastián, como quien echaba de ver en él grandes pensamientos de guerra.

III

Trátase la jornada de África

SABIDO todo este discurso, y viendo el Rey don Sebastián que para ejecutar sus grandes deseos ninguna ocasión podía hallar como aquélla, porque le persuadió principalmente el Moro que se podría hacer desta manera emperador supremo de África, puso el negocio en Consejo de Estado, donde hubo tantas dificultades que se atrevesaron, que se vino a poner en ello mucha duda, como cosa tan pesada y que si se ejecutaba había de remover tantos humores.

Alegaban algunos ser lícito favorecer aquel Moro, y negocio muy provechoso para el Reino; los demás fueron generalmente de parecer contrario, significándole no sólo no ser esto lícito estando tantos herejes de por medio en quien se podían emplear las armas con más bastantes ocasiones en favor de la Iglesia, pero ni aun haber en Portugal las fuerzas que eran menester contra tanta infidelidad como la de África, ni ser cosa conveniente al bien del Reino, pues ni tenía heredero que entrase a sucederle cuando alguna desgracia sucediese, ni convenía arriscar tan sin fundamento sus fuerzas en causa ajena. Alegáronle grandes ejemplos y razones para apartarle deste pensamiento de guerra, pero él estaba ya tan metido en ella, que ninguna razón fue bastante a que se dejase de favorecer aquel Rey moro. Resolviose de ayudarle con todas sus fuerzas y de probar con esta ocasión sus armas con las del Rey de Marruecos, como si entonces no le importara más que nunca tenerle por amigo y no poner en contingencia su persona y estados.

Pareciole, con todo eso, que no eran tan grandes sus fuerzas que bastase él solo a dar cabo de aquella jornada, y así, quiso meter en ella las del Rey Católico su tío, significándole lo mucho que importaba aquella guerra para la seguridad de sus estados tanto como para la de los suyos de Portugal, que corrían mucho menos peligro dado que el Rey de Marruecos se desmandase. Deseaba también casarse y procurar heredero antes de me-

26.- El Peñón de Vélez de la Gomera.

terse en aquella guerra, para la seguridad del Reino. Para todo lo cual, y que se tratase luego del casamiento con una de las dos hijas del Rey Católico, doña Isabel Clara Eugenia, que ahora está casada con el Archiduque Alberto, y doña Catalina, que fue Duquesa de Saboya, envió a Pedro de Alcázoba por su Embajador a Castilla. Después deste dicho casamiento, le dio orden para que entablase la jornada de África, como el punto principal de sus deseos, y después desto, que se viesen los dos Reyes en alguna parte acomodada y que más gustase el Rey Católico, sospechando que de la vista había de resultar la buena conclusión de todo.

Hizo el Embajador sus oficios en la Corte de Castilla con mucho cuidado, y al cabo de algunos días que fue oído y favorecido del Rey Católico, sacó en limpio, de las tres cosas que pedía: cuanto al casamiento del Rey con una de las dos infantas, que se le daría a su tiempo, luego que tuviesen edad bastante, sin declarar ni determinar por entonces cuál dellas sería; en lo de las vistas, que se llegaría el Rey Católico a Guadalupe y allí se podrían ver en aquel Monasterio como quisiese, pues estaba tan a mano para todos; y en lo de la ayuda para la jornada de África, que se la daría de soldados y galeras bastantes para contra Larache, pareciéndole que era esto mucho más seguro y más importante que lo de África, pues tenía el Rey de Portugal tan pocas fuerzas para ella.

Pareciple también al Rey Católico que le apartaría de aquella guerra si los dos se careaban, significándole cuán mal la fundaba, o que por lo menos no acudiese a ella por su persona. Escribióle el Rey Católico muchas veces sobre este negocio, y estuvo siempre tan metido en la guerra, que admitió luego el socorro de galeras y algunos tercios de soldados para Larache el año de 1577, con condición que aquel año no bajase armada del Turco sobre Italia, como se publicaba, porque si esto sucediese no podría dejar de haber menester todo cuanto tenía para la defensa de sus estados. El cómo se había de concertar todo esto quedó reservado para las vistas de Guadalupe. Volvióse con esto el Embajador Alcázoba a Portugal, y en cumplimiento de lo concertado partieron los dos Reyes para el dicho Monasterio con orden de todos a tiempo que allí se topasen.

Mandó el Rey Católico que fuese recibido y tratado el Rey de Portugal su sobrino como su misma persona dondequiera que llegase, y así, fueron aposentados los portugueses en Badajoz al uso de Corte, y en otras partes de Castilla donde estuvieron. Envío el Rey Católico para hacer el aposento allí al Licenciado Tejada, Oidor que es agora del Supremo Consejo, siendo entonces Alcalde de Corte, como persona de quien hizo siempre mucha confianza. Fue recibido el Rey don Sebastián con palio y con las demás ceremonias que se acostumbra en los recibimientos de los reyes naturales. Soltáronse los presos, fue llevado a la iglesia mayor con el Obispo y clero, dándole los Regidores las llaves de la ciudad, y en fin, se hizo todo aquello que se pudiera hacer con la persona del Rey Católico. Holgose mucho Su Majestad de verle y conocerle, y así, le recibió con notable gusto suyo, viendo en él un sobrino tan galán y robusto que él había siempre querido mucho. Trataron le los dos de «majestad» igualmente, de manera que se lo llamaron así de allí adelante; porque quiso el Rey Católico tratarle con esta igualdad en señal de lo mucho que le quería.

Llegado a tratar del negocio de la guerra, no pudo divertirle jamás el Rey Católico de que la hiciese por sus ministros, ya que estaba tan puesto en ella, sin haber de acudir a ella personalmente. Quanto al socorro, se excusó de darle lo mucho que le había prometido; por serle forzoso acudir a las cosas de Italia, según lo mucho que se publicaba la venida del

Turco. Dieron y tomaron sobre este negocio muy de veras, y deseando finalmente el Rey Católico darle gusto, se concertaron desta manera: que siendo parecer de todos, principalmente del Duque de Alba, que fuese un ejército de quince mil infantes, que no fuesen portugueses, sino de otras naciones, ejercitados en la guerra, entre italianos, tudescos y españoles, hubiese de pagar el Rey don Sebastián los diez mil dellos, y el Rey Católico los cinco mil, acomodando para todos ellos hasta cincuenta galeras de las escuadras de España. Todo lo cual en caso que no viniese el Turco sobre Italia, fuese sobre Larache en todo aquel año de 1577, y donde no, que pasado aquel año de 1577 no fuese el Rey Católico obligado a su cumplimiento.

III

Aparejos para la jornada

CONCERTADO esto desta manera, se partieron los dos Reyes cada cual por su parte, el Rey Católico para Castilla y el de Portugal para Lisboa, donde se habían de hacer los aparejos para la jornada. Comenzáronse a juntar luego armas y las demás municiones de guerra en todo el Reino de Portugal, aunque para los grandes gastos della no llegaban las rentas del Rey a un millón y cien mil ducados de los grandes derechos y alcabalas, que se pagaban en el Reino de a veinte por ciento. De lo demás del Brasil, de Mina,²⁷ de Santo Tomé²⁸ y de la India se sacaba otro millón puntualmente, porque otro tanto que debía de importar la India, allá se gastaba necesariamente en las armadas y presidios²⁹ que siempre anduvieron y se pagaron en aquellas partes. Y aunque era verdad que tenía el Rey estos dos millones y cincuenta mil ducados, llegaba tan poco a sus manos, que se gastaba lo más en su casa y en el servicio de su Corte, en salarios y en que era el Rey tan gastador y pródigo, que en sabiendo él de alguna persona señalada en alguna cosa, luego le favorecía y le daba cuanto tenía. Demás desto, estaban tan apoderados muchos de sus privados de los oficios gruesos, que era cosa lastimosa ver cuán poco dueño era el Rey de su hacienda. Hiciéronse conforme esto grandes diligencias para sacar dineros, con tanto sentimiento del Reino, que se alborotaron los pueblos demasiado, aunque no le perdieron al Rey jamás el respeto, que siempre fue amado grandemente de todos. Echose al Estado Eclesiástico la tercera parte de sus rentas, los cuales viendo que había de hacer el Papa cuanto el Rey le pidiese, a más no poder se juntaron todos y se concertaron por junto, con harta murmuración, en ciento y cincuenta mil ducados de contado.

Llegó este negocio tan adelante, que se consintió a los cristianos nuevos (que no caben en Portugal, según son muchos y caudalosos), como ya se les había otras veces consentido, que por docientos y veinte y cinco mil ducados que diesen cada y cuando que fuesen

27.- San Jorge de la Mina, Hoy Elmina, en el Golfo de Guinea.

28.- En el Golfo de Guinea.

29.- Guarniciones.

convencidos³⁰ de algún crimen de fe que perteneciese su conocimiento al Santo Oficio de la Inquisición, no perdiesen por vía de confiscación sus haciendas, como es uso, ley y costumbre Pusieron mayores tributos sobre la sal, que es una de las cosas que más se trata en aquel Reino, y contra la perpetua costumbre de la nobleza hicieron y obligaron a los nobles y señores titulados que acudiesen con cierta cantidad de dinero, más de lo que en España se acostumbra en el socorro de las lanzas³¹ con que sirven los señores a los reyes cuando hay tanta necesidad que lo pidan.

Hubo sobre este repartimiento algunas pesadumbres. Principalmente se sintió tanto desta demanda don Francisco de Melo, Conde de Tentugal, que escusándose de acudir con el dinero que le repartieron, escribió al Rey una carta harto libre y sacudida, como hombre que le lastimaba mucho una novedad como aquélla. Suplicábale que se doliese del Reino, y que, pues los reyes pasados no le habían cargado tanto la mano, no se dijese dél (como de Roboam)³² que les quería hacer reventar a todos; que jamás con sangre de pobres se había hecho cosa buena, pues tan de golpe les arrancaban su sustancia, que necesariamente habían de dar voces a Dios para que, como tan buen conocedor de intenciones, juzgase las suyas que lo padecían y las de sus ministros que lo disipaban. Finalmente, le escribió con tanta libertad su sentimiento, que se escoció mucho el Rey, y aun le valió al Conde el no pagar el dinero que le pedían, moderándose algo más de allí adelante aquel repartimiento. Y por que hiciese más el poco dinero que había para las pagas del ejército, se hicieron moneda corriente los reales castellanos, y los subieron a cuarenta maravedís cada uno, porque desta manera se doblaba aquella cantidad que hay de treinta y cuatro a cuarenta.

Hacía ejercitar el Rey la gente de guerra en los actos della con harto peligro suyo, porque siendo él tan amigo de: meterse en todo y de gobernarlo por su persona, hacía el oficio de capitán y el alférez y todos los demás que hay en un campo. Y como les hacía escaramuzar, romper, arremeter, retirar y otros actos de guerra, se metía tanto entre los arcabuces, que era cosa milagrosa ver cómo no salía muy señalado. No había quien supiese industrializar la gente sino era un Juan de Gama, que se preciaba de muy soldado. Todo esto iba más por fuerza de cumplir el gusto del Rey que porque la gente le tuviese, y así, no les lucía cosa más un día que otro. Diose el Rey a la caza muy de veras, como ejercicio verdaderamente de príncipes, de manera que todo su gusto era lidiar con un oso y alancear un jabalí, con otras cosas semejantes, en que vino a salir muy diestro cazador. Andábase en estas ocupaciones de un lugar para otro, buscando los peligros por su persona y pareciéndole cobardía y flaqueza meterse en el Tajo y en aquella barra de mar³³ que sale de Lisboa cuando estaba el tiempo apacible, sino cuando más alterado y más peligro amenazaba, como hombre que se andaba buscando la muerte por sus manos.

Juntáronse las provisiones tan de espacio, que no había orden de cosa buena; no se acababan de enviar dineros a Italia para la gente que allá se levantaba, ni en Alemania, donde ya estaban hechas algunas coronelías. Hasta las pipas³⁴ de que se había de proveer

30.– Que se les probase.

31.– Solados cuya paga corre a cargo del noble.

32.– Hijo y heredero del rey Salomón.

33.– Banco de arena.

34.– Barricas.

la armada estaban por venir de Liorna,³⁵ y los navíos que los³⁶ habían de traer en el puerto de Lisboa. De manera que por no haber dineros bastantes no hacían cosa³⁷ a derechas, y como Pedro de Alcázoba, a cuya cuenta estaban todos aquellos gastos, vio lo poco que se iba aparejando y el desconcierto grande de todas las cosas, quisiera darle cuenta al Rey de todo lo que pasaba, y no se atrevía, por verle tan engolfado en la jornada y que, habiendo él sido el que le puso en ella y el autor principal de todos aquellos movimientos, se avisó de volver contra él y caer en su desgracia.

Metido Pedro de Alcázoba en todas estas dificultades y viendo el mal recado que había de todo lo necesario, pues faltaban dineros, que son los nervios de la guerra, sospechó siempre que se vendría a quedar por parte del Rey Católico, por acudir a las cosas de Italia si bajaba el Turco o por otra cualquiera excusa que lo desbaratase, cargándole después la culpa de todo para que desta manera se echase de ver que no quedaba por el Rey don Sebastián, sino que había hecho todo su deber en ello. Sucedió todo esto al revés, porque como sus intenciones iban fundadas sobre falso, llevando al Rey engañado dieron dél el cobro³⁸ que veremos todos aquellos ministros que lo manoseaban.

V

Satisfacciones del Jarife

SABIDOS todos estos movimientos por el Jarife Muley Moluco y temiéndose que el Rey Católico se juntase con don Sebastián su sobrino, cuya potencia temía notablemente, le envió a decir, como tan discreto que era, que viese Su Majestad Católica lo que mandaba de su persona y de todos sus estados, porque, reconociendo las obligaciones que tenía para ello, le serviría con todo cuanto pudiese. Avisó luego el Rey Católico a su sobrino deste ofrecimiento, rogándole que, pues el Moro se allanaba en señal de tenerle miedo, le hiciesen que se declarase más, y que diese conforme esto de bueno a bueno lo que se pretendía por fuerza de armas. Estaba el Rey don Sebastián tan lejos de concertos y tan deseoso de guerra, que aunque le ofreció el Rey Católico esta ocasión tan buena, respondió que en ninguna manera se tratase de concierto con el Moluco, sino que se rompiese la guerra en todo caso, pues no era la peor señal que se temiese tan presto, no considerando el Rey que cuanto hacía el Moro era con ánimo de conservar la paz con prudencia.

Viendo el Rey Católico todo esto y lo mal que se iban aliando las cosas de Portugal, que ni se juntaba la gente ni se apercebían municiones, ni parecía que se había de llevar la guerra adelante, pues no habían venido los tercios de los italianos y alemanes que se esperaban, y que se alargaba el negocio para el año de 1578, negocio tan cierto cuanto estaba el Rey tan desproveído de todo lo necesario, le ofreció el Rey Católico por su Embajador don

35.– Livorno, en el Mar Tirreno.

36.– Entiendo que se refiere a los soldados.

37.– Orig.: 'cosas' (32).

38.– Ironía. 'Dar cobro' vale por 'poner a seguro'.

Juan de Silva, Conde que fue después de Portalegre, que, pues tanto se tardaba y estaba tan desapercibido, él le daría todos los navíos y gente necesaria de los tercios y escuadras de Castilla para abreviar la jornada, con condición que le había de dar los dos tercios de la especería que viniese aquel año de la India, según que se concertó en las vistas de Guadalupe, en caso que la necesidad le apretase tanto. Deste ofrecimiento, y de lo mal que sus ministros lo guiaban, vino a alargarlo el Rey para el año de 78, como no tenía los aparejos necesarios y vía que el Rey Católico, como tan cuerdo, aseguraba cuanto podía su partido temiendo la venida del Turco en Italia.

Había también enviado al capitán Francisco de Aldana, persona muy experimentada en las cosas de África, para que allá viese en traje de espía todo cuanto pasaba y trajese relación del estado y disposición de aquellos, puertos y de aquellos lugares al Rey don Sebastián antes que se hiciese aquella jornada, para ir más dueño della. Violo Francisco de Aldana con harto peligro suyo, y con los avisos que trajo le envió el Rey Católico a su sobrino para que le diese cuenta de lo que pasaba. Hízole mucha merced el Rey don Sebastián, y después de haberle oído con mucho crédito, que siempre tuvo, le tomó la palabra de que le serviría a su tiempo en aquella jornada. Dióle aviso de las cosas de África, y de todo cuanto pudo hallar en disposición de guerra, por haberlo visto con mucha curiosidad y informándose por su persona y de moros de la tierra que andaban en el servicio del Rey Católico. Dióle el Rey don Sebastián licencia, como ya entraba el invierno, para que se viniese a Castilla, y una cadena de oro, que pesó mil ducados, en pago del cuidado con que le había servido.

Entrado ya el año de 1578, trató el Rey don Sebastián con el Duque de Florencia por orden de su Embajador, que lo era en la Corte Romana Juan Gómez de Silva, que le dejase hacer en aquellos estados de la Toscana hasta tres o cuatro mil infantes que había menester para aquella guerra. Dio luego el Duque su consentimiento para ello, conforme lo mucho que se le había ofrecido para en cosas de su servicio, aunque le hizo mucha falta el poco dinero que el Rey tenía para haber de sacar aquella cantidad de gente. Envió a Flandes a Sebastián de Acosta para que pidiese a Guillelmo de Nassao, Príncipe de Orange, cabeza de los rebeldes de aquellos Estados contra la Majestad del Rey Católico su señor, que le hiciese otros tres o cuatro mil alemanes de los soldados viejos que andaban en las guerras de aquellas partes. Nombró cuatro coroneles que hiciesen luego doce mil infantes por el Reino, como fueron don Miguel de Noroña, Diego López de Sequeira, Francisco de Távora y Vasco de Silveira. Recogió del Reino de Castilla muchos soldados castellanos que acudían a la fama de la guerra, y demás de los que se venían desmandados, se tocaron cajas para ello en algunas partes del Andalucía sin entero consentimiento del Rey Católico, pues aunque es verdad que se hizo después todo lo que quiso el Rey don Sebastián, fueron castigados algunos dellos, como gente que sin orden de su rey natural se iban a servir a Reino extranjero.

VI

Dificultades que había para dejar la jornada

NO obstante todos estos apercebimientos, tenían todos por muy cierto que se desharía la jornada como el año pasado, siendo las fuerzas del Rey don Sebastián tan pocas para tan grande empresa que parecía temeridad solamente pensarla, y en caso que hubiese de hacerse, serían bastantes los ruegos y autoridad del Rey Católico, de la Reina doña Catalina y del Cardenal don Henrique para que no la hiciese el Rey por su persona; y como vieron desbaratada otra armada que los años antes había hecho el señor don Duarte, tío del Rey y hermano del Cardenal don Henrique, que murió en Évora el año de 1567, tanto de su enfermedad cuanto de verse poco favorecido del Rey su sobrino, pensaron todos que sin duda vendría a ser otro tanto de todos aquellos aparejos.

Pero como el Rey iba ya buscando la muerte por sus pasos contados, acabó de confirmarle más que nunca su fin desastrado en que, siendo Dios servido de llevar para sí a su abuela la Reina doña Catalina, que era la que en alguna manera le podía ir a la mano, no permitiendo que al cabo de su vejez viese por sus ojos una tan universal calamidad como vino al Reino; quedó el Rey más desocupado y sin persona que le pudiese tirar la rienda; porque también el Arzobispo Cardenal su tío se estaba retirado en Évora con hartos sentimientos.

Pidió el Rey la Cruzada al Pontífice, y no habiendo entrado hasta entonces en aquel Reino, se la concedió Su Santidad a título de ser la jornada contra infieles. Llegaron entonces los navíos de la India, que enviaba de vuelta el Visorrey della don Luis de Ataide, y venían más ricos que otras muchas veces. El Príncipe de Orange, aunque él los había harto menester para sus guerras, dio luego los tres mil tudescos que se le pidieron, como si los tuviera de sobra andando entonces más enconada que nunca la rebelión de los Países Bajos.

Apareció entonces, a nueve de noviembre de 1577, en el Zodiaco en el signo de Libra, la mayor y más extraordinaria cometa que han visto los hombres de muchos años a esta parte. Echáronse sobre ella grandes juicios, amenazado todos generalmente al Rey de Portugal, como le vían tan metido en la guerra y tan poco apercebido para cosa de tanta importancia, pues más que otras amenazan semejantes señales extraordinarias del cielo las vidas de los príncipes, en quienes hacen mayor impresión por ser de complexión más delicada que los otros hombres, criados al rigor universal de la naturaleza; y como también semejantes prodigios solían muchas veces interpretar los antiguos en su favor por dar animo a sus soldados en semejantes sucesos (como aquel capitán lacedemonio, que diciéndole los suyos la mucha gente que traía el Rey Jerjes, pues cubrían el Sol si disparaban todos los flecheros a una, respondió que tanto mejor, pues pelearían a la sombra, y aquel Príncipe de Orán, que queriendo dar una batalla en Italia con el campo del Emperador don Carlos, viendo que llovía a tiempo que estaba él bebiendo una taza de vino, dijo que era buena señal, pues no quería el Cielo que peleasen borrachos), o por mostrar que no hacían caso de semejantes novedades, decían los portugueses que les estaba herviendo la sangre, que aquel cometa antes decía al Rey «¡Acometa, acometa!» que señalar cosas lastimosas que otros muchos interpretaban; porque como le vían tan metido en la guerra, temían harto más su ira que la del Cielo. Desta manera parece que andaban más al com-

pás de su gusto que mirar lo que le cumplía y lo que amagaban todas aquellas cosas, por más que lo disimulaban y sentían de otra manera.

Sucedieron tras esto las revueltas de Flandes, más enconadas que nunca, porque se alborotaron de manera aquellos Estados contra el señor don Juan de Austria, que los gobernaba por el Rey Católico su hermano, después que salieron los españoles, que tanto ellos deseaban y tanto daño les hizo, que como tenía repartidas sus fuerzas por aquellas partes y pensaba sacar dellas en favor del Rey don Sebastián, viendo también que se había alargado la guerra en un año contra lo concertado le dio a entender con cuán poco socorro le podía acudir, pues estando las cosas de Flandes de aquella manera no podía dejar atender a su remedio, por lo que tocaba a su honra y a la vida del señor don Juan su hermano, que corría mucho peligro entre aquellos rebeldes.

Pensó el Rey Católico que con esta imposibilidad le apartaría de la guerra, siquiera vencido de la mucha necesidad que padecía, ya que no por otra cosa; pero el Rey estaba ya tan resuelto en ella, que no hubo hablarle en lo contrario, sino que había de pasar en África y hacer la guerra por su misma persona, pues con los italianos y alemanes que tenía no había menester el socorro de Castilla para conquistar medio mundo, cuanto más los aduares de África, que no le habrían visto en ella cuando se haría dueño de cuanto quisiese. Nacía toda esta confianza de verse el Rey tan robusto y gallardo que realmente se podía carear con cualquiera de persona a persona, y así, le daba mucha pena al Rey Católico no verle tan puesto en razón cuanto le arrastraban sus demasiados bríos, pareciéndole que sin su ayuda no podía dejar de suceder mucho daño de aquella jornada tan mal fundada.

Hízole sobre esto grandes oficios cuanto más iba con su prudencia descubriendo el peligro que corría, o que por lo menos, ya que tan deseoso estaba de guerra, no la hiciese por su misma persona, sino que la encomendase a sus oficiales, que era lo que más le importunaban todos, como adivinando siempre en lo que vino a parar. Escribióle muchas cartas de su propia mano con extraordinario encarecimiento, y hizo que también le escribiese el Duque de Alba, como el que tanta reputación tenía en el mundo de valor y prudencia. Envíole últimamente al Duque de Medinaceli, uno de los Grandes de España, para que en todo caso le apartase de que no hiciese la guerra por su persona. Pero como siempre las buenas intenciones y las buenas obras que se hacen en el mundo se echan comúnmente a la peor parte, decían muchos que todos aquellos oficios y diligencias del Rey Católico eran fingidas y hechas con particular artificio para que de una manera o de otra pasase el Rey de Portugal en África, pues en caso que le saliese buena la jornada, a ninguno le cabía mejor parte, en razón de que ganando a Larache o haciendo otras buenas suertes aseguraba mucho mejor los lugares de sus fronteras, y en caso que acertase a morir en la demanda, entraba él a heredar legítimamente aquel Reino, como nieto del Rey don Manuel y que tenía el derecho más favorable que otros pretendientes después de los cortos días del Cardenal su tío, habiendo faltado tantos herederos legítimos que le precedían si vivieran.

Todas éstas eran imaginaciones y sospechas de personas malintencionadas, porque no podía hacer menos el Rey Católico; lo uno, porque naturalmente fue amigo siempre de componer cualesquier diferencias de bueno a bueno antes que por el rigor de las armas, aunque perdiese alguna cosa de su derecho, como se le echó de ver esto en muchas ocasiones; lo otro, porque le importaba mucho tener entonces sus fuerzas enteras contra los Estados de Flandes, que se iban cada día empeorando, y finalmente, porque estando como

estaban las cosas de Europa amagando a muchas partes, érale forzoso estar a la mira para acudir donde más le apretase la necesidad. A cuya causa, y atendiendo con su gran prudencia a todos estos inconvenientes, había concertado cierta tregua y suspensión de armas con el Gran Turco, porque a él también le importaba no dividir entonces sus fuerzas por acudir a las guerras de Persia con el Sofí, que estaban más enconadas que nunca. En razón de lo cual, siendo Muley Moluco, Rey de Marruecos, hechura y amigo del Turco, no le estaba bien inquietarle tan al descubierto la África, pues al uno por el otro le había sido forzoso componerse como mejor pudieron.

Echósele de ver este buen deseo al Rey Católico en que procuró meter en la tregua al Rey de Portugal, y se lo rogó con mucho encarecimiento, atendiendo a que era sin duda lo que por entonces más le importaba. Pero como él estaba tan deseoso de guerra, le respondió que en ninguna manera entraría ni tenía para qué meterle en la tregua, y que se espantaba mucho de Su Majestad que por escusar los estados de Italia de turcos les hiciese aquella tregua de tres años tan poco provechosa, para que se llenase la África dellos y corriese España por aquella parte tanto mayor peligro con su venida cuanto era más flaca y estaba mucho más desapercibida que los estados de Italia por la parte que los podían ofender los Turcos; que conforme este pensamiento, le diese por lo menos la ayuda que estaba concertada, ya que no quisiese hacerse parte en la guerra contra el Jarife Muley Moluco, pues tan a poca costa no tenía qué temerse del vínculo de la tregua, haciéndose la guerra en nombre de solos los portugueses. Echaba muy bien de ver el Rey Católico con su profunda prudencia que iba don Sebastián perdido, y así, le pidió que de una manera o de otra se acabase de resolver de dejarlo, pues tanto les iba a todos. También el Rey don Sebastián le suplicó que se declarase del todo, porque de una manera o de otra era menester poner manos en la guerra y apercebir los pertrechos necesarios.

VII

Apercibimientos para la jornada

ANDÁNDOSE tratando estas cosas entre los dos Reyes, se iban ya aparejando en Lisboa los galeones y reteniéndose los navíos de los mercaderes para con ellos y con los demás que se iban fletando pasar el ejército, las vituallas, los caballos y las demás municiones necesarias. Nombró el Rey por General de toda la armada a don Luis de Ataíde, Conde que fue de Atouguía,³⁹ aunque no pasó adelante con su oficio, porque como todo lo mandaba Pedro de Alcázoba y los demás privados, restringíansele de manera que, haciendo él sentimiento dello, como hombre que le dio Dios valor para muchas mayores empresas (según lo mostró en el Oriente), fue menester proveerle Visorrey de la India para en alguna manera contentarle y hacer ellos cuanto quisiesen con más libertad y señorío. Hizo el Rey, según esto, General de la armada a don Diego de Sosa, y para la gente noble y forasteros que habían de pasar en la jornada a título de aventureros,

39.- Atouguia da Baleia.

fue nombrado Cristóbal de Távora, Caballerizo Mayor y Camarero del Rey, que quiso honrarle con este título de Capitán de los aventureros. Y porque se vio la ventaja que había de tener el Rey moro de caballería, se mandó prevenir la infantería con tanto mayores aparejos, y que ninguno llevase caballo que no fuese señalado para ello; que no fuesen a la ligera, como los caballos ligeros que llaman «de frontera», sino a manera de los antiguos hombres de armas. Quedáronse muchos hombres principales a pie conforme este bando, siendo una cosa muy notable ver cómo se aparejaron los portugueses para esta jornada; porque no había concierto en las juntas, ni en las pagas ni en las muestras que se tomaban a menudo; todo era confusión y desorden, siendo una cosa muy de notar que, habiendo tenido siempre los portugueses opinión de muy grandes soldados y que sabían gobernar la guerra con mucho concierto y prudencia, no parece sino que la comenzaban entonces, o que algún secreto juicio de Dios les traía de aquella manera.

Vistiéronse los hombres principales a la castellana, que fue una demostración extraordinaria para la mucha reformación y poca costa de los trajes de aquel Reino. En lugar de limpiar y acicalar las armas, recamaban los vestidos; en lugar de los buenos coseletes, buscaban los jubones y calzas de obra llenas de entretelas y bordados; en lugar de bizcocho y agua dulce, cargaban de barriles de conservas, de cajas y azúcares regalados, y, en fin, todo su cuidado eran los aparadores, de plata, las tiendas y pabellones de rasos, sedas y brocados, y otras semejantes galas, como si fueran a unas bodas entre amigos y conocidos, y no a una guerra tan desigual y peligrosa con los moros de África. Todos los caballeros y gente noble iban como la persona real proveídos y regalados, y los demás morían de hambre, cuya posibilidad no alcanzaba semejantes ostentaciones. Tenían fama de mucho más de lo que llevaban, y, en fin, iban tan cargados de regalos, que necesariamente como lo iban de oro y de seda habían de quedar muertos o cargados de hierro, debiendo ser al contrario; que a ley de gente que sabe de guerra, habían de ir cargados de hierro (siquiera por los muchos que hicieron) para volver victoriosos y cargados de oro.

Determinado, pues, el Rey de pasar personalmente en África, le dio cuidado el pensar a quién dejaría por Gobernador en su ausencia. Llegose a Évora a verse con el Cardenal su tío, que estaba allí retirado en su iglesia tan enfadado y desabrido cuanto cargado de achaques y indisposiciones, a cuya causa, llegando el Rey a tratarle del gobierno, se escusó lo mejor que pudo alegando que se hallaba muy quebrantado para negocio de tanto peso. Y aunque tenía tan poca autoridad con el Rey que por el mismo caso que se lo pidiese no había de hacerlo, le suplicó muy de veras que se doliese de aquel Reino que dejaba tan desbaratado y confuso, y dejase para otra mejor ocasión la jornada de África. Hizo el Rey caso desto como le había hecho de todos los que se lo habían pedido, y así, viendo que el Cardenal no se quería encargar del Reino, se volvió a Lisboa y nombró cuatro Gobernadores que administrasen justicia en su ausencia, como fueron don Jorge de Almeida, Arzobispo de Lisboa, Pedro de Alcázoba, Francisco de Saa y don Juan Mascareñas, a quienes dejó un sello con sola esta palabra, «Rey», para que despachasen en su nombre los negocios.

Dábase entretanto mucha prisa en África el Jarife Muley Mahamet para que el Rey don Sebastián diese toda la posible en la jornada y en meter el ejército por aquellas tierras, certificándole que al momento que pareciesen las banderas de Portugal en África se levantarían en su favor los más lugares della, de manera que pudiese hacer con mucha seguridad la gue-

rra. Con todo eso, le suplicó que, aunque recibía en aquella restitución el favor que toda su vida conocería, que, según estaba la tierra, le parecía que no trajese tanto estruendo como se publicaba, porque viéndole tan poderoso los moros y que pasaba con tanto apercibimiento, se detendrían mucho en acudirle con sus personas, sospechando que más venía para hacerse señor de todo que para la restitución que se publicaba. No le contentó al Rey este consejo del Moro cuando él debía ponerle más ánimo, pues era el fundamento de aquella guerra; y así, cuanto más le aconsejaba esto, tanto más deseaba pasar allá en persona, y aun hacerle verdaderas sus sospechas, pues se dice que llevó consigo la corona y las demás insignias reales para coronarse en África por absoluto señor della al modo de aquellos emperadores romanos que antiguamente celebraban desta manera sus conquistas, teniendo siempre por cierta la victoria y no haciendo más caso de los moros de África, como si no fueran descendientes de aquellos que por justo juicio de Dios atropellaron a España.

Sucedió en aquella coyuntura, que el Alcaide de Albarcín de Arcilla,⁴⁰ que la gobernaba por el Jarife Moluco, por ocasiones que tuvo se la entregó a don Duarte de Meneses, Gobernador y Capitán de Tánger, y se pasó al servicio del Rey de Portugal, pareciéndole que habiéndose de hacer la guerra por aquella parte sería acertado volverla a su dueño, pues poco antes había sido de portugueses, y no querer pagarlo por todos. Holgose el Rey don Sebastián mucho cuando supo desta entrega y que andaba ya aquel alcaide en su servicio, pareciéndole que se le iba ya muy bien entablando aquella guerra y que lo tendría tan granjeado el moro Muley Mahamet, que haría cuanto quisiese de los alcaides y jeques de aquellas fronteras para que también hiciesen la guerra por su parte y desasosegasen al Moluco cuanto pudiesen luego que comenzase a campar el ejército.

Sucedió por entonces que se levantaron en Irlanda algunos lugares caudalosos contra la Reina de Inglaterra,⁴¹ señora de aquellas islas, en favor y defensa de la religión católica, antes que acabasen de corromper la tierra las herejías de Calvino, y otras setas de otros famosos herejes que tienen corrompida tanta parte de Europa. Salió a esta causa, como tan propia de la Sede Apostólica, el Pontífice Gregorio Decimotercio, siendo las cabezas de aquel levantamiento el Conde de Desmond, en nombre de los caballeros y gente noble, y Juan Anel⁴² de los populares y plebeyos. Los cuales persuadieron al Pontífice a que con algún socorro que les diesen de importancia levantarían en aquella isla el bando de la Iglesia y se rebelarían contra la Reina de manera que la diesen tanto en que entender por aquella parte, que pudiese ofenderla otro cualquier príncipe cristiano muy a su salvo. Comunicolo el Pontífice con el Rey Católico, como único amparo y defensor de la Iglesia, exhortándole a guerra tan importante y tan cristiana, pues aunque estaba de paz con la Reina, podía muy justamente fomentarla, pues ella también lo hacía en los Estados de Flandes favoreciendo al Príncipe de Orange y a los demás rebeldes a la sorda, aunque en público se trataron de amigos hasta que adelante se rompió la guerra muy de veras. Determinose el Rey Católico de favorecer tan santa impresa con voz de que se hacía en nombre de la Iglesia y del Pontífice, como padre de aquellos pocos católicos que conservaban la fe entre tantos herejes.

40.– Assilah, villa amurallada en la costa Atlántica, entre Tánger y Larache.

41.– Isabel I.

42.– Sean O'Neill.

Mandáronse hacer en su patrimonio algunas compañías de infantería para acudir a este negocio, y hechos hasta seiscientos soldados, se embarcaron en Civita Vieja a cargo del Marqués Tomás Esternuchi,⁴³ inglés, que le había el mismo Pontífice favorecido y amparado en la misma causa de la fe. Embarcáronse en una nao ginovesa para pasar a Irlanda, la cual llegó a Lisboa en aquella coyuntura cuando más se iba el Rey aparejando para aquella jornada. Supo luego de su venida, y pareciéndole que los italianos que estaba esperando del Duque de Florencia no acababan de venir por falta de dineros, quiso probar aquel tercio que traía el Marqués con qué ánimo habían tomado tierra y si se querían quedar en su servicio, pues venían a tan buen tiempo. Hízolos desembarcar y aposentar en Oeiras, que es un lugar tres leguas de Lisboa a las bocas del Tajo, junto adonde es ahora la fortaleza de San Gian,⁴⁴ que es la llave de Lisboa. Fueles a ver un día por su gusto y por aficionarles con aquel favor tan público. Holgose mucho de ver el buen concierto que tenían, la destreza con que tiraban un arcabuz, con que terciaban una pica y con que atacaban una escaramuza y hacían otros actos de guerra, en que les vio el Rey hacer muestra de sus personas conforme al rigor de la disciplina militar que profesan las naciones de Europa. Trató con el Marqués de que se quedase y le sirviese en aquella jornada, pues venía a tan buen tiempo, y él se lo pagaría muy honradamente. Diose cuenta dello al Rey Católico para que se hiciese con su consentimiento; el cual no lo contradijo por no se mostrar parte interesada, y como sólo el Pontífice era el principal a quien tocaba aquella mudanza, parecioles que primero que le fuese el aviso y volviese la respuesta de su consentimiento estarían ya de vuelta y podrían proseguir su jornada. Hízoles dar paga, en señal de que quedaban en su servicio, y⁴⁵ mandoles hacer muy buen tratamiento entretanto que se hacía tiempo de pasar en África.

Aparejábanse entretanto todas las cosas necesarias para la jornada, y llegándose a la ciudad de Lisboa la infantería que habían hecho los tres coroneles don Miguel de Noroña, Vasco de Silveira y Diego López de Sequeira, se quedó el cuarto, que era Francisco de Távora, en el Algarve, donde había de embarcar su gente y tomar desde allí su camino con el cuerpo de la armada. Estaban ya también en las bocas del Tajo los tres mil tudescos del Príncipe de Orange, que habían venido en urcas⁴⁶ y navíos flamencos, a cargo del Capitán Martín de Borgoña, señor de Tamberg. Fueron alojados por mandado del Rey en la villa de Cascaes y su comarca, con harto sentimiento y aun mal tratamiento de los naturales, porque, como ellos no eran muy católicos y venían hechos al estruendo y libertad de los Países Bajos, hicieron algunas cosas tan mal hechas, que sola la necesidad con que el Rey estaba dellos y el haberlos él traído a su casa podía sufrirlas.

Ya que se iba poniendo todo a punto, deseaba mucho el Rey verse y carearse con el Duque de Alba para comunicarle sus pensamientos en aquella guerra, como quien tanto sabía della y de las cosas de África principalmente, donde había servido a la persona del Emperador algunas veces. Hizo para ello algunas diligencias, así con el Rey Católico para que se lo mandase, como con el mismo Duque; pero él anduvo tan cuerdo, que se escusó de las

43.- Thomas Stucley. Falleció en Alcazarquivir.

44.- São Gião.

45.- Suplo 'y' (60).

46.- Barcos de carga.

vistas con ocasión de sus indisposiciones ordinarias, de manera que no se le cumplió este deseo. Harto le decían muchos al Duque que no era aquel favor para dejar de ejecutarle y hacer caudal de la estimación en que el Rey le tenía; pero él respondió, como quien era, que habiendo visto al Rey tan determinado en aquella jornada en las vistas de Guadalupe, con haberle apretado tanto el Rey Católico, y por las muchas cartas que habían andado de una parte a otra sobre la misma causa, tenía por imposible apartarle della, como todos pensaban, si llegaban a verse. Y que habiendo sido él (conforme esto) tan cuidadoso en su mocedad de su honra y reputación como sus grandes empresas daban testimonio, no le estaba a él bien ni era cosa justa dar tan mala cuenta de sí en la vejez, cuando había de andar con más tiento, que le hiciesen autor de la pérdida de un Rey y de un Reino cuando alguna desgracia sucediese de las muchas que amagaba aquella guerra.

Dábase el Rey don Sebastián mucha priesa para la partida, y así, hizo embarcar los soldados luego como fueron llegando los coroneles con sus tercios, número tan desigual al que se había publicado, que no llegaban a nueve mil todos ellos. Los señores solamente lo tomaban todo, porque cada uno dellos ocupaba un navío, de manera que iban los demás harto mal acomodados. Andando el Rey con esta priesa, se fue una mañana a la iglesia mayor con el estandarte de la jornada, donde le hizo bendecir solemnemente del Arzobispo de Lisboa y le entregó al Alférez Mayor de su mano, encomendándole mucho la buena cuenta que deben dar todos los caballeros de semejantes insignias, donde va la honra de su Rey. A la vuelta de la See (que así llaman allá las iglesias catedrales), pensando todos que se iba derecho a Palacio, se embarcó luego en una galera, que era la capitana, en que había de ir su persona, para que todos se aprestasen con fama de que se quería partir al momento. Y aunque sucedió esto a diez y siete de junio de 1578, se estuvo ocho días en el puerto sin salir de la capitana entretanto que acababan todos de apercebirse.

VIII

Parte el Rey para África

A veinte y cuatro de junio, día en que celebra la Iglesia el nacimiento del Bautista, salió la armada del puerto de Lisboa con viento próspero, y con tan gran contento del Rey cuanto no sentía, como mozo poco experimentado y robusto, el mal que le estaba amenazando. Pero como quería Dios castigar aquel pueblo, por sus ocultos juicios ellos mismos se iban a África con tanto peligro, dejando el Reino pobre, sin dinero, sin nobleza, sin heredero y en manos de cuatro gobernadores malquistos. Lástima de las mayores que han sucedido en el mundo, y particular. juicio de Dios que habiendo ellos sido tan grandes soldados, que tanto supieron de guerra y tantos reyes bárbaros habían domado, en aquella ocasión de tanta importancia le cegó al Rey su propia confianza, y *omnis sapientia eorum devorata est*, como dijo el Real Profeta.

Salió, pues, el Rey de aquel puerto de Lisboa con señales tan amenazadoras, que contra lo que suele siempre suceder en semejantes jornadas, había un silencio funesto, una triste-

za extraordinaria en todos; que con estar aquel puerto lleno de bajeles, no se oía una caja ni una trompeta, ni señal de aquella alegría que se acostumbra entre gente de guerra. más que si fueran encantados, Todos iban no sé de qué manera, en fin, como hombres condenados a muerte; sólo el Rey iba que no cabía de placer. Y con todo eso, al arrancar la galera capitana rompió el espolón contra una nao flamenca que allí estaba en aquella ría. Una pieza de artillería que dispararon de tierra dio también en el esquife de la capitana y mató un marinero, que según ello iba de mala manera, lo tuvieron por ruin pronóstico. Llevó el Rey en su compañía toda la nobleza del Reino; principalmente iban con él:

Don Teodosio el Duque de Barcelos, primogénito de Braganza, que ahora lo es de aquellos estados, a quien enviaba su padre el Duque don Juan porque quedó tan enfermo que no le pareció que cumplía con sus obligaciones si no enviaba allá a su hijo primogénito.

El Duque de Avero don Jorge de Alencastro.

Don Antonio, Prior de Crato,⁴⁷ hijo del Infante don Luis⁴⁸ y cabeza de los movimientos de Portugal contra el Rey Católico.

Don Jaime, hermano del Duque de Braganza.

Don Alonso de Portugal, Conde de Vimioso.

El Embajador de Castilla don Juan de Silva.

El Obispo de Coímbra don Manuel de Meneses.

El Obispo de Oporto don Aires de Silva.

Don Vasco de Gama, Conde de Videgueira.⁴⁹

Don Francisco de Gama su hijo, que lo es ahora.

El Conde de Mira don Alonso de Noroño.

El Conde de Redondo don Luis Cotiño.

El Barón de Alvito Juan López.

Don Duarte de Meneses, Maestro de Campo General del ejército.

Don Antonio y don Lorenzo de Noroña, hijos del Conde de Linares.

Don Miguel de Noroña, Coronel del Campo.

Vasco de Silveira, Coronel del Campo.

Francisco de Távora, Coronel del Campo.

Diego López de Sequeira, Coronel del Campo.

Cristóbal de Távora, Capitán de los aventureros.

Don Luis de Silveira, hijo del Conde de Sortella.⁵⁰

Don Antonio de Castro, señor de Cascaes.

Don Martin Alonso de Castro, su hijo de don Antonio.

Luis de César, Proveedor de los almacenes.

Don Nuño Mascareñas.

Don Gerónimo Manuel.

47.- De la Orden de Malta. Aunque era nieto por línea masculina de Manuel I, Antonio era hijo ilegítimo de Luis de Portugal, lo que perjudicaría sus aspiraciones al trono tras la muerte del rey Sebastián.

48.- Luis de Portugal (1506-1555), hijo de Manuel I y María de Aragón, hija de los Reyes Católicos.

49.- Vidigueira.

50.- Sortella,

Ruy de Silva, hijo del Embajador de Castilla.
Don Luis de Portugal, hijo del Conde de Vimioso.
Don Francisco de Portugal, que fue Conde de Vimioso.
Don Constantino y don Nuño y don Francisco de Melo, hijos del Conde de
Tentugal.
Don Gerónimo Lobo, trinchante del Rey.

Y finalmente fueron todos cuantos hidalgos y caballeros se hallaron con comodidad, conforme echaban de ver la gana que el Rey llevaba, pues no podían dejar de acompañar su persona. Salida la armada del puerto de Lisboa, llegó a Lagos, lugar del Algarve, donde recibió el tercio de Francisco de Távora, que se había hecho en aquella provincia. Juntáronse allí otros muchos bajeles, que llegaron la armada a número de casi mil dellos. Con todo eso, iban tan mal apercebidos, que si no eran cinco galeras y hasta cincuenta navíos gruesos, todos los demás iban muy desarmados, y las más eran barcas para llevar caballos y municiones.

Llegó el Rey desde el Algarve a la ciudad de Cádiz, donde le estaba esperando don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, Duque de Medina Sidonia, que festejó y regaló su persona y la de aquellos, caballeros con mucha libertad y grandeza. Persuadióle el Duque, con mucha discreción, que atendiendo al mucho peligro que llevaba su persona, fuese servido de quedarse allí, y que pasando adelante sus capitanes, hiciesen la guerra lo mejor que pudiesen, pues iban tantos caballeros en aquella armada, que se les podía muy bien encomendar cualquier empresa. Aprovechó tanto la intercesión del Duque como las otras muchas diligencias y oficios que sobre la misma demanda le habían hecho de parte del Pontífice, del Rey Católico, y de todo el Reino de Portugal, que como si todos adivinaban lo que había de suceder, así le apretaban más en ello.

Estúvose allí la armada ocho días a manera de flota de mercaderes, sin guarda y sin centinelas, como si no fueran de guerra y como si no fuera conforme las leyes della hacer los actos de obligación aunque estuviesen en tierra de amigos. Partida la armada de Cádiz, se pusieron brevemente en las almadras de Tánger y Arcilla, donde ancoraron y se detuvieron algunos días, resolviéndose el Rey de ir a desembarcar sobre Larache. Luego que se publicó por la tierra la venida de la armada se descolgaron hasta quince mil moros de guerra por aquella parte, para hacer el daño que pudiesen en los portugueses y defenderles la entrada por la tierra; que según había llegado la fama de su potencia, estuvieron todos aquellos lugares de Tetuán con grandes miedos y pocas esperanzas de poderse defender.

Con todo eso, antes que se llegase la armada a tomar tierra, dejando el Rey todos los demás bajeles, se llegó con las cinco galeras y cuatro galeones muy bien artillados a su lugar de Tánger, donde se detuvo muy poco tiempo, porque habiendo enviado a Muley Xequé, hijo del Jarife Mahamet, mancebo de doce años, para que corriese la tierra con el Capitán Martín Correa de Silva y algunos caballos portugueses y moros, y asegurasen la armada por aquella parte hasta Mazagán en favor de los pueblos que se quisiesen rebelar al Moluco, se volvió luego a la armada, dejando en la fortaleza nuevo presidio de bisoños y llevando consigo al Jarife Muley Mahamet con cuatrocientos caballos y ochocientos arcabuceros que allí había recogido, número muy desigual para lo mucho que había prometido.

Diose orden a los soldados para que desembarcasen y se refrescasen un poco, con condición que se volviesen luego a los navíos o se fuesen a Larache en algunas barcas que se previnieron. Hubo sus dificultades en esto, y ya que desembarcaron, fue con tanto desconcierto, que no había volverles a la armada, por la poca obediencia que tenían y porque, como estaban tan desproveídos de agua, procuraban todos cargar mucha antes que se volviesen a ver en otro mayor aprieto. Alojose el campo casi en la ribera del mar, teniendo fortificados los alojamientos con carros y fajina⁵¹ de una parte, y de la otra con el mar y la ciudad, que les hacían reparo. Estuvieronse desta manera alojados quince días, y como se había publicado tanto la venida de los portugueses con el Rey en persona, estaban ya todos aquéllos lugares marítimos de Larache y Tetuán alborotados, tratando ya de poner remedio en sus cosas rindiéndose con partidos tolerables o acogiéndose a las montañas antes de probar el rigor de la guerra, como gente vil y medrosa que son todos aquellos moros de la costa.

Sabia ya el Jarife Muley Moluco todo cuanto pasaba en aquella armada, desde que salió de Portugal, por vía un portugués, que había tomado en Lagos una fragata suya, que había enviado desde Marruecos a tomar lengua de Cádiz y Arcilla, con mucha particularidad de la que se pensaba, a qué llegaría la gente del Rey de Portugal, qué tal era, qué prevenciones traían y otras muchas cosas. El cual sintiéndose mucho de aquella guerra sin haber dado ocasión para ella, pudiendo confederarse con el Turco si no fuera por el respeto que tenía al Rey Católico, y de que le quisiese quitar sin más ni más el Rey de Portugal su Reino por favorecer a otro moro no más amigo ni más interesado, principalmente habiéndose él allanado tanto con el Rey Católico de estar a derecho y de ponerse en razón de bueno a bueno si alguna queja tenía de su persona, con condición que no le pidiese cosas tan en menoscabo de su honra que llegasen a ser imposibles. Procuró conforme esta justificación salir a la defensa, pues Andrea Gasparo Corzo, su privado y natural de Córcega, había procurado tanto componer aquellas cosas cuanto fuera razón ponerse en ella y no querer atropellarlos a todos de aquella manera. Quiso, con todo eso, para fundar mejor su justicia, saber si le podría componer pacíficamente antes que se rompiese la guerra, como el que tan bien sabía los muchos gastos, peligros y dificultades que traía consigo, que sin duda ninguna se justificó el Moro más de lo que se pensaba. Ofreciole de dar cuatro leguas más de tierra por labrar alrededor de los fortalezas y lugares que tenía en aquellas partes de África, para su mayor seguridad y provecho, con absoluto y mero mixto imperio.

Respondiole el Rey don Sebastián rasamente, como quien estaba muy lejos de componerse, que por cuanto él tenía hechos grandes gastos en aquella armada, con tantos soldados extranjeros como traía en ella, no podía alzar la mano de la guerra y dejar de llevarla a su debido cumplimiento si no le dejaba luego los lugares de Cabo de Aguer, Tetuán y Larache. Anduvo Andrea Gasparo Corzo en estas conveniencias con deseo de suspender las armas y dar contento al Rey Católico, que se lo había pedido algunas veces, demás de ser cristiano y ver al Moro tan bien intencionado; pero como supo que don Sebastián pedía cosas tan excesivas y que ninguna razón le ponía en camino, respondió a la demanda que era demasiada confianza del Rey de Portugal la que fundaba en tan poca potencia, fuera de su casa, en tierra ajena, y con tan pocas ventajas en ella, que no podía pedirle más cuando le tuviera cercado dentro de Marruecos, y le quisiese poner en manos de Muley

51.- Haces de ramas.

Mahamet su enemigo quitándole el Reino que él había ganado por su capa y espada, el cual, según esto, le había de defender a pesar de todos sus enemigos y de quienquiera que se quisiese atravesar de por medio.

Envió luego a Reduán, renegado portugués y su proveedor general, que le pusiese en campaña todas las tiendas y pabellones de guerra que tuviese para alojar el campo, lo cual se hizo al otro día, tomando al pie de legua y media los alojamientos que le hizo. Tratose de todo esto antes que el Rey don Sebastián entrase en África, de manera que a los veinte y seis de mayo se fue el Jarife la vuelta de Suso, ciudad principal de Marruecos, a la parte septentrional, para dar por allí el orden conveniente al discurso de la guerra.

Entendió allí que ya el Rey don Sebastián era partido de Lisboa, y así, dio luego la vuelta a Marruecos, donde dejó por su gobernador y lugarteniente al renegado Reduán, y juntando la gente de guerra que siempre tiene el Reino a punto y pagada, de hasta diez y seis mil caballos y tres mil arcabuceros, alojó su ejército en Camis. Vino de Camis a Temisná⁵² en tres días, lugar de frontera de los que tiene el Rey de Portugal en aquellas partes y donde se suelen juntar las Cortes Generales de aquellos Reinos. Dióle allí un grandísimo dolor de estómago, con vómitos y calenturas que le apretaron mucho, y lo sintió notablemente, no tanto por la enfermedad cuanto por el estorbo que le había de ser para la guerra; pero luego que supo cómo estaba el Rey don Sebastián en Cádiz, se llegó a Salé, harto indispuerto y achacoso. Entre los caballos y soldados de infantería que llevaba iban muchos renegados andaluces, que dio siempre de traer para su guarda con alabardas al uso de la guarda española.

En Salé supo cómo era ya llegado el Rey don Sebastián a Arcilla, y pasando el rio Marmora dos leguas y media de Alcázar, se fortificó lo mejor que pudo en aquel sitio. Hizo traer mucha cantidad de metal de Marruecos, de la cual fundió por su mano cuatro piezas gruesas de artillería, trayendo las tres dellas consigo, con otras que ya tenía, para la fortificación del campo, dondequiera que le asentase. El cual fue marchando la vuelta de Alcázar con pensamiento de seguir la fortuna de la guerra, en caso que le quisiese entrar el Rey don Sebastián por la tierra, o fortificar por lo menos aquellas fronteras, si por ventura le quisiese tomar a Larache, por que no se desmandasen los moros de las montañas, con quien se temía que estaba confederado el Jarife Muley Mahamet su enemigo.

IX

Apercíbense los Reyes para la guerra

TENÍA el Jarife Muley Moluco un hermano bastardo, llamado Muley Hamet, que en su nombre y como Príncipe sucesor en el Reino gobernaba los estados de Fez, el cual viendo ya la guerra tan adelante, como Capitán General de aquella provincia, salió luego en campaña con todos cuantos soldados pudo juntar de infantería y caballería, que serían veinte y dos mil caballos y cinco mil y quinientos escopeteros, entre ellos gente muy bien apercebida y que se podía hacer della cualquier con-

52.- Orig.: 'Vino de Camisatemisná' (78).

fianza. Fuese llegando a Alcazarquivir para esperar allí a su hermano el Jarife, que llegó a veinte y cuatro de julio, tan al cabo de su enfermedad, que no se podía ya tener a caballo. Con todo eso, aunque había venido en litera, luego que vio el campo de su hermano se puso a caballo para recibirle más en público y dar ánimo al ejército, que estaba a la mira, porque sin duda que pone mucho ánimo el rostro del rey entre la gente de guerra cuanto más se hallan apretados.

Cuando llegó Muley Hamet junto al Rey su hermano hizo dar dos vueltas al caballo, apeándose luego y besando la tierra en señal de humildad y reconocimiento, como es ceremonia universal con los reyes moros, que cuanto más bárbaros quieren ser más adorados en la tierra. Hizo entonces una gran salva la arcabucería del campo, recibiendo con aquel aplauso al hermano del Rey, o porque traía tan gran ejército, o porque le quería tanto el Rey, que tuvieron todos por cierto que había de venir a ser su Capitán General por entonces, o su Rey por lo menos, según iba el Moluco empeorando de su dolor de estómago. Por lo cual no entró, como solía, en el alojamiento con la solemnidad acostumbrada, sino que se metió en su litera y hizo al hermano que en su nombre diese una vuelta al campo, para que reconociese las estancias y a él también le tuviesen mayor respeto, pues según iba acabando la vida era menester que le conociesen con tiempo.

Supo cómo enviaba el Rey de Portugal la vía de Mazagán un alcaide moro, llamado Muley Nec, con alguna gente de guerra, y así, le envió al encuentro a su sobrino Muley Dau con dos mil caballos y alguna infantería para que le fuese a la mano y le estorbase que no corriese la tierra y hiciese daño en la comarca. Había ya enviado algunas compañías a Cabo de Aguer y Larache pensando que allí había de dar luego el Rey don Sebastián; pero luego que supieron cómo había desembarcado en Arcilla, se volvieron a juntar con el resto del ejército, pues ya no había qué temer por aquella parte.

Era el rey Muley Moluco valeroso por su persona; muy liberal, como hombre que por sola su industria se había sabido valer entre los turcos y conquistado valerosamente aquel Reino; animoso, valiente, apacible y de otras condiciones muy buenas; y así, como haciendo burla de los portugueses y de estimarlos en tan poco como a su enemigo y competidor Muley Mahamet, dijo públicamente en el campo a sus alcaldes y moros principales, que el que no quisiese andar en su servicio muy a su gusto y contento, que se fuese con la bendición de Dios y se pasase a servir a Muley Mahamet si era más su amigo que su persona y si le tenían alguna obligación honrada, porque les daba desde luego licencia para ello y se lo agradecería mucho, no tanto porque él estimase en poco a su enemigo cuanto porque no quería tener ninguno en su servicio contra su voluntad y forzado, siquiera, porque si otra cosa les quedase allá dentro no le metiesen en nuevos peligros al tiempo de la necesidad, pudiendo irse luego de bueno a bueno antes que en otra ocasión le hiciesen mayor daño. Apretoles mucho sobre esto, como aquel que sabía granjear la gente de guerra con mucha prudencia, certificándoles que en ello le harían muy gran servicio, y al contrario una muy grande ofensa si otra cosa pareciese adelante. En cuyo cumplimiento, teniendo algunas sospechas de unos tres mil caballos que no andaban con seguridad en su campo, les encomendó muy de veras que ninguna otra cosa hiciesen en aquella jornada más que correr el campo de los portugueses, atendiendo a que si ellos estaban de malicia y malintencionados, se podrían pasar con más comodidad a su enemigo, siquiera por la mucha libertad

que les daba de declararse⁵³ con tiempo, estimando en más esto que no venir adelante a mayores inconvenientes.

Obró tan diferentemente en los tres mil moros esta intención del Jarife, que estimando en mucho aquella gran confianza que hacía dellos, sin sospechar el respeto por que lo había hecho fueron los que mayor fidelidad le guardaron y los que más honradamente le sirvieron. Desta manera aseguró su gente con suavidad y buena maña, de manera que se le pasaron muy pocos al campo de los portugueses, porque dondequiera pueden mucho las buenas obras, pues aun entre estos moros se valió mejor el Rey contra lo que dellos temía que con el rigor y violencia que suelen tener con sus súbditos los príncipes y superiores, haciéndoles reventar a pura fuerza, lo que acaso no hicieran si les llevasen de otra manera.

Corrían estos tres mil caballos el campo de los portugueses de seiscientos en seiscientos, desasosegándoles por dos veces que les tocaron arma desta manera con sus arremetidas a la ligera. De suerte que estando los portugueses en sus alojamientos y pensando que venía sobre ellos todo el campo de sus enemigos una vez que vieron bajar un recuesto una banda de seiscientos caballos, pensaron que eran acometidos de propósito; y no obstante el fuerte alojamiento que tenían y estar tan a mano de su ciudad, y de su armada a tiro de arcabuz, en caso que corriesen algún peligro, estuvieron muy a punto de embarcarse, harto alborotados con sólo aquel sobresalto. Y aunque los enemigos se volvieron luego a sus alojamientos después de una pequeña escaramuza que tuvieron con los moros del Jarife Mahamet, que estaba alojado fuera de los reparos, quedaron los portugueses tan despavoridos y amedrentados, que resistiéndoles y afeándoles la embarcación sus coroneles y capitanes, avergonzándoles con aquel asombro tan fin fundamento, se derramaron algunos por la tierra, huyendo del ejército para Tánger. Siguióseles desto otra mayor dificultad, y es que como estaban los moros de Tetuán y de otros lugares de la comarca a los pasos para robar y desvalijar los que se desmandasen, como es cosa muy acostumbrada en África luego que se oyen las cajas de guerra, no llegaban por allí espantados, cuando les cogían a manos y les hacían sus esclavos sin más dificultad que si no llevaran armas a cuestras.

Pareciose al Rey con esta arremetida de lo mores; que estaría el alojamiento más a propósito fuera de la ciudad que de la manera que antes le tenía, pues en haberse retirado los moros tan presto le parecía que le temían mucho, y que según esto podría salir a las escaramuzas con más comodidad que estándose pegado a las almenas. Llegaron luego otro día dos mil caballos del enemigo a tocarle arma, como antes, y saliéndoles el Rey al encuentro con seiscientos caballos de los pocos que tenía, atacoles de manera la escaramuza, que se fueron retirando los moros a buen paso. Acabó de creer entonces el Rey que le temían y de persuadirse que les llevaba de ventaja el ánimo con que hollaba la tierra, y preciándose más de soldado atrevido que de capitán remirado y cuerdo, echó tras don Duarte de Meneses, su Maestro de Campo, que había seguido la escaramuza por otra parte, donde se metió de manera acuchillándose con los moros y se vino a hallar tan solo, sin un arcabucero ni persona que le guardase la persona en más de tres leguas que había corrido, que fue milagro y particular favor de Dios que no le matasen en algún paso, siendo principalmente conocido por sus insignias y por el coraje que llevaba, y acabándose allí la guerra con sólo que le embistieran media docena de arcabuceros moros; porque cuanto

53.- Orig.: 'declare' (82).

más importaba su persona para la conservación de todo su campo, no parece sino que se metía entonces en lo más peligroso y arriscado, como si tuviera aborrecida la vida y no pudiera hacerse famoso con mucho descanso, sin tanto desasosiego y sin que aventurara para cumplimiento de sus bríos demasiados el sosiego y composición de España.

Tuvo nueva el Moluco desta escaramuza y lo bien que se había apretado, en el alojamiento donde estaba de aquella parte de Alcázar esperando el resto del ejército que había de venir de Tetuán y de Mequinez, lugares caudalosos en aquella costa marítima. Así fue que llegaron presto al campo muchas tropas de caballos, y como él deseaba mucho atajar los pasos a los portugueses antes que se le metiesen a correr la tierra como tenía lengua dello, todo su cuidado era estorbarlo, como el que vía claramente el mucho daño que se le podría seguir dello. Procuró por otra parte entablar de manera su campo, que si quisiese el Rey don Sebastián correr la tierra, le llevase siempre a la mira, aventajándose en los alojamientos y apretándole de manera que no pudiese hacer jornada si no fuese muy a su costa y sin las vituallas necesarias, que era lo que más le había de estrechar y hacer dar la vuelta con tiempo en caso que, hallándole alguna vez entrampado, no pudiese dejar de venir a batalla con riesgo de su persona y de todo su campo. Dio orden como como se talase la tierra por aquella parte de la costa, para cansarle más cuando quisiese campear, como digo, porque tuvo desta manera la victoria por cierta sin que le fuese menester llegar a ocasión de batalla, según le iba llevando de ventaja.

Llevaba el Jarife un ejército muy poderoso, y el campo de los portugueses iba tan desproveído de vituallas, que como habían traído muchos regalos y se les habían acabado antes de lo que pensaban según llevaban la cuenta hecha, sufrían esta necesidad con mucho disgusto, y estaban muy en peligro de hacerseles un golpe irremediable con la traga y astucias con que iba el enemigo gobernando la guerra aun con estar tan imposibilitado de administrarla por su persona. Llamó entonces el Rey don Sebastián a consejo las personas y caballeros que le daban y le tenían en su campo, viendo lo que pasaba; y aunque se les pidió sobre lo que debía hacerse, no hubo hambre que con libertad se atreviese a darle sobre la partida; porque aunque les constaba ser negocio más seguro el llegarse con la armada a Larache, como le vían al Rey tan de otro parecer y tan engolfado en su gusto, no obstante el peligro que siempre vieron, querían más complacerle con el consejo dañoso que contradecirle con el que les parecía bueno aunque más resistencia les hiciesen sus demasiados bríos y la mucha gana que se le conocía de guerra. Deseaba él mucho campear por tierra, haciendo el oficio de Capitán General y todos los demás del ejército, sin considerar la dificultad que llevaba el camino y los grandes peligros en que se metía entre tantos enemigos tan bien apercebidos, pues, como tan mal aconsejado, no teniendo aún noticia del ejército del enemigo, pensaba que no había más sino correr la tierra con seguridad, y que no le habían de hacer resistencia cuantos moros le saliesen al encuentro, sino que le habían de huir el cuerpo, como lo habían hecho en las arremetidas de Arcilla, que fue el cebo de su demasiada confianza.

Uno de los que más le lisonjeaban era don Alonso de Portugal, Conde de Vimioso, que había sido de la Cámara y Proveedor del campo la otra vez que había el Rey pasado en África, el cual salió tan desacreditado de aquella jornada, que se quejaban todos que les mataba de hambre a causa de su poco apercebimiento. Y así como sus émulo le ponían esto con otras cosas para ponerle mal con el Rey, quería él por este mismo camino de

ambición persuadirle que se anduviese campeando por la tierra, aunque le pareció siempre consejo temerario y dañoso. Preciábase, junto con esto, muy del valiente y consejero, fundando grande infamia en hacer la retirada, como convenía, por lo que juzgarían los castellanos, que había sido aquello punto de cobardía. Parecíale, pues, que desta manera se echaría luego de ver forzosamente la falta de vituallas por el camino, de manera que no pudiese marchar el campo y quedasen odiosos y malquistos del Rey los ministros y proveedores que llevaba, para que desta manera les pudiese él hacer mal y daño con las mismas armas que le habían a él hecho el suyo, escusándose también desta suerte la jornada, y para que lisonjeando al Rey y haciéndose de su parte en la determinación que tenía, fuese tenido por valeroso y le cayese en la primera gracia que antes tenía.

Principalmente se movía a ser deste parecer que se fuese el Rey campeando, porque haciéndose él autor de aquella resolución, si sucediese tan perjudicial y dañosa como se pensaba, sería el daño tan universal y tan grande que no se echaría de ver tanto, pues se aventuraba en ello la vida del Rey, y en caso que saliese bien de aquella dificultad, salía él con la suya con demostración de correr por su cuenta, pues él era de aquel parecer solamente. Fundaba esta dudosa opinión de manera que, como el Rey no deseaba otra cosa, íbase cada día cebando más en ella, diciendo que estando ya aquel su ejército señor de la campaña de África, no era razón dejarlo y volverse a embarcar con tanta perdida de reputación, estando toda la Cristiandad a la mira de aquella jornada.

Ofreciose el Conde de ser el primero que hiciese camino al campo con toda seguridad, pues aunque era verdad que era mucho menor que el del enemigo, era a lo menos tanto más valeroso, cuánto ya se había visto por experiencia cuánto menos valía un moro que un cristiano y con cuánta superioridad habían atropellados siempre los portugueses de aquellas fronteras todas aquellas provincias de África. Dificultole mucho el llegar a desembarcar a Larache, y que corría mucho peligro si se ejecutaba aquella resolución tan poco honrada. Decía también qué diría el Rey Católico⁵⁴ y todos sus castellanos si se volvían a la armada: que bien se les echaba de ver a los portugueses lo poco que se habían de dar mano en aquella jornada que había hecho tanto estruendo sin su favor y socorro, no se atreviendo a meter los pies en África, pues ya que una vez habían desembarcado, sin advertir ni considerar lo que hacían, se habían vuelto a retirar como cobardes.

Contra este parecer del Conde de Vimioso se opuso Luis de Silva con el suyo, uno de los caballeros de inteligencia que iban en el ejército y de los que más reputación y privanza tenían con la persona del Rey. Procuró con todas sus fuerzas divertir el parecer del Conde, como tan temerario y mal fundado, alegando la poca razón que tenía, pues era duro negocio que se anduviese un ejército como aquél de lugar en lugar mendigando, sin que interesase en ello cosa de propósito, teniendo tan a mano aquella armada, que tan fácilmente se podría ir proveyendo con ella de agua, que era lo que le faltaba solamente, estando tan cerca de los lugares; que había de irse costeando, que era negocio muy seguro andarle por el mar no habiendo por entonces que temerse de armada de enemigos, pues ni en África la había ni las del Turco podían bajar en aquellas partes, por andar entonces muy ocupado en las guerras de Persia, y tener seguras las espaldas en el Rey Católico, que nunca dejaban sus armadas de asegurar aquellos mares; que era de mucha comodidad andarse con la

54.- Orig.: 'Catholicos' (95).

armada, por ser mucho más corto el camino por agua que por tierra venciendo y atropellando mil dificultades; la desembarcación, tan fácil donde quisiese, pues no hallaría resistencia en aquellos lugares, y, en fin, que era muy dificultoso andar por tierra, y de peligro muy notable, por no haber nueva cierta dónde anduviese el enemigo ni con qué potencia estaba prevenido donde le tendrían a cuestras cuando menos se catasen, y siendo menester algunas cosas de las muchas que tenía necesidad el ejército, sería negocio muy dificultoso proveerse de la armada alejándose tanto della, ni menos poderse favorecer de sus galeras en cualquier aprieto que se hallase; que detrás del ejército, a la parte de Larache, estaba el río Luco (que llama Tolomeo «Lisso») por la mano siniestra arriba, del cual estaba el lugar un poco retirado; que no teniendo el ejército puente ni barcas con que pasarlo, convenía, caminando por tierra, dejar el camino del mar y por un camino largo meterse tanto por la tierra que hallasen cercado el vado y defendido de los moros, o la puente, si la buscasen, de la misma manera, donde cuando llegasen no sabrían cómo vadearlo estando los enemigos a la defensa del paso, que era de creer que estarían apercebidos.

En estos dos contrarios pareceres, uno de caminar por mar y otro por tierra hasta topar la puente, se dio otro tercero, no muy malo, de que marchase el ejército la larga del mar y siempre a la vista de la armada, llevando los carros y bagajería al lado izquierdo en lugar de reparos, de manera que, entrados por el río, pudiese pasar a su salvo la gente de la otra banda en los mismos navíos. Este parecer, que era como medio entre los dos sobredichos, ni le parecía mal ni bien al Rey, porque apretando más sobre ello y siendo los principales del Consejo de parecer que se fuese por mar, como cosa más segura y más fácil, y la parte del Rey que se marchase por tierra, aunque el tercero parecer era acomodado para lo uno y para lo otro, se escogió el peor y más dañoso, que fue marchar el campo por tierra por no haber podido arrancar al Rey deste propósito, que deseaba notablemente andar en campaña y acaudillar su ejército, según se hallaba con bríos para tomarse con toda la África.

El Jarife Muley Mahamet salía cada día con nuevos pareceres y opiniones, vacilando de suerte en ellas, que se le echaba bien de ver la poca confianza que tenía de salir con honra de aquel negocio, aunque vía al Rey tan empeñado en su favor. Parecíale a él que, en caso que el Rey de Portugal venciese, querría meterse a la parte y hacerse dueño de todo, o de las principales fuerzas de Marruecos por lo menos, para seguridad de sus fronteras y para tener mayor aparejo de entrar algún tiempo en África con tan grande potencia que no pudiesen resistirle los moros. Mas viendo que se perdía toda aquella jornada si el ejército venía a dar la batalla, a lo menos las muchas esperanzas que tenía, parecióle, como cosa de más seguridad, aconsejarle, como los demás, que se fuese a Larache por mar antes que por tierra, pues se podía ganar aquel lugar tan fácilmente, y volverse con este buen lance a Portugal dejando su ejército en África, con el cual se podría acreditar con los moros y revolver las cosas de manera que apretase mucho más al Rey Maluco su enemigo, y pudiese hacer muy a su salvo la conquista y gobernar la guerra con más tiento y prudencia que al presente se llevaba, porque, según ello iba, no había hombre que no adivinase en lo que había de venir a parar aquella temeraria jornada.

Sirvieron todas estas consideraciones del Moro tanto como las que se habían ya ofrecido, porque estaba el Rey tan arrastrado de su desgracia, que le llevaba despeñado por sus pasos contados. Mandó a don Diego de Sosa que, como General de aquella armada, le esperase con ella la vuelta de Larache entretanto que se llegaba con el ejército a Alcazar-

quivir, por ser aquél el camino de la puente. No llegaba todo el ejército del Rey a trece mil infantes y mil y ochocientos caballos: los ocho mil infantes portugueses, tres mil alemanes, casi dos mil castellanos que fueron a servirle en aquella jornada, como ya he dicho, y seiscientos italianos del tercio que iba para Irlanda. Llevaba doce piezas de artillería para asegurar la campaña y los alojamientos que tomase.

Cuanto más se iba el Rey metiendo la tierra adentro, tanto más iban todos temerosos de una gran desgracia, principalmente los que habían sido de parecer que se fuese por mar, pues había tanta comodidad para ello. Y no obstante que algunos se llegaron al Rey con mucho artificio, guardándole el aire, porque echaban muy bien de ver en lo que había de parar, y le suplicaron que por amor de Dios se reportase, y por la obligación que tenía a mirar por su persona, y mirase lo que hacía; que se doliese de sí y de su Reino; que iba en tanto riesgo de la vida y de descomponer la Cristiandad con sólo querer meter tan de golpe en aquella tierra pudiéndose hacer dueño de todo con aquella armada que dejaba perdida y de ningún provecho, que los yerros de la guerra son irremediables si con tiempo no se pone cuidado en ellos; que si era servido de mudar resolución, aún tenía tiempo para ello, pues se podía retirar a la armada sin ninguna pérdida de su reputación, pues era demasiado negocio haber asombrado los moros de aquellas comarcas; que lo que hasta allí se había hecho se podía estimar por valentía, pero que de allí adelante ya era temeridad y querer tentar a Dios, pues no sabiendo la gente aquella tierra, padeciéndose tanta necesidad de vituallas y estando toda tan mal parado, no era posible parar en bien todo aquello ni dejar de correr todos mucho peligro, llevaba tan mal que le fuesen a la mano y estaba⁵⁵ tan fuera de buen consejo, que no fue posible ponerle en camino, ni porfiar mucho en ello por no caer en su desgracia.

No había hombre en el ejército que supiese cómo era menester gobernarlo, de suerte que no había orden de marchar, de alojarse ni de combatir con la puntualidad que profesa la milicia, porque no había experiencia ni gobierno, que son las columnas con que se sustenta la fábrica de una república. Hacía el Rey el oficio de Capitán General por su misma persona, y don Duarte de Meneses de Maestro de Campo, y otros capitanes también de menos calidad que allí andaban haciendo sus oficios con harta poca libertad dellos, pues no había hacerse más de lo que el Rey quería. Verdad es que de los extranjeros había algunos capitanes y grandes soldados que podían gobernar muy bien la guerra, como eran el Marqués Tomás, coronel de los italianos; Monsieur de Tamberg, de los alemanes que envió el Príncipe de Orange, y don Alonso de Aguilar de los castellanos. Pero como eran forasteros y no corría el negocio por su cuenta, no hacían más que ver y dolerse de tanto desconcierto, pues no eran parte para remediarlo estando los portugueses tan metidos en ello, que ni admitían consejo ni sabían lo que se habían de hacer, o si lo hacían, no se atrevían a salir un punto del gusto de su Rey, aunque echaban de ver su perdición claramente, porque jamás se gobernó bien ninguna república donde les falta la libertad del consejo a los que la gobiernan.

55.- Orig.: 'esta ya' (103).

X⁵⁶

Marchan los campos

CON la resolución que tengo dicho se alojó el campo del Rey de Portugal en los Molinos que llaman, a 29 de julio, cosa de una legua de Arcilla. Hízose el segundo alojamiento en Menera, donde se tuvo aviso de cómo se andaba aperebiendo el Jarife, de todo lo cual escribió desde allí una carta muy breve a Pedro de Alcázoba, tan llena de su gran confianza como la había siempre tenido en el discurso de aquella jornada. Decíale que el Moluco estaba muy apretado, y que procuraría darle la batalla, si acaso no le huía el rostro.

Llegó entonces al campo el capitán Francisco de Aldana, que había dado su palabra de hallarse en aquella jornada, para lo cual traía licencia expresa del Rey Católico, cosa que ninguno la había sacado, aunque muchos hicieran otro tanto si tuvieran. esperanzas dello. Como llegó al campo, y vio por sus ojos el mal orden que todos tenían y el desconcierto tan grande de los soldados, como le encargó el Rey que mirase por ello con la gran satisfacción que: tenía de su persona, comenzó a concertarlos y ponerlos en el mejor orden que pudo, aunque lo tragaban y llevaban tan mal los portugueses, que no le obedecían como fuera razón ni se podía averiguar con ellos con aquella rigurosa obediencia que profesa la nación española en la guerra. Fuese marchando desta manera, haciendo siempre los alojamientos Francisco de Aldana y el ingeniero que iba del campo, Filipo Terzo, en los lugares más aventajados para se poder valer de las arremetidas de los caballos del enemigo, que habían de inquietarles siempre que viesen la suya, porque, como no se sabía de cierto el ánimo que tenía el Moluco, érales forzoso velarse de manera que no les cogiese descuidados.

Trajo el dicho Francisco de Aldana una carta del Duque de Alba para el Rey, con un presente de un yelmo que había sido del Emperador don Carlos y una sobrevista de raso blanco con que había entrado victorioso en Túnez cuando la ganó al famoso cosario Ariadeno Barbarroja. Escribíale el Duque, respondiendo a sus cartas, que a él le había siempre pesado mucho de verle con aquella determinación de meterse por África, pareciéndole y condenando semejante resolución por muy dañosa; pero que habiendo entendido de sus cartas, escritas de su propia mano, que solamente se quería meter por Larache, le había parecido más honrada y segura empresa, alabándola por buena cuanto él podía alcanzar y sabía de las cosas de África.

Llegado que fue el campo a un cerrillo que llaman Cabeza de Ardana, tuvieron allí el tercero alojamiento, de donde fueron marchando y se pasaron a Barcaín, y porque era menester para hacer el quinto alojamiento pasar un brazo del río Mucazeno,⁵⁷ que se mete poco más abajo en el Luco, se dio orden que fuese marchando el campo para aquella parte con el mejor que se pudiese, por si acaso se meneaban los moros, que andaban a la mira para ejecutar cualquier descuido que viesen en el ejército. Como supo el Jarife el camino que llevaban los portugueses después de haberse detenido en el alojamiento de Alcázar más de lo que él pensaba, para ver de propósito en qué paraba aquella jornada y a

56.- Orig.: '10' (105).

57.- Mehacén.

qué parte acudían, y como le vino toda cuanta gente esperaba, salió de allí el segundo día de agosto y se fue a poner su alojamiento alrededor de Alcázar. Luego otro día siguiente se fue acercando a la puente que iban buscando los portugueses, y pasando de la otra parte, se fortificó muy a lo militar a la banda del mar con pensamiento de no pasar adelante, porque siendo aquel camino todo lleno de cuestras, aunque no muy penosas, eran de mucho estorbo para llevar el carruaje y la artillería y haber de hacer jornada con la caballería.

Pasaron aquel mismo día los portugueses el Mucazeno, y llegados al quinto alojamiento, estuvieron en duda si se campearía desta parte o de aquélla de un riachuelo que sale de las lagunas de Alcazarquivir. Había ya pasado parte del ejército de la otra banda del vado, y como no se había determinado a qué parte se haría el alojamiento, hubieron de volver a pasarlo y alojarse en aquella ribera. Aquí se tuvo nueva cierta de que el Moluco estaba muy cerca y que quería hacer jornada, de manera que, a no ser tarde aquel día, pudieran llegar a carearse y a verse los dos ejércitos en descampado.

Estaba ya el Moluco muy al cabo de su enfermedad, casi sin esperanzas de la vida, no faltando, con todo eso, de encomendar con mucho ánimo y valor todas las cosas necesarias de la guerra. Viéndose tan cercano al ejército de los portugueses, lo primero que hizo fue llamar a su hermano y decirle con muchas veras que aunque él en su opinión no tuviese aquella inteligencia y traza que se requería para el cargo que le quería encomendar, le hacía, con todo eso, por ser su hermano, Capitán General de toda aquella caballería, para que combatiese con ella y le venciese la batalla o muriese honradamente en la demanda, certificándole y jurándole solemnemente por la ley de su Profeta, que profesaban, que si en la menor cosa del mundo se le echaba de ver algún rastro de vileza y cobardía, que él mismo por tus manos le había de cortar la cabeza aunque estuviese en el último artículo de la vida. Hizo luego desde su tienda poner el ejército en orden de batalla, haciendo él mismo, de hilera en hilera, el oficio de Sargento Mayor desde una litera muy pequeña en que lo llevaban algunos moros a hombros por su enfermedad, que le tenía ya muy al cabo.

Había en su ejército mucha diferencia de personas que seguían la guerra: tres mil moros andaluces, con Doalí Algorí y Azán Oferín sus capitanes, que son de aquellos que al tiempo de las guerras de las Alpujarras, en las sierras de Granada, se pasaron en África, parte dellos de a caballo y parte soldados de infantería. Tenía más otros tres mil infantes y veinte y cinco mil caballos, los mil arcabuceros de a caballo, y la mayor parte dellos turcos renegados, gente muy belicosa y que ordinariamente suele andar a sueldo entre aquellos príncipes africanos. Éstos eran las principales fuerzas del ejército. Juntáronse otros diez mil caballos y cinco mil infantes de las ciudades y lugares del Reino, que le acudían con mucha voluntad por la que le tenían de su apacible y honrado término, de manera que pasaba todo el campo de cuarenta mil caballos y ocho mil infantes, sin otra mucha gente aventurera de alárabes y de otros moros de África que habían acudido al ruido de la guerra por ver si se les pegaba algo della, como lo acostumbraron siempre en aquellas partes, que no viven los más de aquellos moros de otra cosa. No se fiaba mucho el Rey Moluco de los moros de la tierra, ni de aquella infinidad de alarbes que le acudían, teniéndolos por gente tímida y cobarde, que no se podía esperar dellos cosa buena; principalmente que traían consigo aquellos tres mil caballos que he dicho, en quienes tenía mayores sospechas, por conocerseles alguna afición a las cosas de Muley Mahamet su enemigo.

Díjose que llegaba el ejército del Jarife a setenta mil caballos y veinte mil infantes, pero sin duda que está averiguado por cosa muy cierta de personas muy graves y desapasionados testigos de vista, que no llegaba ni pasaba del número que tengo señalado, ni que llevaba más de treinta y cuatro piezas de artillería para la fortificación y defensa de los alojamientos. Cuan enfermo y acabado estaba el Jarife, retenía en sí el oficio y título de Capitán General del campo, dando el de toda caballería (como he ya dicho) a Muley Hamet su hermano. Hizo Capitán de los arcabuceros de a caballo a Osarín, renegado de Ragusia; de los renegados, a Mahamet Tabá; a Doalí de los andaluces, y los demás eran personas de menos nombre. Encomendó la guarda de su persona a un moro llamado Alí Muza, y a todos los demás, que cada uno mirase lo que hacía y diese buen cobro de lo que se le encomendaba, pues no iba en ello, menos que las vidas y la pérdida de sus honras y reputación.

Aquella misma tarde envió el Moluco a Solimán, su Caballerizo Mayor, renegado cordobés, con una banda de caballos a reconocer el campo de los portugueses y ver si se ponían a punto de batalla. El cual habiendo visto pasar aquel vado del río una parte del ejército y que después se habían vuelto de la otra, donde primero estaban, no imaginó que lo hacían por dejar el agua entre los dos ejércitos. Volvióse con esto a su campo, y sospechando otra cosa de lo que había reconocido, dijo que huían los portugueses sin duda, alborotando tanto esta falsa nueva el campo de los moros, que les quisieron dar un alcance y no les dejar dar la vuelta sin hacerles algún daño, No les dejó, con todo eso, menear el Moluco, antes como capitán cuerdo y ejercitado, que solamente pretendía defenderse y hacer la puente de plata al enemigo cuanto más se retirase, respondió a los que le daban prisa por la salida, que si ello era verdad que los portugueses se retiraban, que lo hiciesen muy en buen hora, que él no les quería estorbar en ninguna manera.

Hizo desordenar los escuadrones que ya tenía concertados, no tanto por tener entendido que se iban los portugueses cuanto porque el Coronel de los renegados, Mahamet Taba, le había dicho que, con haber en el ejército tres mil arcabuceros, no tenían balas ni pólvora bastante para dar o recibir la batalla en caso que se ofreciese alguna ocasión para ello. Echó luego un bando por el ejército que, so pena de la vida, cualquiera que no tuviese las municiones necesarias acudiese luego a su proveedor que les diese luego todo lo que hubiesen menester, de manera que los escopeteros y arcabuceros que no tuviesen a la mañana cincuenta balas y dos libras de pólvora cada uno, sería castigado de la misma manera con pena de muerte. Llamó tras esto todos los capitanes y coroneles a su tienda, y por asegurarse dellos, o por estorbarles el poder ejecutar cualquiera conjuración que pudiesen haber hecho entretanto que estaban en campaña, allí de repente y sin que se meneasen les trocó las compañías, dando a los unos las de los otros y asegurándolos con palabras muy honradas que no lo hacía por duda que tuviese de su fidelidad, sino porque le parecía conveniente para el estado que tenían entonces las cosas de la guerra.

Pasose aquella noche con más seguridad y sosiego que amenazaba la vecindad de aquel ejército. Pusiéronse algunas compañías de moros en algunos pasos con orden de que, si viniesen algunos del campo del Moluco y se quisiesen pasar al bando de Muley Mahamet, como él había dicho siempre, fuesen recibidos amigablemente; pero no se pasaron ningunos, aunque hicieron sobre ello algunas diligencias, o porque no le tenían a Mahamet aquella voluntad que él pensaba y publicaba, o porque anduvo tan cuerdo y sagaz el Maluco, que, sospechándolo siempre, puso tan buena guarda en su ejército y estuvo so-

bre todos con tanto cuidado, que no hubo quien osase menearse como se pensaba. Había puesto el Jarife Muley Mahamet sus banderas frontero del ejército, como llamándoles que se le pasasen y le valiesen en aquella necesidad donde se aventuraba su honra, su vida y la restitución de su estado. Ya digo que con cuantas diligencias hizo no se le pasó ningún moro de importancia.

XI⁵⁸

Danse los dos ejércitos la batalla

OTRO día por la mañana, a los cuatro de agosto del dicho año de 1578, tuvo consejo el Rey don Sebastián sobre lo que debía hacerse conforme a la ocasión que tenían delante, hablando entonces más de lo que solía y allegándose algo más a los pareceres de los que le habían dado siempre sobre la retirada; ya que se había marchado por tierra y no los había admitido, oyó entonces lo que dijeron con un poco de más paciencia: Tratose de retirarse poco apoco en buen orden, como que no habían entrado más que a tentar la tierra, o a lo menos que se fuesen marchando a Larache a pasar el río; pero los más diestros en la guerra, que habían aconsejado el camino que se tomaba por de fuera, que habían procurado asegurar, antes decían que era forzoso dar la batalla, porque ya era muy tarde para excusarla y tornarse atrás retirando; pues no se podía hacer sin mucho daño; que tampoco era cosa segura estarse allí quedos, pues no tenían vituallas; que siguiendo el camino comenzado era forzoso tentar la jornada y probar la suerte de la guerra, y que, conforme esto, era mucho mejor irse a encontrar con el enemigo valerosamente antes que darle ánimo con la retirada o con estarse parados en aquella estancia. El Jarife Muley Mahamet, aunque es verdad que llevaba fundadas todas sus esperanzas de cobrar el Reino en la vitoria de una sola jornada (pues ninguna cosa le importaba menos que hacerse el Rey don Sebastián señor de Larache y de los otros lugares marítimos, ni tampoco le era de provecho), procuró estorbar que no se viniese a rompimiento de batalla, juzgando por muy inferiores los portugueses. Pareció, juntamente con esto, que deteniéndose la batalla, si por ventura se ofreciese ocasión de retirarse, se ejecutase al momento aunque en ello se aventurase algún daño, pues importaba esto menos que perderse todos allí de golpe sin esperanzas de poder hacer cosa que importase algo.

Estando todos desta manera asombrados y llenos de miedo, era tanto el valor y tan grande el ánimo que el Rey tenía, que deseaba muy de veras la batalla, no estimando las fuerzas del enemigo, por grandes que ellas eran, más que si tuviera mucho menos potencia que la suya. No tenía quien le fuese a la mano y le contradijese, porque aunque (como he dicho) muchos juzgaban por negocio forzoso el dar la batalla, la mayor parte de los portugueses tenían a cosa de menos valer y a cobardía desaconsejarle la batalla, teniendo por cosa más honrada perder temerariamente combatiendo que vencer con artificio y

58.- Orig.: 'II' (118).

buen gobierno sin ser menester romper la guerra; como si no fuera esto cosa tan honrada y tanto más estimada cuanto va de vencer con fuerza o con artificio y ardidés de ingenio. Hubo sobre esto muchas voces y pareceres, como de gente que ya iban acabando las vidas, y al fin se resolvió que se fuese marchando hacia el enemigo y se ejecutase la suerte que pareciere más conveniente.

Salió, pues, aquella mañana el ejército de aquel alojamiento repartido en tres escuadrones, tan pegado el uno con el otro, que hacían todos un cuerpo bien formado, porque iban en medio los portugueses aventureros a cuenta de Álvar Pérez de Távora, hermano y lugar-teniente de Cristóbal de Távora. Iban a la mano izquierda los castellanos con don Alonso de Aguilar su Capitán, guarnecidos y amparados de sus mismos escopeteros, que llevaba a su cargo Luis de Godoy. Los alemanes iban a la mano derecha con su Capitán Monsiur de Tamberg, guarnecidos de los arcabuceros italianos y de los portugueses fronterizos de Tánger, que estaban encomendados al Capitán Hércules de Pisa. Venían también otras naciones concertadas en sus hileras, hasta llegar a hacer frontera por aquella parte. En el otro escuadrón de en medio, que iba tras el primero, estaban los portugueses del tercio de don Miguel de Noroña y de Vasco de Silveira, con los mismos arcabuceros a los lados. En el otro escuadrón de retaguardia iban los portugueses de los tercios de Diego López de Sequeira y de Francisco de Távora (aunque se quedó el Diego López en Arcilla) para guarda de otras dos mangas de arcabuceros, que tenían trecientos mosqueteros de retaguardia.

De la una parte y de la otra del ejército iba repartida la caballería, que no llegaba a mil y quinientos caballos, concertada en forma de triángulo para poder mejor favorecer donde más apretase el enemigo. Gobernaba el triángulo derecho don Jorge de Alencastro, Duque de Avero, y en el siniestro iba el estandarte del Rey con el Embajador de Castilla don Juan de Silva, Conde de Portalegre, y el Duque don Teodosio de Barcelos, que llamaban el primogénito del Duque de Braganza y lo es ahora de aquellos grandes estados, el cual (como he dicho) fue a servir al Rey en aquella jornada con su persona no teniendo aún doce años, por haber quedado el Duque don Juan su padre tan enfermo, que no pudiendo pasar en África, le pareció que no cumplía con sus obligaciones si no sacrificaba su hijo primogénito en su servicio, con ser tan niño y tan poco ejercitado en las armas. Al lado derecho deste escuadrón, un poco apartados, iban hasta docientos caballos, de los que ordinariamente sirven en aquellas fronteras de África, que ha sido siempre la escuela de la milicia de Portugal, donde ejercitan los hidalgos y caballeros portugueses las armas tan en servicio de su Rey, que justamente merecen adelante la Cruz de Cristo en los pechos pues tan bien saben hacerlos contra la potencia de aquellos moros. Junto a estos caballos de la frontera iban los moros del Jarife Muley Mahamet, que eran harto pocos respeto de los muchos que había prometido para la guerra antes y después de aquella jornada. Desta manera fueron marchando con el bagaje entre la infantería y caballería del lado derecho, donde dejaron lugar bastante entre los escuadrones para que, si fuese menester, pudiesen retirarse.

No estaba el Moluco descuidado en aquella coyuntura, porque viendo ya el negocio en el último artículo de la necesidad, se puso luego en orden de batalla. Concertó la infantería (que los más eran arcabuceros) en forma de media luna: los andaluces en el lugar primero; en el segundo, los renegados, y en el último los moros africanos, ordenándolos desta manera de propósito, por que estando la una nación junto a la otra, que era su enemiga, peleaseen todos de ventaja unos por otros, y cuando se quisiesen retirar no se lo permitiesen.

En las dos puntas puso un escuadrón de diez mil caballos cada uno, y detrás éstos, como de retaguardia, iba en igual distancia repartida toda la caballería en tropas pequeñas, con determinación de dar la batalla y de coger en medio de aquel cerco todo el campo de los portugueses, pues eran tan pocos, para apretarlos a un mismo tiempo por todas partes.

Sentíase cada hora más apretado de su enfermedad el Moluco, viéndose morir poco a poco sin remedio ninguno, porque no había esperanzas de que viviría dos días naturales a lo más largo, aunque le cuidaban sus médicos con mucho cuidado. Dábale mucha pena el morir entonces en aquella coyuntura, por verse tan metido en una guerra de tanta importancia y que no podía conseguir lo que tanto deseaba; porque aunque estaba a punto de batalla, no era su principal intención de darla, sino estarse a la mira sobre los portugueses para que se metiesen la tierra adentro, como habían echado bando, donde era imposible sustentarse, según las pocas vituallas que tenían y cuán por demás era menearse con los bagajes y otros grandes impedimentos que llevaban, sino que se habían de perder luego forzosamente y quedar los más dellos captivos sin que le costase a él un solo hombre más que estarse quedo y entrapar cuanto pudiese con las ventajas posibles. Y como este orden que tenía pedía más tiempo del que le iba dando la vida, recibía notable pena de verse necesitado a mudar traza, y que comoquiera que fuese y se entablasen las cosas, no podía dejarlas, ni menos ejecutarla. No quería dar cuenta desta resolución a su hermano para que la cumpliese si él acababa antes la vida, porque los que no confiaban de su prudencia tenía por sin duda que antes de concluir la guerra se le huirían del ejército o se levantarían contra su hermano luego que se supiese su muerte, aunque estuviese entonces la batalla en peso, pues siendo la gente africana tan mudable y estando su enemigo Muley Mahamet a la vista, se podía temer que se le pasasen y favoreciesen su bando, con pérdida del Reino que con tanto valor y prudencia había sustentado. Por lo cual, viéndose cargado de diferentes pensamientos, y con aquel tan poderoso ejército en campaña y a la vista de su enemigo, que le venía a buscar con tanta ansia desde España, y que con las de la muerte no podía confiar sus deseos de Muley su hermano, determinó de mudar consejo y tentar en su vida la fortuna de la guerra, pues le había sido siempre tan favorable, aunque le costase trabajo y sangre, antes que morir con aquella duda de la pérdida del Reino, que era cierto haber de seguirse después de su muerte, pues no estaba en tiempo de poder hacer otra cosa. Habiéndose, pues, resuelto en dar la batalla y llamando a su tienda los principales capitanes del ejército, les dijo:

Vuestro valor, soldados, y la causa tan justa que hoy ponemos en la determinación de las armas, que ya tenéis en las manos, no permiten que yo os ponga ánimo con mis palabras. Vosotros sois aquellos que a mi sombra y debajo de mis banderas habéis allanado y vencido muchas empresas dificultosas y trabajosas con la honra y reputación que todos saben, y los enemigos que allí tenéis a la vista son aquellos mismos portugueses que han sido vencidos y atropellados de vuestros antepasados en algunas ocasiones que se han querido desenvolver con vosotros. Los italianos y tudescos que han traído en su ayuda, más formidables de nombre y ostentación que de los efectos que hagan, no hay qué temerles ni para qué nos pongan cuidado, pues son gente nueva de experiencia y de poco número; principalmente que por el conocimiento que tengo dellos me atrevo a dároslos sujetos y vencidos de vuestra perseverancia. Hanse metido en tierra tan diferente de las

suyas, que el cansancio solamente ha de acabarlos, cuando no se ofreciese ocasión de poner mano a las armas. Y si la razón no es en la guerra la que hace menos al caso para justificarla, es de creer que tendremos de nuestra parte la victoria, pues sin haberles dado ocasión para ello, ni otra ninguna pesadumbre, estándonos contentos en nuestras casas sin hacer daño a nadie, vienen de tierras y provincias tan distantes gente enemiga, de naturaleza y de ley contraria no sólo a quitarme el Reino que tan justamente tengo, mas a despojaros de vuestras haciendas, a privaros de vuestras libertades y a quitaros, últimamente, las vidas. ¿Puede creerse que pueda tanto la piedad en este pueblo impío, que por sólo meter en el Reino a Muley Mahamet, hombre extranjero y contrario a su ley, hasta ahora no conocido ni por amistad ni por buenas obras recibidas, se metan ahora en tanto trabajo y se pongan sin más ni más a riesgo de las vidas? La sed del oro y de vuestra sangre; la codicia de señorear y mandarlo todo, natural condición de gente española, es lo que ha traído solamente al Rey de Portugal a estas partes, no confiado tanto en sus pocas fuerzas, mas con esperanzas de engañaros debajo desta fingida sombra de piedad de Muley Mahamet nuestro enemigo. El cual si fuera hombre de honra y sentimiento, vergüenza había de tener de andar en estos movimientos. Más había él de querer vivir sujeto a mi imperio, por malo que fuera, debajo de mi sombra y según nuestras leyes, que, por usurparme el Reino con violencia, procurar la destrucción de su sangre, la ruina de su patria, el estrago de todos vosotros y, finalmente, la servidumbre de sí mismo. Ya habéis conocido el engaño; sólo falta que salgáis a la demanda con vuestro valor acostumbrado, el cual se empleará en la más calificada empresa que jamás puede ofrecerse, pues ésta es aquella donde no solamente se defiende la injuria de vuestra sangre: se conserva la libertad, se guarda la vida y se conquista la honra que habéis tenido siempre. Pero, comoquiera que sea, venciendo o muriendo, en cualquier manera que ello sea, es cosa averiguada que ganáis aquel gran Paraíso que nos promete el Profeta siempre que se pusiere la defensa de su ley en los filos de las armas.

Quisiera pasar el Jarife adelante con sus razones, mas fueron tantas las voces de los suyos, que le estorbaron, pidiéndole todos a mucha prisa la batalla y que luego se acometiese el campo de los portugueses para que viese el coraje con que le sirvían en aquella demanda. Calló entonces y metiose en su litera en la mitad del medio círculo del ejército, donde estaban sus estandartes y la guarda de su persona y donde estaba más a mano para favorecer a la parte que le apretase más el enemigo.

Había marchado entretanto el ejército del Rey don Sebastián un poco más adelante, de manera que se puso muy cerca del Moluco en aquella campaña rasa que los moros llaman Tamita. Cuando vio el Jarife aquel ejército tan flaco y de tan poco número, que no pasaba de trece mil infantes, quiso asegurarse de la ida, como tenía pensado, y sacar la victoria tan honrada y con tanta ventaja, que se le escapasen los menos que pudiese. Estendiéronse tanto las dos puntas de la media luna que llevaba, que se alargaron los escuadrones de la caballería en un cerco tan grande que, con tener tomado todo aquel contorno la gente del enemigo por un gran tiro de cañón, estaba allí recogido el ejército de los portugueses, y vino la espalda de la retaguardia a juntar las dos puntas en se alargaba, haciendo en medio como una manera de aovado. No acabaron de cerrarles, aunque les iban estrechando mucho, porque, no obstante que se fueron engrosando cuanto pudieron con la multitud

de moros que les cercaban, estaba el ejército rodeado por todos los lados de su misma caballería, tomando la infantería del Moro toda la frontera que ocupaba el camino.

Estuviéronse así un gran pedazo, y disparando los moros su artillería en razonable distancia, aunque hizo algún daño, fue tan poco, pasando las balas por entre las hileras, que no por eso se desconcertaron. Viendo al principio los portugueses que el Moro se meneaba, pensaron que quería mejorar el alojamiento, y estuvieron harto temerosos de la vista que tenían delante; pero viendo que se meneaba el ejército con ánimo de tomarlos en medio, dispararon luego su artillería antes que les cercasen, con tanto desorden y tan fuera de sazón, que no les hizo daño que fuese notable. Y porque se iban cargando más los moros y les volvían a disparar el artillería otra vuelta, aunque no era el daño de importancia, se atemorizaron de manera los portugueses, que no vían bien el humo de la pólvora, cuando todos se tendían y se postraban de largo a largo. Por lo cual, antes que la artillería le hiciese mayor daño y se le espantasen más sus portugueses, viendo el negocio en el último artículo de la necesidad, habiéndoles dicho en pocas palabras lo mucho que importaba menear las armas en aquel aprieto, dio la señal de la batalla, que él tanto deseaba.

A la cual arrancaron a la par los escuadrones de la vanguardia y toda la caballería que allí estaba repartida con grande ímpetu y con valor muy de soldados. Los primeros que iban delante de la infantería cerraron con los moros, que ya venían a toparlos con toda la furia posible, donde pelearon con mucho coraje y perseverancia, deseando vengar los renegados andaluces las antiguas injurias. Sustentó la vanguardia todo aquel ímpetu valerosamente, con tanta demostración de los unos y de los otros, que entretanto que jugó la arcabucería estuvo el negocio a la iguala. Llegaron luego a las manos, como estaban tan cerca, ya que había hecho la arcabucería sus cargas; y fue tan grande esta arremetida, que llevaron los moros la peor parte. Fueron rompidos tres veces y metidos en huida con pérdida de algunas banderas; pero como ellos eran tantos y estaban muy bien concertados, siempre que querían les costaba muy poco volver a concertarse y refrescar la batalla cuando les apretaban tanto los portugueses que les hacían perder el campo.

En la retaguardia, donde se comenzó a pelear con los tercios de Francisco de Távora y Diego López de Sequeira, hubo mucha flojedad y culpa en la batalla, porque embistieron los moros con tanto ánimo, y los portugueses les recibieron con tan poco, que luego al punto arrojaron las armas los más dellos y se daban a cualquier partido que les hiciesen. Los que arrancaron de los últimos fueron los que iban en medio de los escuadrones, sin que pudiesen menear las armas como pensaban, porque no hacía el Moluco sino enviar una tropa de caballos por una parte y otras por otra antes que pudiesen arrancar Vasco de Silveira y don Miguel de Noroña con los tercios que tenían a su cuenta. De manera que de todas cuatro partes donde hacían rostro se peleaba a un mismo tiempo, siendo esto mucha ocasión para aflojar ahora los unos y ahora los otros, porque muchos dellos, hallándose tan atropellados y apretados con las muchas cargas que iban recibiendo, echaban vilmente las armas en el suelo y de rodillas se daban a partido, como dejó apuntado. Cargaban entonces los moros sobre ellos, y en lugar de admitirles la entrega, les daban muchas cuchilladas con las cimitarras y les hendían las cabezas como unos carneros.

Encendida que fue la batalla de todas partes, el cerco de la caballería de los moros y aquellas tropas que quedaban atrás se andaban acudiendo de una parte para otra, donde más necesidad había de remedio, porque dieron primeramente en la vanguardia, donde

vieron que era menester favorecer los suyos más que en ninguna otra parte, porque los italianos y los castellanos habían ya degollado gran cantidad de moros de lo mejor parado, que habían arremetido de fresco. Llevábanlos de vencida por toda aquella banda, donde podían acudir sin el desorden de los suyos. Apretaron por allí el ejército cristiano, como cargaron tantos por aquella parte, de manera que les iban ya arrancando del campo y se andaban apretando, con gran pena y enojo del Rey don Sebastián, que por muchas diligencias que hizo no podía detener los soldados y hacerles que guardasen sus estancias. Cuando se movió esta caballería del Moluco, los caballos portugueses que solían estar en aquellas fronteras y los moros del Jarife Mahamet y el Duque de Avero les apretaron tan valerosamente, que hicieron volver las espaldas todos los caballos que tenía el Moluco de aquella banda, con un estrago muy grande que hicieron en ellos.

Duró muy poco este venturoso acometimiento y buen principio de victoria, porque mientras se iba metiendo el Duque por aquella frontera del ejército peleando con todo aquel escuadrón de golpe, viendo que le venía encima una gran banda de caballos del enemigo, no se atrevió a esperarla el encuentro y recibir allí la carga, dudoso de poderla resistir con los suyos, que andaban ya muy fatigados. Dio entonces una vuelta para recibir la carga y acometerlos por el costado, retirándose un poco entretanto que se les iba pasando aquella furia que traían. Pensó entonces volver a reforzar la batalla con mayores ventajas de las que antes tenía. Así fue que cerró animosamente con los moros, y estaban ya todos tan revueltos, que se vio perdido por querer encontrarse con los que ya él había acometido. Viendo juntamente con esto que le venía encima toda la carga de aquella banda cuando él más se andaba reforzando, quiso retirarse, sin esperanza de poder resistir el ímpetu que traían. Retirando, pues, los caballos de entre los enemigos, que le iban cargando más cuanto más se metía y dándole caza con mucha gallardía, fue tanta la prisa que le dieron, que no pudo atrevesar los escuadrones al tiempo del retirarse. Metiose por un lado del escuadrón de los alemanes, y embistió tan confusamente por ellos con la caballería, que, no se pudiendo volver a concertar como estaba, desconcertó también los amigos en lugar de hacerse dueño de la campaña tras aquella retirada. Como quedaron desconcertados los alemanes, no pudieron resistir después la arremetida de los caballos del enemigo, ni la infantería que luego les fue cargando, sin perder ocasión que pudiesen ejecutar en su daño que no la ejecutasen.

De la otra parte del ejército, donde estaba el estandarte real y el resto de la caballería, que arremetió más tarde, se hizo un estrago muy grande en los moros, aunque no estaba por allí el Rey don Sebastián, que andaba en la vanguardia, porque le cargaron los moros tanto sobre la artillería, que se metió luego en su defensa; pero siendo socorridos los moros de uno de aquellos escuadrones que andaban atrasados, viendo lo que apretaban los portugueses por aquella parte, volvieron de nuevo a la batalla con tanto coraje, que rompieron por los portugueses de aquella banda tan brevemente y tan de golpe como le sucedió a la caballería por la otra; porque tuvieron muy mal suceso, según se apretó la batalla por la banda de afuera de parte de los moros y de la de su mismo ejército, con la infantería revuelta y con aquella caballería que había sufrido la carga de la otra banda y huía despavorida, sin más concierto que si jamás le hubieran tenido. Por lo cual era cosa lastimosa ver la confusión que hubo en un punto, quedando la caballería portuguesa desconcertada y derramada, mostrando poquísimo ánimo y menos disciplina. Y aunque

es verdad que allí estaban muchos nobles y caballeros que hicieron su deber con mucho valor y satisfacción de quienes eran, había tantos mancebos que sus padres enviaron a la jornada, que como vieron el negocio mal parado tan a los primeros encuentros, pensaron que no se había ya de volver a la batalla. Éstos desconcertaron tanto a los otros, que se vía pelear de una parte la gente de un escuadrón valerosamente, y al mismo tiempo y en el mismo lugar huir muchos antes de ser acometidos. Los principales desta caballería, y otros algunos caballeros, volvieron el rostro al enemigo, haciendo muy de veras su deber con obras por sus personas y con palabras para animar a los suyos y detenerlos, que era lástima ver la confusión con que andaban tropezando por aquellos suelos. Pero como ellos eran pocos, y el miedo tanto y tan grande, no hacían cosa que fuese de provecho.

Entretanto en la vanguardia, donde andaba la persona del Rey, se hizo mucha defensa, y se degollaron más de dos mil moros que cargaron por aquella parte. Era, con todo eso, tanta la multitud dellos y tan poderosa la arremetida que hicieron, que todos los italianos y castellanos que tenían sus estancias por aquella parte, siendo mal favorecidos de los suyos y habiendo llegado a los puños con los enemigos a golpe de espada y daga, murieron casi todos, no de vencidos, sino de molidos y cansados, que no se podían ya menear, de haber sustentado siempre el golpe de la batalla. Hízoles mucho daño el poco orden que tuvieron al embestir con los moros, porque siendo compuesta aquella frontera de tan diferentes naciones, no esperaron la una por la otra, habiéndose querido mostrar cada uno más aventajado, como si el bueno o mal suceso hubiera de correr por su cuenta personal y no por la de todos. Quedáronse atrás los tudescos, como más flemáticos, donde no hizo la fuerza desconcertada lo que pudiera hacer estando bien puesta y gobernada con prudencia.

El valor solamente de los que estaban en la delantera sustentó muy bien el ímpetu de la caballería, principalmente el tercio de los soldados africanos que gobernaba don Duarte de Meneses; el cual como ya sabía qué cosa era dar y sustentar una arremetida de moros al modo que ellos hacen comúnmente la guerra, puso mucho miedo en el Moluco y le hizo dudar mucho de la victoria; porque viendo a los suyos que iban ya arrancando del campo, aunque estaba con las ansias de la muerte, pidió un caballo con mucha cólera y se puso a detener y concertar muy en forma todos los que iban saliendo y huyendo de la batalla. Y aunque era muy grande la prisa que andaba, y tiraba muy de cerca la arcabucería de los portugueses, quiso arrancar él solo adelante por detener los suyos con la vergüenza siquiera de ver a su Rey tan metido en lo más peligroso de la batalla. Viéndole con esta resolución sus criados y los de su guarda, le fueron a la mano en lo que hacía, deteniéndole unos por los estribos, otros por la marlota y otros por las riendas del caballo, suplicándole que no arriscase de aquella manera su persona, pues le bastaba aquella enfermedad que le iba acabando, sin que también quisiese caer muerto en poder de sus enemigos, que harían ultraje en su real cuerpo para gloria suya y perpetua ignominia de sus vasallos. Porfiando el Rey en pasar adelante, y los suyos en detenerle, se enojó con ellos tan de veras, que puso mano las armas con ánimo de sacar sangre por que se le apartasen del caballo y le dejasen pasar adelante.

Vínole entonces un grande accidente de la enfermedad que tenía, de manera que se le revolvió la cólera y estuvo para caerse del caballo abajo. Tómáronle los suyos en los brazos coa aquella congoja, y poniéndole en su litera, murió allí luego entremanos (o, como dicen algunos, antes de meterle en ella) con el dedo en la boca en señal de que callasen y no le hiciesen tanto ruido. Los renegados de su guarda, que iban pegados a la litera, tuvieron

secreta su muerte con grande sagacidad, como él lo había mandado que se hiciese en caso que allí muriese. Argumento por cierto muy grande del valor deste bárbaro, que reguló el consejo con la hora de su muerte y proveyó las cosas tan a punto que no le pudiesen estorbar la victoria aunque él no la gozase.

Era Muley Moluco de edad de treinta y tres años; de mediaba estatura, de cuerpo recio, bien formado, blanco de rostro y barbinegro, y en sus costumbres más cristiano que moro. Echábasele esto de ver en muchas cosas, porque un ayo que tuvo, esclavo de su padre, llamado Carrillo, natural de Valladolid, le había enseñado la doctrina cristiana y ayudar a misa, más por curiosidad que halló de su parte que por otro provecho. Visitaba los cristianos captivos con mucho cuidado, favoreciéndoles en muchas cosas y mandando que fuesen tratados con algún alivio. Jamás oyó a ningún cristiano de rodillas. Era muy discreto y platico en diferentes lenguas, escribía muy bien en la suya; danzaba, tañía laúd y monacordio, y aborrecía tanto el pecado nefando, con ser tan ordinario entre los moros, que hizo algunos castigos ejemplares en ciertas personas de su casa que fueron convencidos dello. Bebía vino y comía tocino, contra la ley y costumbre de los moros; usaba la comida a lo cristiano, en mesa alta; dormía en cama levantada del suelo, y jamás se quiso servir de moros, sino de cristianos renegados. Llamábase Abdel Melic, que quiere decir «Siervo de Dios» en lengua morisca, y corrompiéndole el vocablo, le llamaron siempre «Moluco». Traía para su guarda particular ciento y cincuenta renegados con alabardas, al uso de las que trae la guarda española. Dejó un hijo en Argel que hubo allí en su mujer, hija de Agí Morato, principal moro y muy rico de aquella ciudad.

Dicho esto brevemente por la buena memoria que dejó este príncipe, luego que los de su guarda le vieron muerto en sus brazos le metieron dentro de la litera con un niño a la ventanilla, al cual avisándole lo que debía hacer, le ordenaron sobre todo, que cuando alguna persona llegase a la litera para hablar al Rey, con la voz que habría de que estaba vivo, aunque muy enfermo, tomase los recados que le diesen y como en su nombre les respondiese «Pasad adelante, pasad adelante», sin otra palabra ni señal, como que el Rey mandaba que se fuesen a pelear y no le hablasen en otra cosa.

Hízose esto con tanta astucia, que jamás se pudo entender la maraña, que fue sin duda un argumento muy grande de notable fidelidad en tiempo tan ocasionado para ella. Y fue tan provechoso el secreto para los moros, que sin duda si se publicara la muerte del Rey antes de acabar la batalla, huyeran todos, como gente sin dueño. Los alarbes, que no habían venido con ánimo de pelear, sino con codicia de robar y desvalijar al vencido, viendo huir al principio algunos moros y los criados y esclavos de la guardia de los alojamientos, como gente tímida, cerraron con el bagaje y le saquearon, rompiendo de golpe todos los moros que estaban en su guarda. Los cuales huyendo la vuelta de Fez juntamente con otros muchos moros del campo, publicaron por cosa cierta que había perdido el Jarife la batalla: tanto es negocio peligroso traer en un ejército gente mudable, que en asomando un suceso contrario y en desamparando o dando en los amigos, todo es uno. Mas la fortuna, que hasta aquí había estado dudosa, aunque es verdad que siempre hizo mejor rostro a los moros que a los portugueses, acabados que fueron los italianos y los castellanos, quedando por allí desordenados los alemanes y aventureros, se echó claramente de ver la victoria en favor de los moros luego que se hicieron señores de la artillería, porque los renegados que venían en el escuadrón de los moros habían quebrado el orden que llevaban

y metídose entre los andaluces sin quebrar las hileras, metiéndose tanto sobre la artillería, que quedó desamparada sin advertir en ello con el desconcierto y confusión tan grande que todos tenían. Los que habían sido rompídos de la vanguardia y arrancaron del campo volvieron otra vez a embestir con los aventureros y con los tudescos, más por tentar las pocas fuerzas que tenían y divertirse por aquella parte que por acabarlos de romper, aunque ellos tenían bien poca defensa.

Vinieron algunos renegados huidos, cuando todos se iban desconcertando, y publicaron la muerte del Moluco, más por el discurso de su enfermedad que por saber ellos otra cosa cierta, según el secreto con que lo disimularon los de la guarda. Aprovechó, con todo eso, muy poco esta nueva, porque no obstante que andaban ya voceando «¡Victoria!» publicando la muerte del Moluco por dar ánimo a sus soldados, no fue posible hacer que los portugueses siguiesen el ejemplo de los forasteros, porque como andaban ya todos asombrados y medrosos, se iban cada vez retirando y perdiendo el campo, El escuadrón del cuerpo de la batalla no se meneó más de donde estaba, antes se atrincheró y fortificó con los arcabuceros que habían perdido sus estancias y andaban echados adelante, estándose quedos sin querer socorrer por ninguna manera a sus compañeros con decir que tenían orden del Rey para ello. Estando allí clavados, les embistieron los moros escopeteros de a caballo y les degollaron a todos miserablemente. Cuando les quisieron favorecer los capitanes dando y cayendo en la cuenta de su hierro, estaba tan asombrada y medrosa la gente que andaba trompicando, que no pudieron hacer cosa buena. Murió Francisco de Távora, en la retaguardia, de un arcabuzazo, que había sustentado un rato valerosamente el ímpetu de los moros. Muerto Francisco de Távora, quedaron los soldados de su tercio más muertos de ánimo que si lo fueran verdaderamente de los moros, dándose a pedir misericordia sin pelear más un punto y a huir cada uno por donde más podía.

No les pudo detener el respeto y reverencia del Rey, que había ya acudido por aquella banda después de haber peleado un gran rato en la vanguardia. Retirábanse todos para atrás de cuantas partes se peleaba, con un desorden muy grande y tan confusos y desconcertados, que no tenían ya reparo ni remedio. Apretáronse de manera todos los escuadrones desconcertados, por todos los lados donde les habían rompido los moros, que los caballos, los soldados, los carros, las municiones, las tiendas y pabellones, la bagajería y todos los demás despojos del ejército vino a quedar en un montón estrecho y confuso, y tan apretado, que se ahogaron muchos debajo de los carros y de los caballos sin poder valerse. De manera que aquel tan famoso ejército, que ocupaba más de una legua de cerco, vino en tan breve tiempo a estrecharse y apocarse tanto con el miedo y asombro, que cabía ya en muy poco espacio de tierra. El Duque de Avero, el Embajador del Rey Católico, Francisco de Aldana y otros caballeros principales, con algunos caballos que se les juntaron, se envolvieron con los moros, ahora por una parte, ahora por otra, donde vían mayor necesidad de socorro; pero comoquiera que anduviesen pocos y desconcertados, aunque eran en un lugar de provecho y le hacían con sus personas, recibían en otros mucho daño.

Habiendo vuelto entonces a la retaguardia algunos que andaban con el Rey, porque había mucha necesidad de socorro por aquella parte, embistieron gran cantidad de alarbes contra la vanguardia, los cuales, siendo su ordinaria costumbre acometer por las espaldas a los que van de vencida, arremetieron por aquella parte con tan brava furia, que mataron casi todos los tudescos, con su Capitán Monsiur de Tamberg y otras muchas per-

sonas principales. Aquí cayó muerto el Duque de Avero de un arcabuzazo, murió Francisco de Aldana y fue herido y preso el Embajador del Rey Católico, como lo estaban ya don Antonio, Prior de Crato, y el Maestro de Campo don Duarte de Meneses. Caídos todos estos caballeros, se dieron a huir todos los demás, cada uno por don de hallaba mayor aparejo. Entraron los moros por las hileras de los portugueses con sus cimitarras, hiriendo y degollando en ellos miserablemente, como ya les tenían desbaratados y confusos. Pegose fuego por entonces en las municiones de los portugueses sin saber la ocasión dello, el cual hizo tanto daño en los moros como en ellos, porque como estaban ya todos revueltos en el bagaje, abrasáronse muchos sin ningún remedio.

No se deshizo el cerco de la caballería de los moros más que por la parte del mar, donde se abrieron de manera que podían huirse por allí los portugueses. Todos los que echaron para Arcilla fueron muertos o captivos, y los que escapaban de los moros, no sabiendo bien aquel camino ni por qué parte se vadeaba el río, o se ahogaban miserablemente, con la profundidad del vado y con el peso de las armas, o caían en parte donde les hacían esclavos al momento. Ahogáronse muchos, engañados de la creciente del río y de no haberle sabido vadear por donde primero le habían pasado; porque aquellos ríos, principalmente el Mucazeno, crecen y menguan, como el mar Océano, al movimiento de la Luna, y como están a la boca del mar, son ya salados por aquella parte que se mete por ellos adentro. Y cuando pasó el ejército por el vado, como estaba tan poco caudaloso y no advirtieron en otra cosa, a la vuelta que quisieron pasarle estaba (como se dice comúnmente) la mar llena (que llaman «pleamar»), y así, iban todos muy crecidos y arrebatados. No sabiendo, pues, este secreto los portugueses, ni conociendo el vado, como iban tan asombrados y atropellados de los moros, se hundieron tantos debajo del agua y se ahogaron, que de tanto número de cristianos no se salvaron ciento desta jornada, según fue el destrozo que hicieron aquellos bárbaros.

XII

Muere el Rey don Sebastián, y lo demás en que vino a parar esta jornada

EL Rey don Sebastián, que cuando disparó el Moluco su artillería se andaba en un coche paseando el campo con Cristóbal de Távara, se puso a caballo cuando vio lo que pasaba y se fue a la vanguardia con ánimo de favorecer por aquella parte. Donde estándose un poco retirado enviando ahora un caballero, ahora otro, a encomendar y mandar aquello que le parecía necesario según el aprieto en que estaban (porque le sobró siempre tanto ánimo, que nunca le hizo falta su buen juicio), fue herido livianamente de un arcabuzazo debajo del brazo derecho, en el hueco de las espaldas.

No hizo caso ninguno desta herida, antes anduvo ordenando y proveyendo en una parte y en otra, alargando el triángulo de su caballería donde estaba su estandarte. Mas

como él era mozo robusto y le faltaba aquella gran riqueza que deben tener los reyes, conviene a saber: un hombre cuerdo y sabio a su lado a quien creyese y que con libertad le aconsejase, cuando vio su gente desordenada y que habían echado al Duque de Avero adelante y se volvía retirando, se arrojó entonces furiosamente, con algunos de los principales caballeros que se le habían pegado, a pelear entre los soldados más ordinarios, animándolos con lo bien que jugaba las armas harto mejor que con palabras, aunque les decía juntamente: «¡Ea hijos! ¡Ea, caballeros! ¡Santiago y a ellos que son canalla!».

Asombráronse cuantos le vían la furia con que peleaba, porque habiéndole muerto tres caballos, sin aflojar siquiera un punto más de cuanto se ponía en otro de los muchos que allí andaban sin dueños, no paró jamás de meterse hendiendo y socorriendo en la parte donde había más peligro; pero como él era un hombre solo, que andaba ya aborrido de ver una tan gran desgracia en un punto, viéndose tan solo y poco favorecido, no pudo detener el ímpetu de los enemigos+ ni hacer a los suyos participantes del valor y coraje con que hizo aquel día maravillas. Muchos de los principales caballeros que habían quedado a caballo, viendo ya rompido el ejército, andaban cercando la persona del Rey para ayudarle a ponerse en salvo, pues lo podía hacer fácilmente estando tan cerca de sus lugares y de aquella armada que dejó perdida. Mas como habían derribado el estandarte real, que iba en la delantera y por donde habían de saber dónde andaba la persona del Rey, habiendo muerto el que le llevaba y se le parecía mucho el del Maestro de Campo don Duarte de Meneses, engañáronse por él y siguiéronle todos pensando que era el guion del Rey.

Esta fue la mayor lástima de todas, porque se quedó el Rey perdido y desamparado, con algunos pocos suyos de los más leales y cuidadosos, que jamás se le despegaron, y con un renegado que procuró salvarle, principalmente don Gonzalo Chacón, caballero castellano, hermano del Arzobispo de Toledo don Bernardo de Rojas, Cardenal de España, que allá andaba desterrado por el Rey Católico, lo hizo tan valerosamente que jamás le perdió de su lado y al fin murió, como buen caballero, junto a su misma persona. Habiendo procurado retirarse con éstos, ya que no había otro remedio, cerraron con él los enemigos. Conociéronle sin duda, y voceándole que se rindiese y entregase las armas y no queriendo él consentirlo sin que primero le hiciesen pedazos (que un Rey siente mucho que se las pidan), levantó uno de la compañía un pañizuelo de narices en la punta de la espada en señal de paz y apuntando a los moros, como en nombre de los demás para que acudiesen a rendirle; pero, como ya estaba el triste Rey condenado a muerte violenta, fueron tan bárbaros aquellos moros, que haciendo prisioneros los que allí andaban en defensa de su Rey, dieron por detrás en sus compañeros, más por saquear alguna cosa que porque ellos reparasen en la presa que tenían. Los cuales siendo tan pocos y estando algo asegurados, desangrados y medio muertos fueron al momento degollados, y algunos dicen que fue toda aquella batería sobre la persona del Rey entre los mismos moros, y que por eso le mataron.

Ya cuando esto sucedió estaba el campo por los moros y habían aclamado por su Rey a Muley Hamet su Capitán General luego que se entendió la muerte de su hermano, como diré adelante en concluyendo lo que dejé comenzado. Halló Sebastián de Resende el cuerpo del malogrado Rey, como su ayuda de cámara y de los más íntimos criados que tenía, desnudo (como hubo relación y lo cuentan algunos) con solos unos calzones de tela, con siete heridas, las principales de las cuales eran: una lanzada en un ojo, una gran cuchillada en un brazo, otra que le atrevesaba un muslo, y atrevesado el costado de un arcabuzazo.

Llevaron el cuerpo, despojado como estaba, al campo, y con extraordinario ejemplo de la mudanza y flaqueza de las cosas más prósperas deste mundo, le trajeron desnudo, corriendo sangre y atrevesado en los arzones de un caballo como si fuera un venado. Otros dicen que a hombros de caballeros portugueses; pero, comoquiera que sea, él fue llevado con este aspecto a la tienda del Moro, donde, tendido en aquel suelo como una fiera, lo reconocieron los más principales portugueses que allí estaban captivos, haciendo el Rey de todo ello un instrumento auténtico de cómo aquél era indubitavelmente el cuerpo del Rey don Sebastián. Lleváronle luego en unas andas suyas a Alcázar, donde le mandó enterrar el Moro en un aposento del palacio con mucha cantidad de cal, cerrando el aposento con llave, que tuvo siempre en su poder, por mandado del Jarife, Melchor de Amaral, caballero portugués, que fue a quien se encomendó el dicho entierro.

Metido, pues, el Rey don Henrique en la posesión del Reino,⁵⁹ la primera cosa que hizo fue cobrar el dicho cuerpo del poder del Jarife; y tratándolo en Marruecos Andrea Gasparo Corzo, que, aunque muerto el Moluco, andaba en la Corte y privanza de su hermano, pareciéndole que sería bien granjear al Rey Católico, para llevar adelante la amistad antigua le quiso hacer un presente del cuerpo de su sobrino y de la persona de don Juan de Silva su Embajador, que quedó captivo y muy herido de un arcabuzazo. Cuando ya se trataba de traerlos a Cádiz llegaron por orden del Rey Católico Francisco de Zúñiga y fray Roque del Espíritu Santo, de la orden de la Merced, a tratar con el Moro destes rescates; pero como el Jarife lo había ya concertado, lo cumplió entonces de mejor gana, mandando a Andrea Gasparo que los llevase a Ceuta y en su nombre hiciese aquella entrega, con certificación de que le servía al Rey Católico sin interés ninguno con su Embajador y aquel real cuerpo, y que lo hiciera con la misma voluntad en caso que le tuviera vivo. Había ya despachado el Rey Católico a don Pedro Vanegas, caballero portugués, con título de Embajador y un presente de más de cien mil ducados de joyas para el Jarife, con ocasión de llevar las paces adelante y de tratar los dichos rescates, el cual trató también de la libertad del Duque don Teodosio de Barcelos, que le dio luego el Moro a sólo su pedimiento.

Llegó, pues, Andrea Gasparo a Ceuta con el cuerpo del Rey acompañado de Luis César, don Duarte de Castelblanco, don Miguel de Noroña y otros que ya estaban rescatados. Hizo la entrega en forma de derecho a don Dionisio de Pereira, Capitán y Gobernador de Ceuta, a fray Roque del Espíritu Santo y a don Rodrigo de Meneses, con cédula que dieron del recibo firmada de sus nombres a cuatro de diciembre del dicho año de setenta y ocho. Hizo entonces Andrea Gasparo la presente certificación en la puerta de la ciudad a las diez horas de la mañana del día señalado:

Yo Andrea Gasparo Corzo entrego el cuerpo de la Majestad del Rey don Sebastián (Rey que fue de Portugal, que Dios haya) al muy reverendo Padre Fray Roque y a los señores don Dionisio de Pereira, Capitán y Gobernador desta ciudad de Ceuta, y a don Rodrigo de Meneses, por mandado del Rey Muley Hamet, el cual me había concedido el dicho real cuerpo para que le llevase presentado al Rey Católico con tanta liberalidad con cuanta afirmó con juramento, que en su ley hizo él mismo, que si le tuviera vivo y preso, de la misma manera le presentara. Y llegada una carta de la Majestad del Rey Católico y otra del Rey de Portugal, me mandó que no le llevase a Castilla, como primero me

59.- Henrique I de Portugal, el Cardenal-Rey, era el hermano menor de Juan III (el abuelo de don Sebastián). Falleció en 1580 sin sucesión, pues la Santa Sede no le permitió renunciar a sus votos y casarse.

había mandado, sino que le trajese a esta frontera de Ceuta y en ella le entregase solennemente, como al presente le entrego, tomando por testimonio que el dicho Muley Hamet le ha concedido y presentado libre y graciosamente, sin ningún interés, este real cuerpo de la Majestad del Rey de Portugal a intercesión y petición de la Majestad Católica del Rey don Felipe. Fecha en Ceuta a cuatro de diciembre de mil y quinientos y setenta y ocho años. Andrea Gasparo Corzo, don Dionisio de Pereira, don Rodrigo de Meneses, Fray Roque del Espíritu Santo, y por testigos firmaron, que a ello fueron presentes, don Duarte de Castelblanco, don Miguel de Noroña, Luis César y don Jorge de Meneses.

Entregado desta manera cuerpo del Rey don Sebastián al Capitán de Ceuta, estuvo allí depositado hasta que, muerto el Rey don Henrique, su tío y sucesor, y habiendo entrado y allanado aquellos Reinos el Rey Católico,⁶⁰ hallándose en la ciudad de Lisboa después de haber concertado las cosas de aquel Reino, determinó de traerle al Monasterio de Belén con el cuerpo del Rey don Henrique y darles allí la sepultura de su mano. Pareciole que esta translación se hiciese en favor de todos los cuerpos reales que estaban en diferentes partes, para que juntos allí en aquel real templo, como los de Castilla en San Lorenzo del Escorial, resplandeciese más su buen celo. Diose orden a don Manuel de Zibra, Obispo de Ceuta, que con la majestad posible trajese hasta el Algarve el dicho real cuerpo con algunos caballeros y capellanes de la Capilla de Portugal, y que desde allí le acompañase el Obispo del Algarve don Alonso de Castelblanco, que lo es ahora de Coimbra. Vino desta manera al Algarve, y de allí le llevaron a la ciudad de Évora en una litera de brocado, con hachas que siempre fueron ardiendo, donde le salió a recibir a la puerta de la ciudad el Arzobispo don Teotonio, que murió este año pasado en esta Corte, con todo el cabildo. Salió la Ciudad un poco más afuera, y doblando las campanas le llevaron con solenidad pública a la iglesia mayor, donde se le hicieron los oficios funerales y se le dijeron muchas misas.

Lleváronle de allí a Lisboa, estando dos días antes que llegase recogido Su Majestad en Belén para recibirle por su persona. Vino con el cuerpo del Rey don Henrique desde Almería, donde estaba, y algunos de los Infantes, hijos de los Reyes don Manuel y don Juan, a los cuales se les hizo un solenísimo entierro con asistencia de todas las religiones y del Rey Católico con toda la Corte de Castilla y Portugal enlutados. Púsose el cuerpo del Rey don Sebastián en una capilla del crucero, a la parte de la Epístola, frontero del Rey don Henrique, donde está su real cuerpo en medio de la capilla autorizado con un túmulo de no sé cuántas gradas, y una tumba sobre ellas, guarnecidas de damasco y terciopelo carmesí, que representa todo ello harta majestad y grandeza.

He dicho todo esto por llevar la narración hasta el cabo sin dividirlo, y ahora prosiguiendo el discurso de la guerra, digo que tal fue la muerte deste desgraciado Príncipe, en la cual concurrieron todas cuantas cosas la podían hacer lastimosa. La edad robusta, pues no tenía 25 años cumplidos, las grandes esperanzas de su persona, que tenia suspenso la Cristiandad, la falta de la sucesión, pues murió antes de casarse, la violencia de la muerte, tan sin poderse remediar ni aun dejar testigos della, y últimamente, la prisión de su real cuerpo entre tan viles enemigos. Dotole la naturaleza de grandes prendas y calidades, mas no le aprovecharon nada faltándole, por la edad briosa, la virtud positiva, que es la gober-

60.- En junio de 1580 Antonio de Portugal, Prior de Crato, que sobrevivió al desastre de Alcazarquivir, se autoproclamó rey en Santarem. Sus tropas fueron vencidas por un ejército español comandado por el Duque de Alba. Antonio se exilió en Francia y luego en Inglaterra.

nadora de nuestras acciones, pues todo su valor, liberalidad, celo de la religión, deseo de la gloria militar, bizarría de su cuerpo y en fin, toda su fortaleza y fuerzas naturales no le sirvieron más que de dejar al mundo una general lástima de todo. Púdose muy bien decir dél aquello que se dice de Alejandro: que según dio de sí aquel tan gran resplandor al mundo, tenía la virtud de la naturaleza y los vicios de la fortuna.

Salvose por entonces (volviendo a la guerra) de poder de sus enemigos el Jarife Muley Mahamet, pero queriendo vadear el Mucazeno (ya que vio el negocio en tan mal estado) por salvarse en Arcilla, se ahogó también desgraciadamente. Y es cosa notable que en espacio de seis horas de una batalla murieron tres reyes en un palmo de tierra: el uno, de su enfermedad; el otro, violentamente; el otro, ahogado, y todos tres muertes tan diferentes.

Levantó luego todo el ejército por su Rey y de todos aquellos estados de Marruecos a Muley Hamet cuando se publicó la muerte de su hermano, corriendo el campo con la bandera real, como es uso y costumbre de los africanos, no obstante que dejó el Moluco un hijo en Argel (como ya dije), en cumplimiento de aquella concordia que ya puse al principio, de que los hermanos sucediesen a los hermanos en el reino, siendo preferidos a los hijos que tuviesen del último poseedor. Diose luego a saquear y hacer prisioneros. Húbose grandísima riqueza del despojo, que como fueron los portugueses tan gallardos, parece que saquearon a Portugal para enriquecer los moros de África. Lo que le fue de más importancia fueron los muchos captivos que hizo, ricos, nobles y personas, en fin, de lo mejor parado del Reino de Portugal, los cuales por su poca paciencia y sufrimiento se rescataron a cinco y seis mil ducados cada uno y con ciertas obligaciones unos por otros, que les fue mucho más costoso.

Fue esta jornada muy notable, por la muerte de tres reyes, por la prisión de toda la nobleza de un Reino y por el general desconcierto que causó todo esto en Europa. No fueron tantos los muertos como los captivos. Murieron cosa de tres mil moros y otros tantos cristianos, y entre ellos, como más principales: el Rey, los dos Obispos de Coímbra y Oporto, el Duque de Avero (no trato de los forasteros), el Conde de la Videgueya, el Conde de Vimioso, el Conde de Redondo, el Conde de Mira, el Barón de Alvito, don Álvaro de Melo, hijo del Marqués de Ferreira, don Rodrigo de Melo, primogénito del Conde de Tentugal, don Jaime, hermano del Duque de Braganza, don Juan de Silveira, primogénito del Conde de Sortella, Cristóbal de Távara y otros hidalgos y caballeros muy principales, Quedaron captivos el Duque don Teodosio de Barcelos, que lo es ahora de Braganza, herido de un alfanjazo, el Embajador Católico, el Prior de Crato, don Luis de Portugal y otros muchos caballeros que se fueron después rescatando poco a poco.

Recogió el nuevo Rey cuantos captivos pudo, con los cuales y una muy grade pompa entró en Fez triunfante con las banderas y despojos, al modo de aquellos antiguos triunfos romanos. Hizo luego descorar⁶¹ el cuerpo de Muley Mahamet, que hubo a las manos, y, lleno el pellejo de paja, le llevó también en el triunfo, y después le envió a Marruecos para que viéndole así los moros de las montañas de Suso acabasen de perder las esperanzas que podían tener de verle algún día en el Reino. Compró muchos captivos a sus dueños a poco precio para revenderlos a su gusto, que no hiciera más un mercader, tomándolos a los judíos que los habían comprado baratos a los soldados.

61.- Desollar.

Aconsejaronle muchos que, pues tenía en campaña un ejército tan poderoso, diese luego tras los lugares que tenía allí en África el Rey de Portugal, pues demás de estar tan solos, que los había sacado el Rey lo mejor que tenían, no le verían bien la cara cuando le huirían las suyas. No se atrevió a menearse por muchas consideraciones que tuvo, aunque si quisiera pudiera con mucha facilidad ganar aquellas fronteras y echar los portugueses dellas. Dicen algunos que como se huyeron algunos alarbes al principio de la batalla y publicaron en Fez su rompimiento, le pareció mejor partido asegurar su Reino, pues se estaba con las armas en la mano, que andarse ganando lo ajeno con peligro de perder lo suyo propio. También, considerando que aún no quedaba despoblada Portugal y que podían⁶² ser fácilmente socorridos aquellos lugares por mar, pues estaban en la costa, no quiso dar tras ellos; pero lo que más le detuvo no fue, sin duda, sino el miedo y respeto que tenía al Rey Católico, pues habiendo de estar lastimado de la muerte de su sobrino, era de temer que saliese a la demanda, o que por lo menos pusiese mano a su potencia viendo que tras ello le quería tomar aquellos lugares, por la parte que le tocaba de la vecindad con los suyos. Para lo cual, y parece que temiendo el Marqués de Santa Cruz, General de las galeras de España, este pensamiento habiendo tenido nueva desta desgracia en las costas del Andalucía, puso a punto las que tenía de su escuadra y acudió al momento a favorecer aquellos presidios, por si acaso quería el Moro acometerlos. En fin, que él anduvo cuerdo en detenerse cuanto pudo y mostrarse tan amigo y servidor del Rey Católico, que pasó adelante la paz antigua y ganó opinión de muy buen príncipe, teniendo también el Rey Católico las espaldas seguras por aquella parte contra las pretensiones del Turco, que se andaba fraguando una guerra contra las fronteras de África que con tanta reputación han sustentado siempre los españoles.

— o O o —

Desta manera se perdió el Rey don Sebastián tan lastimosamente como he dicho, sin haber faltado un punto en todo ello al crédito de la verdad, según los papeles y originales muy fidedignos que he tenido. Lo demás que sucedió en el rescate de los captivos, en la sucesión del Rey don Henrique, en las mudanzas y alteraciones de Portugal, y últimamente en la unión con la Corona de Castilla, como volviéndose a su propio original, muchos lo han tratado y negocio es ya muy averiguado y que se va haciendo cada día más cierto, y así, no hay para qué hablar en ello, sino acabar en sólo este discurso de arrancar esta dificultad que ha desasosegado⁶³ a muchos y averiguar esta verdad a satisfacción de todos para que con ella acudan (como es razón) a sus obligaciones. Mi intención ha sido harto buena, para que resulte de aquí el servicio de Dios, como a todos nos toca, el del Rey nuestro señor, como natural y absoluto señor desta Monarquía, y la correspondencia honrada que hasta los mismos elementos nos enseñan en su composición y consonancia.

FINIS

62.- Orig.: 'podia' (175).

63.- Orig.: 'desasogedado' (176).

ANEXO

HISTORIA DE GABRIEL DE ESPINOSA, PASTELERO EN MADRIGAL, QUE FINGIO SER EL REY DON SEBASTIAN DE PORTUGAL, Y ASIMISMO LA DE FRAY MIGUEL DE LOS SANTOS, EN EL AÑO DE 1595⁶⁴

PRÓLOGO AL CURIOSO Y NOTICIOSO LECTOR

POR haber sido tan notable el caso que sucedió en la Villa de Madrigal, en Castilla la Vieja, el año de mil quinientos y noventa y cinco, y ver las diligencias tan varias que en el hecho se cuentan diferentemente aun en una misma cosa y todo tan lejos de la verdad, me ha parecido hacer una muy entera y fiel relación tomándolo desde su principio; y lo puedo asegurar como testigo de vista, así a la muerte como a muchas cosas que pasaron en vida, y de algunas que no vi no estoy menos cierto, por haberme informado de personas fidedignas que lo vieron y tocaron. Y el orden que pienso guardar en contar tan estraña maraña no será el que tuvo en irse ella tramando, sino el que tuvo en irse descubriendo, y es menester ir con presupuesto que hasta llegar al fin no se descubrirá del todo este tan notable embeleco, por ser el fin su principio, donde se supo y entendió; y para menos confusión y enfado de quien leyere esta relación, la dividiré en capítulos, empezando primero por la prisión del Pastelero.

64.- De esta *Historia de Gabriel de Espinosa* se conserva la edición impresa en Jerez-1683 (una versión libre, muy recordada y abundante en incongruencias) y un par de manuscritos (Mss/6488 y Mss/1601, accesibles en la Biblioteca Digital Hispánica). Los manuscritos son más detallados, si bien no faltan discrepancias entre ellos, y sospecho que son copias por distinta mano de algún otro anterior. De los dos, el Mss/6488 parece más antiguo, y bien pude tomarlo como texto-base, pero es el más difícil de leer (por lo amarillento del papel y por las transparencias del dorso de la plana), y no siempre el otro manuscrito resuelve el problema (por diferencias en la redacción). He optado por partir del texto de la versión impresa, pero manteniendo permanentemente a la vista las manuscritas para corregir y/o completar muchos pasajes (no todos: sólo aquellos que consideré más convenientes). Inicialmente anoté todas las intervenciones que introduje en el texto, pero eran centenares, así que me decidí a eliminar casi todas, por estética y para no aburrir al lector.

CAP. I. De cómo fue preso Gabriel de Espinosa por don Rodrigo de Santillana, Alcalde de la Chancillería de Valladolid

A los últimos del mes de septiembre del año de mil quinientos y noventa y cuatro llegó a Valladolid un hombre que dijo llamarse Gabriel de Espinosa, con habito y traje de hombre ordinario, y en llegando recibió dos criados, de los cuales el uno le hurtó ciento y cincuenta ducados y desapareció, sin dársele (según la demostración que hizo) cosa alguna por ello ni hacer diligencia para cobrarlos. Recibió luego otro criado en su lugar, no para que le acompañase (que desto se recataba siempre mucho), antes andaba casi siempre solo, porque enviaba los criados delante para que le esperasen en tal parte (pongo por caso, en Chancillería), y de allí los enviaba a otra parte donde después había de ir; y si acaso tenía necesidad de enviar alguno a alguna parte, hacía que el otro criado se anticipase y fuese a otra. Esto hacía por que nunca le faltasen mensajeros para hacer sus cosas y no tener testigos en ninguna dellas.

Acertó a este tiempo a trabar allí amistad con una mujercilla, la cual viendo unas ricas joyas de diamantes que llevaba, sospechó que eran hurtadas, y temiéndose no la sucediese a ella algo por callar, fue a dar cuenta dello a don Rodrigo de Santillana, Alcalde del Crimen en aquella Chancillería de Valladolid, y dando señas del hombre y de cuán generoso y liberal era en dar, siendo persona tan baja y ordinaria, y con otras cosas que dijo, el Alcalde iba cobrando ya dél malas sospechas. Al fin, determinó don Rodrigo irle a buscar aquella noche a las diez, y no le halló en la posada donde le señalaron, porque se mudaba a menudo de una en otra para más seguridad. Con esto, no dejó el Alcalde casa de posadas en Valladolid donde no le buscase, y le halló acostado, que serían cerca de las dos de la noche, y sintiendo que había justicia en casa se alborotó y comenzó a vestirse. Subió el Alcalde y hallole con una camisa de holanda, cuello y puños de cadeneta pegados a la camisa, a uso de más que de hombre común, unos calzones de holanda muy delgada, y ya cuando el Alcalde llegó, tenía calzados unos borceguíes acuchillados.

Hízole acabar de vestir, y entretanto buscó y halló las joyas, que eran: un vaso de unicornio guarnecido de oro; un librillo de oro que la señora Infanta doña Isabel⁶⁵ había enviado a la señora doña Ana de Austria con algunos diamantes; un anillo de oro con un diamante grande en fondo finísimo; otro anillo de oro con una rica piedra esculpido el retrato del Rey Felipe Segundo muy al vivo, que Su Majestad había enviado a la señora doña Ana; unas muy ricas imágenes para la cabecera de la cama, una piedra bezar⁶⁶ muy grande engastada en oro, y un reloj de oro con diamantes para el pecho y otras muchas cosillas de valor. Habiéndose el Alcalde apoderado destas joyas, preguntó al dicho Gabriel de Espinosa quién era y cómo se llamaba; respondió: «Soy pastelero en la Villa de Madrigal y llámome Gabriel de Espinosa».

Tornole a preguntar de dónde eran aquellas joyas y de dónde las traía; respondió que la señora doña Ana de Austria, monja de Santa Maria la Real de Madrigal, se las había dado para que se las vendiese en aquella ciudad, y que a sólo esto había venido a Valladolid. Preguntole más: que por qué se había mudado de la posada donde estaba el día antes;

65.- Isabel Clara Eugenia de Austria, hija de Felipe II e Isabel de Valois.

66.- Se le atribuían propiedades curativas.

respondió que porque la huéspedera era puerca, y replicándole cómo un pastelero reparaba en si la huéspedera era o no limpia, respondió con satírico donaire: «Antes por serlo he menester reparar más en la limpieza». Y amenazándole entonces con tormento si no declaraba la verdad, dijo con un sonsonete: ¿Tormento? Yo conozco a V. md., y sé que es un honrado caballero y que no me hará ese agravio».

Al fin, atajando pláticas, el Alcalde trató de llevarle preso y a buen recado, y él con mucha mesura y gravedad, pareciéndole que le llevaban como a hombre ordinario, dijo al Alcalde: «Mire lo que hace y cómo trata a los hombres honrados, que ni a él⁶⁷ ni a los demás los ha puesto aquí el Rey para hacer agravio a los forasteros». A lo cual respondió el Alcalde: «Si vós lo sois, allá parecerá y trataremos como a tal; ahora por pastelero os habéis vendido: como a tal os trataremos y llevaremos mientras otra cosa no nos constare». Con esto lo llevaron a la cárcel, adonde le dejaron a buen recado.

Otro día se despachó un correo a la señora doña Ana de Austria dándole cuenta de lo que había pasado y de lo que el preso decía, preguntándola que si era verdad que Su Excelencia había enviado a vender aquellas joyas. También el Gabriel de Espinosa (que no se dormía) tuvo modo y maña para despachar otro correo de secreto con aviso de todo lo que se había de hacer, y sirvió este aviso de que un escritorio que en su casa tenía con muchos papeles de importancia y otras cosas se llevasen luego al convento, el cual nunca pareció.

Asimismo avisaba que la señora doña Ana avisase al Alcalde ser verdad lo que él decía y que al punto le diesen libertad; pero antes de llegar este aviso⁶⁸ había venido a manos del Alcalde un pliego de cartas que la señora doña Ana y fray Miguel de los Santos (de quien luego se hará mención) enviaban al dicho Gabriel de Espinosa con un proprio que dos días antes había él enviado a Madrigal dándole cuenta de su salud y de las demás cosas que en Valladolid le habían sucedido. Y para dar mejor a entender la maraña desta historia pondré aquí una de las cartas que ha venido a mis manos, que es la que fray Miguel escribió al preso.

CARTA DE FRAY MIGUEL DE LOS SANTOS A GABRIEL DE ESPINOSA

Gran merced es la que V. Maj. hace a esta su casa en acordarse della tan a menudo, aunque si hubiera de ser conforme a los deseos de acá, tres mensajeros al día fueran pocos, y si V. Maj. viesse los muchos efectos que sus cartas hacen, las daría por muy bien empleadas, aunque más lágrimas se viertan sobre ellas. Ha dado la vida a mi Sra. y a los criados de V. Maj. la buena nueva que este hombre trajo de la mejoría de V. Maj.; plegue a Nuestro Señor sea muy cumplida y por tan largos años como deseo, que a buen seguro se me puede fiar todo en este caso.

El mal que resultó de haberle hecho a los caballos⁶⁹ no será más que cansancio, por la poca costumbre y indisposiciones pasadas. Descanse V. Maj. y hágase regalar todo lo posible y esté muy bueno y sin enfado alguno, porque confío en Dios tendrán muy presto término sus trabajos y vendrá lo que su Divina Majestad suele enviar tras ellos.

El de Madrid no ha venido, ni ha enviado recaudo alguno más de avisar su dolencia larga y peligrosa. Mire V. Maj. lo que podrá haber gastado y de tan poca cuantía lo que quedará. Hoy al

67.- Fórmula irrespetuosa de tratamiento, evitando decir 'vuestra merced'.

68.- Al Alcalde, se entiende.

69.- En la monta a la jineta, 'hacer mal a caballo' equivalía a forzarle.

amanecer despachó mi Señora un proprio para él enviándole a mandar que al punto se venga y traiga todos los recaudos que llevó a su cargo y otros que ahora se le encargan. Y dice mi Señora que en viniendo éste enviará luego otro a V. Maj. con todos los recaudos.

La niña está, a Dios gracias, muy buena, y toda la gente de la casa la regala y andan embobados tras ella, reconociendo (mal que les pese) que hay allí cosa grande, y callan. Verdad es que mi Señora les ha dado tal castigo que han enmudecido. La gente de fuera también calla, por lo menos que yo sepa. El ama está buena, y yo la llamé luego y consolé y animé, y ofrecí todo lo que pude; que me declarase si había menester dineros, que los buscaría, y para ello vendería cuantos libros tenía. Díjome que dineros tenía por ahora, que no había menester sino manteca, que no se la querían vender en la villa. Luego se dio orden en ello y quedó proveída; tiene su criado y hace en⁷⁰ su menester, aunque mi Señora desea como la vida ver quitada esta tienda de los ojos de la gente. Y cuanto a estarse aquí el ama para la venida, paréceme grande inconveniente, porque será imposible poder posar en su casa sin ser reconocidos del pueblo, y será el estampido mayor que el primero; que la gente, aunque calla en esta ausencia, está a la mira, y con la venida en nueva figura sin duda habrá grande alboroto y se confirmarán en sus sospechas, y podría el negocio volar luego a la Corte y haber revueltas de que esta señora recibiese algún agravio y pesadumbre que la costase la vida. V. Maj, pues la quiere tanto y la hace tanta merced, lo mire de espacio, y por lo poco no se aventure lo mucho.

Lo bueno y acordado, a mi parecer, sería vengan en los trajes no tan bizarros que sean notados, sino medianamente, de manera que parezcan criados de Madama y digan que vienen con recaudos suyos y a visitar a esta señora, y llamarse el uno Maravete, que así se llama un mayordomo de Madama, y en llegando aquí me hable el uno, que luego daré orden de lo que ha de hacer. Y en cuanto al dormir y el posar, si V. Maj. no gusta que sea en mesón, podranse recoger en Blasco Nuño,⁷¹ que allí tenemos casa acomodada; y si el ama no estuviere aquí podrase esto hacer más llanamente; y si está aquí y van a su casa, por muy de noche que sea han de ser vistos, y entendido el negocio, será muy gran peligro; y mejor estará el ama con la niña, y desde allá la podrá V. Maj. mandar ir a donde y como fuere servido.

Éste parece hombre de bien y de confianza, y así, las dos escofias⁷² y el almohadilla⁷³ que faltaron, sin duda allá las cogieron, y poca es la pérdida, si no fuera por el dueño. Los agnus⁷⁴ envió y las alcorzas irán también, si se hallare caja en que quepan. Los tres mil ducados enviara con más gusto quien con tanto envía estas niñerías; y si ellos se pudieran fundir de la sangre de mis venas, yo me la sacara toda, sin dejar en ellas gota, para servir a quien tan tiernamente amo y con tantas veras del alma quiero; mas bien sé que con sus ojos, señor mío, vio la pobreza deste aposento y de su dueño, y pues sabe estas verdades, maravillome mucho que diga que si acá hay arrepentimiento de las niñerías que llevó, que las tornará a enviar. Mire, Rey señor mío, que se lastimará mucho la lealtad y amor verdadero con esta razón, y crea que quien le daría la vida y sangre no le negaría la hacienda si la tuviera, y que no es cerrarse de campiña el no acudir con más, sino no tenerlo ni de dónde sacarlo.

70.- Orig.: 'tiene su criado, y aun' En las versiones manuscritas: 'tienen su criado y hacen'

71.- Blasconuño de Matababras (prov. de Ávila).

72.- Cofias.

73.- Pequeño cojín que usan las costureras. También puede referirse a la almohada cilíndrica para el encaje de bolillos.

74.- Relicarios.

El portador me dijo de un correo que ahí vino y trajo nueva triste de que en un torneo mató un caballero de la compañía a otro y que V. Maj. lo había sentido mucho. Alterome esto, y quedé muy turbado por don Francisco y don Carlos y Abenamar. No lo he dicho a mi Señora, por no darle pena con este cuidado, y por descansar el mío suplico a V. Maj. se sirva de decirme si ha sido la pendencia entre estos señores y cómo ha sido. Plegue a Dios Nuestro Señor no haya sido una desgracia que a todos nos cueste caro.

Mi Señora quiso enviar el otro día a V. Maj. a Juan con el macho del médico, y cuando preguntamos por él, habíale ya vendido para el gasto de su enfermedad y de su mujer y hijos, que todavía están malos. Yo y Roderos tornamos a caer por haber comido un poco de vaca y tocino fresco; ya me ha dejado la calentura, pero ando flaco y mal comedor. Andamos el Navarro y yo⁷⁵ muy a las malas sobre nuestro negocio; no sé en qué parará, que ellos todos me desean echar de aquí. Grande envidia tengo a los ojos de esa gente de Burgos hasta que los míos vean a V. Maj.; tráigale Dios presto⁷⁶ y nos guarde a V. Maj. como el mundo lo ha menester. Ese hombre no vio a mi Señora, aunque él diga que sí por dar contento a V. Maj., pero no lo he podido acabar con ella. De esta su casa de V. Maj., a 6 de octubre, a las diez del día. Criado de V. Maj. Fr: Miguel.

CAP. II. Despachan aviso al Rey nuestro señor don Felipe Segundo, y viene orden que el Alcalde don Rodrigo prenda en su celda a la señora doña Ana de Austria y a los demás culpados.
Declárase quién es fray Miguel y otras cosas notables.

ESTAS cartas comenzaron a dar luz del enredo que luego diré, lo que bastó para que al punto el Alcalde pusiese con mejor recaudo y más guardas al preso, dando aviso de todo a Su Majestad esperando el orden de lo que había de hacer, y en el ínterin hizo más diligencias para saber cuantos pasos había dado aquel hombre en Valladolid, y entre otras cosas averiguó que, yéndose a pasear un día a la Puerta del Campo y hallando allí un caballero de cierto señor de título, que estaba probando algunos caballos, con algún temor de montar en uno por su demasiado brío, le rogó Gabriel de Espinosa le dejase subir en él, que él se lo domaría. El caballero se lo dio, y se subió en él con tanta destreza y gallardía, que los que estaban presentes y el caballero dijeron no haber visto en su vida mejor hombre de a caballo en Castilla, ni en Italia ni en otras partes donde algunos de los circunstantes habían estado. Y admirado el caballero, le preguntó quién era, y diciéndole que un pastelero de Madrigal, se rio mucho, diciendo: «¿Pastelero vós? ¡Como yo!».

Con estas cosas que de nuevo supo el Alcalde, después de haber escrito a la señora doña Ana y recibido el aviso que tengo dicho, no hizo mudanza ni respondió a su carta, de lo cual enfadada, le envió luego otro propio con palabras algo ásperas y amenazas si no le soltaba. A esto respondió el Alcalde algunas palabras generales prometiendo el hacerlo.

75.- En una de las versiones manuscritas: 'Alvarez y yo.'

76.- Orig.: '...de Burgos, el día, y los cavallos, y cada día trayga' En una de las versiones manuscritas: '...de Burgos asta que los mios vean a V. Mgd. Conuien venido a este lugar, traygale' En la otra: '...de Burgos el dia de los caballos, y cada dia trayga.'

A pocos días después desto llegó orden de Su Majestad para que el preso estuviese a muy buen recaudo y el Alcalde se partiese a Madrigal a prender a la señora doña Ana de Austria, recogiénola en su celda y poniéndola guardas, y que asimismo procurase dar alcance a todos los papeles y personas que hiciesen al caso para este negocio. Hízolo así y prendió algunas personas, y principalmente al vicario de aquel monasterio, que era un fraile agustino portugués, hombre de grandes prendas y de los de mayor autoridad que había en todo Portugal, donde había sido dos veces Provincial de su Orden, y Predicador del Rey don Sebastián y confesor de don Antonio, a quien quería y de quien era querido entrañablemente, y que por haberlo mostrado con mucha demasía en la guerra de Portugal, le había mandado el Rey nuestro señor don Felipe Segundo traer preso a Castilla metido en un coche con arcabuceros de guarda, y al cabo de mucho tiempo, mostrando arrepentimiento y queriendo Su Majestad obligarle con hacer confianza dél, pidió le hiciesen vicario del dicho monasterio y confesor de la señora doña Ana de Austria, como con efecto lo fue algunos años. A este fraile, como a principal delincuente, prendió el Alcalde, poniéndole a muy buen recaudo con guardas, y por haberse entendido, por papeles que le cogieron, que iban otros fuera del Reino, fue otro Alcalde en seguimiento del que los llevaba aunque se volvió sin darle alcance ni saber de cierto lo que en ello había

Lo primero que hizo el Alcalde en llegando a Madrigal fue visitar la casa del Pastelero, en la cual no halló alhaja ni señal de pastelería más que sólo el horno y palas, porque todo lo habían ya desaparecido. Dentro de pocos días que se fue entendiendo este negocio llevaron al preso de Valladolid a Medina del Campo. Llevo don Diego de Santillana, hermano del Alcalde, en un coche con guardas y seis arcabuceros. La causa de llevarle a Medina fue por estar allí más bien guardado y estar más cerca de Madrigal para las idas y venidas que el Alcalde había de hacer conforme lo que fuese resultando de los dichos y confesiones.

Vino, por mandado de Su Majestad, otro Alcalde de Valladolid a Madrigal a encargarse de la guarda de los presos, porque sólo había de entender D. Rodrigo de Santillana en la averiguación del negocio, el cual por entonces por su misma mano, sin escribirse letra si no es de la suya, iba tomando las confesiones tan de espacio, que en ocho horas no se levantaba de la silla, y muchas veces en diez y en once horas no alzaba la cabeza de escribir, particularmente con el Fraile y con la señora doña Ana y otras dos monjas, criadas suyas, que participaron de sus secretos.

Hiciéronse en este tiempo muchas averiguaciones en Madrigal y en toda su comarca sobre quién era este pastelero y cuánto había que estaba en aquella tierra y qué otros tratos y modos de vivir tenía, hallándose que antes de ir a Madrigal había ejercido el mismo oficio en la Nava de Medina (que es tres⁷⁷ leguas de Madrigal), donde decían los labradores que había hecho su oficio como muy mal pastelero y muy poco codicioso, y que daba lo que valía un real por un cuartillo, y que habiendo estado allí tres o cuatro meses, se pasó a Madrigal, donde estuvo cuatro meses.

Su ocupación ordinaria no era hacer pasteles, que en su casa tenía quien los hiciese, aunque por disimular los hacía algunas veces de su mano. La primera cosa que hacía en levantándose era ir al monasterio a oír misa, que fray Miguel le aguardaba para decirla, y luego juntos se iban al locutorio, donde los aguardaba la señora doña Ana, y se estaban

77.- En una de las versiones manuscritas; 'seis' que es más correcto.

allí hasta hacer hora de comer, y muchas veces el Pastelero se iba a comer con el Fraile, y dondequiera que comiese, allí o en su casa, siempre fue muy regalado; y después de comer se volvían al convento a su conversación y duraba hasta la noche, y esto particularmente pocos días antes de su prisión había grande continuación y era con tanto exceso, que ya se murmuraba en el pueblo, aunque buscaban colores aparentes.

Averiguose también que en este tiempo había venido gente de Portugal, unos a verle, otros a hablar con la señora doña Ana y con fray Miguel, otros a hablar con el Pastelero, entre los cuales testificó al ama del Pastelero haber visto tres personajes muy galanes, con cadenas de oro, los cuales entrando en casa del Pastelero, luego le abrazaron, y dando muestras de gran sentimiento, sin hablar palabra lloraban y suspiraban, apartándose a hablar donde no se les podía oír, en que gastaron gran rato después de comer, y al anochecer se despidieron con grandes lágrimas, sin querer llevar unas aves que para el camino les tenían aparejadas.

A este modo se descubrieron algunas preñeces que daban sospechas que había en aquel hombre más que lo que en lo exterior se descubría; y no fue de las menores ver que una hija del Pastelero, de edad de dos años, hermosísima criatura, cuya madre (como adelante diremos) era el ama que consigo traía, llamada Clara, puesta en tanta grandeza la niña, que no quería comer bocado sin servilleta, ni beber si no la ponían plato o salvilla debajo del vaso en que bebía, y era de manera que, cualquiera destas dos cosas que faltase, daba voces para que se las trajesen, y hubo vez que, por no estar tan a mano plato, se le hacían del sombrero, poniéndosele debajo para que bebiese. De todo esto y de lo demás se le iba dando cuenta al Rey nuestro señor muy a menudo, yendo y viniendo correos de una parte a otra.

En este tiempo se le tomó la confesión al Fraile y a la señora doña Ana, compeliéndoles el Provincial, que a la sazón vino allí, a que dijese, pena de excomunión; aunque después, por saber por ventura algo del negocio, y no todo lo que había, alzó las censuras y puso contrario precepto, por lo cual le prendieron también a él, y dando aviso a Su Majestad, le mandó parecer en Madrid, donde estuvo preso en su casa muchos días. Y para que se procediese en esto con más rigor y fuerza, se dio orden para que el Nuncio enviase un comisario con todas sus veces para poder apremiar y compeler a todas las personas eclesiásticas. El Comisario fue el Doctor don Juan Llanos de Valdés, Capellán de Su Majestad y Comisario del Santo Oficio, y cuando llegó, ya el Alcalde había tomado sus confesiones segunda vez a la señora doña Ana y al Fraile, que es de la que trata el capítulo siguiente.

CAP. III. Tómasese la confesión a fray Miguel, y declara cosas notables

DESDE el punto que prendieron a Gabriel de Espinosa dio fray Miguel en decir que era el Rey don Sebastián de Portugal, y esto mismo dijo en su primera y segunda confesión, y en ésta dijo muy a la larga y en especial las razones que tuvo para persuadirse que esto era así. Cuanto a lo primero, dijo que siempre él ha creído que el Rey don Sebastián era vivo, para lo cual decía haber tenido grandes fundamentos.

El primero, ver que el día de las honras que se celebraron en el Monasterio de Belén no encomendaron a las Religiones misas por su alma, como se hace siempre en Portugal por sus reyes o príncipes que se mueren.

Lo segundo, que estando él prevenido para predicar estas honras de dicho Rey, un día antes se llegó a él un fidalgo portugués, que al presente vivía y le nombró, y que le dijo, avisándole como amigo, que mirase lo que decía del Rey don Sebastián en el sermón, porque le juraba por los Santos Evangelios que el Rey se había de hallar presente al sermón; y dos días después de haber predicado le volvió a hablar dicho fidalgo y le volvió a asegurar con los mismos juramentos que el Rey había estado presente a oír su sermón, y que en este mismo tiempo se decía por Lisboa que el Rey don Sebastián de Portugal, después de la batalla, había estado en un convento de Descalzos en el Cabo de San Vicente, y que allí había confesado y comulgado.

Lo tercero, que un fraile de su Orden, que nombró y era vivo, dijo muchos días que el Rey don Sebastián había estado en un monasterio de Cartujos junto a Badajoz, y que la tierra se alborotaba de ver la mucha caza que llevaban al monasterio, no comiendo los frailes carne.

Lo cuarto, que pasado tiempo después de la batalla se decía públicamente por Lisboa que doña Francisca Calva, mujer de Cristóbal Tavera,⁷⁸ que vivía en la Torre Vieja, de la otra parte del Tajo, frontero de Lisboa, enviaba una acémila cargada de ropa blanca al monasterio de los Descalzos de Caparica, y que era al Rey don Sebastián.

Lo quinto, que don Diego de Sousa, caballero viejo muy principal, General de la Armada del Rey don Sebastián cuando fue al África, se levantó con toda la flota el mismo día que se dio la batalla y se vino a Lisboa, lo cual no hiciera un caballero tan principal y cuerdo y tan práctico en las cosas de la guerra, dejando a su Rey en tierra de enemigos, perdido él y su ejército, sin esperar a ver si era vivo o muerto y sin recoger la gente. Y confirma mucho este motivo lo que públicamente se dijo: que aquel mismo día, a boca de noche, con dos hachas, se embarcaron tres hombres rebozados en la capitana y luego el General mandó hacer a la vela, diciendo todos que uno de los tres era el Rey don Sebastián; y lo que más le aseguraba ser esto así era que el Rey don Enrique no castigó al dicho don Diego de Sousa por haberse venido, y haber oído decir públicamente que cuando preguntaban a don Diego de Sousa que cómo había hecho aquello, ponía el dedo en la boca y decía: «Yo hice lo que no puedo decir ni pude dejar de hacer».

Lo sexto, que oyó decir a personas fidedignas que un soldado había dicho al Rey don Enrique, con grandes juramentos, que él mismo le había dado de beber con una bota de agua, desviado mucho de donde se dio la batalla.

Lo séptimo, que otro hombre, que andaba trabajando de la otra parte del Tajo, habiendo pasado dos hombres a caballo junto a él, de allí a un rato vino otro solo, quitado el rebozo, y le preguntó si habían pasado por allí dos hombres a caballo, y él se hincó de rodillas y dijo que sí, y preguntándole el de a caballo que por qué se ponía de rodillas, respondió que por que le conocía, que era el Rey don Sebastián, y el de a caballo puso el dedo en la boca para que callase, y el hombre, sin embargo, lo dijo y se decía públicamente,

Lo octavo, que estando el dicho fray Miguel en Castilblanco en un monasterio de su Orden, le dijeron los frailes que en otro monasterio de frailes Franciscos que allí está se había muerto un fraile, y que había declarado a la hora de su muerte que él había confesado al Rey don Sebastián después de la batalla y que era vivo.

78.- Orig.: 'Tabera' En las versiones manuscritas: 'Tabara'

Lo nono, que de cosa de dos años a esta parte, viniendo a Madrigal un soldado que se había hallado en la batalla del Rey don Sebastián y quedó cautivo (de lo cual traía buenos recaudos para que le dieran limosna), y preguntándole qué se había hecho el Rey don Sebastián, respondió que no había muerto, y que cerca de Arcilla se había embarcado en un barco con otros dos o tres hombres y recogídose a la flota. Afirmó el soldado que esto lo sabía por relación de otros cautivos con quien había estado.

Por estos y otros motivos, dijo fray Miguel que estaba casi persuadido a que el Rey don Sebastián era vivo, y muy deseoso de salir de duda y certificarse de la verdad, hizo muchas oraciones a Nuestro Señor, particularmente de un año a esta parte, suplicándole le desengañase, tomando por este intento tres diciplinas cada semana, haciendo los ayunos y limosnas que podía y diciendo muchas misas, y siempre en el memento de la misa se le representaba en su espíritu que el Rey don Sebastián era vivo, y algunas veces se le representaba su propia figura, armado todo salvo la cabeza, hincado de rodillas delante de un crucifijo, con una asta pequeña dorada y un estandarte verde en ella, y una cruz pintada de la una parte, y de la otra una imagen de Nuestra Señora, y que Nuestro Señor le quería para contra la secta de Mahoma y conquista de la Tierra Santa; y aunque dijo el dicho fray Miguel que no tenía esto por revelación con certidumbre, pero añadió que no se podría persuadir que Nuestro Señor permitiese fuese engañado en lugar tan sagrado con tantas penitencias, oraciones y sacrificios.

Y dijo más: que al fin deste año que había prometido estas oraciones y sacrificios vino Gabriel de Espinosa en traje y oficio de pastelero a Madrigal, y por lo que vio en él y las cosas que dijo, se le asentó que ya Nuestro Señor le había cumplido sus deseos y que aquél era el Rey don Sebastián. Lo cual le movía a creer, lo primero, porque se le parecía mucho en el talle y figura del cuerpo, y en las facciones del rostro y color del cabello, que donde no era cano era rubio, y en el modo de hablar era arrojado y determinado, y en los meneos y modo de andar, que andaba de lado, y que aunque éste era más enjuto de rostro que el Rey don Sebastián, se persuadía que el estar así era sin duda de los trabajos que había pasado, después que se perdió, de andar por la mar, como él mismo se lo había dicho la primera vez que se vieron y hablaron de espacio. En lo cual fray Miguel dijo que estando mirándole de propósito y con mucha atención el semblante grave que tenía y la trabazón del cuerpo, y reparando Gabriel de Espinosa en la atención con que le miraba, le preguntó que qué miraba, que le parecía que le reconocían. Dijo fray Miguel: «La compostura del cuerpo, y el aire, es de quien yo pienso, pero el cuerpo es diferente», a lo cual Espinosa respondió: «Los trabajos desfiguran a los hombres, y ellos y la mar me han desfigurado harto». Y que como oyó esto fray Miguel, reparó muy bien en él, y le miró con mayor atención las facciones del rostro y le fue reconociendo y echando de ver que tenía los ojos azules, como el Rey don Sebastián, y las cejas de la misma postura que él, y lo mismo los cabellos, la boca y las demás facciones, con que confirmó ser el Rey don Sebastián.

Ayudó a esto ver otro día que la hija que tenía el dicho Espinosa se la había traído y le había dicho: «Mire con atención esta niña y por ella echará de ver la casta». A lo cual el susodicho mirola atentamente, y echando de ver que tenía el labio caído, como el Rey nuestro señor, y los ojos semejantes a los de Su Majestad, y lo mismo la frente y cabeza, le pareció que se le parecía mucho a la casta real, mayormente viendo la gravedad del mirar

de la niña. Y lo que del todo le aseguró ser el Rey fue oírle referir cosas que ninguno en el mundo podía saberlas sino el Rey don Sebastián, y entre otras refirió las siguientes:

Lo primero, que hablando este hombre de la muerte de la Reina doña Catalina (que sea en gloria), que fue Miércoles de Ceniza por la mañana, preguntó al dicho fray Miguel que si se acordaba que el Rey don Sebastián le había mandado que predicase aquella Cuaresma a la Casa de la Reina en cuanto Su Alteza despachaba a las damas, y después le tornó a mandar que fuese a predicar aquella Cuaresma a don Antonio en Almada, y que otro padre, que se decía fray Pedro, de la Orden de Santa Cruz, agustino, predicase en la Casa de la Reina en Lisboa. Todo lo cual fue así al pie de la letra.

Asimismo le dijo, hablando en materia de visiones, como ninguna había visto en su vida, salvo que, corriendo un día la posta con el Conde de Medellín, pasando un arroyo seco adonde un hombre había muerto a su propio padre, le hicieron un gran ruido, y él dijo al Conde que pasase adelante, que él quería ver lo que era aquello y se había quedado atrás, pero que no había podido ver nada. Esto dijo fray Miguel que había oído decir mucho antes a personas graves que había sucedido al Rey don Sebastián viniendo a Guadalupe a verse con el Rey don Felipe su tío.

Asimismo que, hablando de sí Gabriel de Espinosa, le dijo que, habiéndole quitado una vez los médicos que no comiese pescado fresco, a que era muy aficionado, y negándole el aceite, había mandado que fuesen al cura de la parroquia a pedirle un poco de aceite de la lámpara del Santísimo Sacramento para un parroquiano suyo, y que entonces se lo dejaron comer; lo cual dijo fray Miguel ser cosa cierta y que había pasado así en Lisboa al Rey don Sebastián.

Dijo más: que hablando el dicho Espinosa de sus cosas, le dijo que dos veces había pasado a África: la primera, a la ligera y como de paso, y que entonces había posado en Ceuta la Nueva y en Ceuta la Vieja, y que había entonces tocado en el Peñón y vuéltose a Portugal; la segunda fue cuando se perdió en la batalla. Y leyéndole fray Miguel la batalla como la tenía escrita cuando había de predicar el Sermón de las honras del Rey don Sebastián, le dijo el dicho Gabriel de Espinosa que no había tenido buena relación de lo que había pasado, y se la hizo muy diferente, diciendo que él había salido de la batalla con tres heridas, y le mostró señal de la una debajo del brazo derecho, que fue un golpe de una bala, y le dijo que con arena había hecho restrañar la sangre.

Asimismo, refiriendo fray Miguel a Gabriel de Espinosa cómo un domingo a medianoche cinco o seis hombres de a caballo, rebozados, fueron a oír misa a una ermita de la granja del Monasterio de San Agustín de Lisboa, y para ello pidieron recaudo al Fraile que allí estaba, el cual nombró por su nombre diciendo que era todavía vivo, y luego le echaron de la iglesia y cerraron las puertas por de dentro, el fraile estuvo acechando y oyó decir la misa con mucha gravedad y pausa, y porque aquellos días se decía que andaba por allí el Rey don Sebastián encubierto, el dicho fraile sospechó que él había venido por allí a oír misa, y se lo fue a contar al dicho fray Miguel, que a la sazón era prior en Nuestra Señora de Gracia en Lisboa. Refiriendo, pues, este caso fray Miguel a Gabriel de Espinosa, salió a esto riéndose, y reconociendo el caso, y añadiendo otras particularidades, le dijo que si aquel fraile se atreviera a entrar en la iglesia a reconocer los que estaban oyendo misa, que sin duda le alancearan, y que la misa se la habían dicho a la una, porque él tenía licencia para que se la dijese en pasando medianoche; y tras esto añadió que de allí habían pasa-

do a otra iglesia, que se decía Nuestra Señora de la Atalaya, que está una legua de aquella granja, en despoblado, y que de allí se habían pasado de Portugal para Alburquerque.

Preguntándole otra vez Fr. Miguel a Gabriel de Espinosa, teniéndole, según él dijo, por el Rey don Sebastián, por qué cuando estaba en Lisboa no había querido perdonar la vida a un escribano honrado, hermano de un fraile de su Orden, pidiéndoselo la Reina su abuela, y el Nuncio y el Padre Montoya, que fue Vicario General de San Agustín y después vino a ser su confesor, respondió con muy gran cólera: «Ése murió más porque dijo una gran necedad que por el delito de qué había sido acusado», de lo cual dijo fray Miguel que ya él había oído algún rumor.

Asimismo dijo fray Miguel que Espinosa le había dicho por dos o tres veces: «Padre, yo me he visto enterrar y llorar por mí, y sé quién me llora y quién no». Díjole más: que la Princesa doña Juana, entendía que tenía en ella una gran valedora en el Cielo. Y preguntándole fray Miguel por un gran privado suyo que se llamaba fray Cristóbal de Távora, que había ido y entrado con él en la batalla, respondió: «Ése murió en la batalla», y preguntándole por el Duque de Aveiro, respondió: «Ése tenía buen acuerdo y sabía bien las cosas de la guerra», y no le dijo qué se había hecho dél, porque no le acababa de declarar todas las cosas, antes mostraba enfado de que le preguntasen algo.

Dijo más fray Miguel: que en algunas cosas y pláticas que tuvo con el dicho Espinosa, le dijo que traía en su compañía un prelado de más de sesenta años, el cual dijo fray Miguel que le parecía ser don Manuel de Meneses, Obispo de Coímbra, que también se dijo en aquel tiempo que andaba encubierto con el Rey don Sebastián y aun se sospechó que era el que había dicho la misa aquella noche en la granja de los frailes. Díjole también que traía en su compañía doce personas, de las cuales ninguno se sentaba cuando él comía, y que el uno era hijo del señor don Juan de Austria, mozo galán de hasta veinte y dos años, al cual llamaba Francisquito, y el otro hijo suyo, el cual había habido en Italia y que se llamaba Carlos, de diez y siete años; y otro, hermano del Rey de Dinamarca, a quien por mudar el vocablo llamaba Abenamar.

Asimismo le contó que cuando el Rey don Felipe Segundo pasó por Trujillo para ir a Portugal había estado muy enfadado, porque un caballero de los que iban en su servicio había muerto a un cristiano nuevo por cierta ocasión, y que este día había habido unos toros, los cuales estaba viendo Su Majestad, y el dicho Espinosa dijo que se había disfrazado y puéstose a caballo, y que había alanceado un toro y se desapareció sin que nadie supiese dél ni quién era el que había dado aquella lanzada que tanto alababan todos.

Preguntándole el Alcalde a fray Miguel qué motivos podía tener el Rey don Sebastián para haber querido andar encubierto tanto tiempo en tan extraño traje, dijo que dos: el primero, por haber quedado tan corrido después de la batalla, a que quiso ir por sólo su parecer contra el de todos, que quiso más ser tenido por muerto que darse a conocer por entonces, y después sucediendo las cosas como sucedieron, se vio necesitado de pasar adelante con su disfraz, huyendo de los lugares donde pudiese ser conocido. El segundo porque, como él decía, en escapándose de la batalla hizo voto de peregrinar por el mundo en hábito de hombre bajo, haciendo penitencia del general daño que por su culpa había venido a todo su Reino, del cual voto dijo había ido a pedir de secreto dispensación al Papa Gregorio XIII y no se la había querido dar por no alborotar de nuevo los Reinos.

Preguntándole más: ya que hasta aquí se hubiese encubierto, qué razón podía haber para no manifestarse en esta ocasión, pues para sólo ella lo podía aguardar y sólo el descubrirse le podía librar, respondió que él no hallaba otra razón sino si por ventura temía que por el mismo caso se haría más presto justicia dél, o por ventura vergüenza que le conociesen en estado tan miserable como al presente tenía.

Preguntándole últimamente cómo podía persuadirse a que este hombre fuese el Rey don Sebastián, teniendo tan diferente edad de la que el Rey don Sebastián podía tener, según las muestras del rostro y lo que el mismo Espinosa siendo preguntado había dicho: que tenía cincuenta años, no pudiendo el Rey don Sebastián, si viviera, tener más de cuarenta y uno a lo más largo, respondió que a lo que es las muestras del rostro ya tenía dicho que lo atribuía a los trabajos que había pasado, los cuales a veces envejecen más que los años, y que él mismo le había confesado que una noche, de una tribulación muy grande, había encanecido mucho; y a lo que es añadir más años, dijo que quien trataba de encubrirse le convenía echarse más años, pero que él le había dicho algunas veces que no pasaba de cuarenta y un años, y que el brío y gallardía que tenía bien lo mostraban.

Con estos motivos y razones mostró fray Miguel estar tan enterado en que Gabriel de Espinosa fuese el Rey don Sebastián, que pidió y requirió muchas veces muy encarecidamente al Alcalde que le carease con él, encargándole la conciencia por que diciéndole su parecer y convenciéndole con sus propios dichos le hiciese confesar la verdad.

CAP. IV. Tómasese la confesión a la señora doña Ana de Austria, y declara lo que sabe y lo que sucedió la primera vez que vio a Espinosa.

AL principio de la primera confesión que en este caso se tomó a la señora doña Ana, no quiso declarar más que lo que había escrito a Valladolid al Alcalde: que aquél era un hombre a quien por su diligencia e inteligencia encomendaba cosas de su servicio y enviaba donde le parecía, como le había enviado esta última vez a Valladolid a vender aquellas joyas. Y el no decir por entonces más (como después declaró) fue por persuadirse que, siendo el negocio de la calidad que ella pensaba, no gustaría Su Majestad que se diese parte dél a otro que a su real persona; mas viendo después que era su voluntad se declarase con don Rodrigo de Santillana a solas y sin secretario, lo hizo así.

Y dijo lo mismo que fray Miguel: que aquel hombre era el Rey don Sebastián su primo, y por tal le había tenido y tratado siempre, aunque no se había atrevido a dar parte dello a Su Majestad porque, siendo el negocio de la calidad que era, no había de servir sino que, por una parte, ella no fuese creída, y el creerlo se le atribuyese a liviandad, y por otra se diese orden como aquel hombre, que en su opinión era el Rey don Sebastián y en la de los demás no lo era, fuese castigado si no declaraba quién era. Lo cual ella rehusaba por entonces, pareciéndole (como adelante se dirá) que no era buena ocasión para declararse y tratar de ser restituido en su Reino en vida del Rey nuestro señor; que era mejor aguardar a concertarse, después de muerto Su Majestad, con su primo el Príncipe, que haciendo la evidencia que podría hacer de que era verdaderamente el Rey Don Sebastián, no habría

duda en que se le volviese su Reino, como ni la hubiera si la misma evidencia se hiciera ahora en vida de Su Majestad, sino que por evitar las pesadumbres que este negocio le podía dar mientras se andaba en averiguaciones y no constaba haber engaños ni traición en él, deseaba mucho estuviese encubierto hasta el dicho tiempo.

Y los motivos que dijo haber tenido para persuadirse tan de veras a que aquel hombre fuese el Rey D. Sebastián su primo, fueron todos los que el dicho Fr. Miguel refirió haber tenido para lo mismo, porque todos se los había dicho a esta pobre Señora para engañarla y salir con el intento que adelante diremos; y no creo yo que todos ellos la hicieran fuerza como el dicho y autoridad de fray Miguel, por ser tan grande para con ella y tenerle en tanta veneración que, como ella dijo, ninguna cosa que no fuese contra la Fe dejara de creer, y sabía que en todo Portugal no había habido persona más señalada en religión, en letras, prudencia y santidad. La cual, para mejor hacer su hecho, estando en Madrigal mostraba en tanto grado con penitencias, ayunos y diciplinas y ordinario trato con Nuestro Señor, y con grandísima honestidad y recato, que no sólo a la señora doña Ana, pero a todas las demás religiosas ponía en admiración, pues juntó todo esto (que bastaba) para que de ninguna manera se presumiese dél un tan enorme delito, y perjudicial para su alma, como era engañar a aquella Señora en una cosa tan grave.

Juntando, digo, todo esto con ver y saber, como sabía la señora doña Ana⁷⁹ mejor que nadie, que el dicho fray Miguel, por la gran comunicación que con el Rey don Sebastián había tenido, no podía ser engañado en tener por el Rey don Sebastián a quien no lo fuese, hizo tanto esto en su pecho, que no la dejó razón de dudar, y así, dijo y confesó que esto era lo que le había hecho abalanzar más a creerlo que todas las razones y motivos que para persuadirse había traído, aunque le habían parecido muy eficaces; y que ayudó a esto el ver que tantos años antes la tenía prevenida diciéndola que su primo el Rey don Sebastián era vivo y que andaba encubierto, contándola a veces lo que en razón desto está referido.

Añadía a todo lo sobredicho que otras veces había tenido revelaciones o particulares sentimientos que desto Nuestro Señor le daba en la oración, añadiendo y persuadiéndola que si Dios le guardaba y restituía a su estado, alcanzaría dispensación del Papa y se casaría con ella, por no haber otra persona con quién en España que la señora Infanta. Le decía: «Casarse ha con su hermano». Con lo cual la engañó de manera que aunque (como el mismo fray Miguel confesó) a lo que es el casamiento nunca ella le salió a ello, antes le dijo que pensaba acabar la vida en un convento de Descalzas y que sólo el precepto del Sumo Pontífice y mandado de su Rey y señor podían acabar con ella una cosa como aquella, con todo eso, la hizo hacer continuas plegarias y oraciones y que pusiese en el coro alto de su monasterio una lámpara que siempre ardiese por la vida del Rey don Sebastián y para que le librase Dios de peligros, si vivía; y no sólo eso, pero llegó a tanto la persuasión que tenía de que el Rey don Sebastián vivía, que en una vidriera de un retrato suyo tenía pintado un corazón atravesado con una saeta y una «S» a un lado, con una corona encima con un rótulo que decía: «Quod scripsi, scripsi».

Y siendo preguntada qué la había movido a hacer estas cosas por el Rey don Sebastián, dijo que dos: la primera, porque la Princesa doña Juana, madre del Rey don Sebastián, y el

79.- Orig.: 'Contando, pues, todo aquesto à la señora doña Ana, la qual veía y sabía' En la una de las versiones manuscritas: 'y contando digo todo esto con ver y saber como sabía la Sra. Doña Ana' En la otra: 'Con todo esto con ver y sauer como savia la Sra. Da. Ana'

señor don Juan de Austria, su padre, se habían querido mucho y sido grandes hermanos, y que esto solo bastaba para tenerle ella en lugar de hermano y más que hermano, y quererle como a tal. La segunda cosa que le movía a creer lo que dicho tenía, era una gran lástima y compasión que un príncipe tal, y que al fin era su sangre y su primo hermano, anduviese en tan miserable estado y sujeto a tantos peligros y trabajos, de los cuales, si con la sangre de sus venas le pudiera librar, la diera toda de muy buena gana, pues estando como estaba tan asentado en su corazón este engaño de que vivía el Rey don Sebastián, y esta afición y deseo de que fuese así, y de ver la fuerza de tan miserable estado puesto en el suyo,⁸⁰ y diciéndola que sus deseos eran cumplidos y que tenía ya presente a quien ausente lloraba y por quien tan a menudo suspiraba y cuya vida y salud clamaba al Cielo, y diciéndoselo no cualquiera, sino aquel mismo que tanto tiempo antes la tenía prevenida y persuadida que vivía, y el que a su parecer podía mejor conocer al Rey don Sebastián y era menos sujeto a engaño en esa parte que cuantos había en el mundo, y al que tenía por padre espiritual, que para su descanso y confiar dél su alma se lo habían dado, ¿qué no creyera y a qué no se persuadiera y qué enredos no intentará un fraile?,⁸¹ pues la afición sola y deseo de una cosa, cuando es grande, suele coger de manera el entendimiento, no digo de una mujer, que de suyo es más ligera de creer y más fácil de engañar, pero al hombre más varonil del mundo le hiciera creer mil desatinos el bueno del Fraile,⁸² cuanto y más cuando con esto se juntan tan grandes motivos y fundamentos como esta señora tuvo para ser engañada.

Persuadida y del todo resuelta en que el dicho Gabriel de Espinosa fuese el Rey don Sebastián, le envió a llamar diciendo que le quería hablar en la grada o locutorio delante de fray Miguel, y él bien prevenido de lo que había de decir y hacer, llegó al plazo que le pusieron.

Entró en el locutorio, donde ya le aguardaba esta inocente señora mirándole con antojo de Rey, y llegó y hincó su rodilla en el suelo, y como quien finge rusticidad mal fingida y que no sale de pelo, como diestro representante la dijo: «¿Qué manda Su Excelencia?». «Levántese, hermano» (le dijo la buena señora sonriéndose), y él insistía en estarse así, diciendo que de su humildad a tal grandeza no se podía hablar de otra suerte, hasta que, porfiándole más, se levantó, y preguntándole la señora doña Ana si era él Gabriel de Espinosa, el pastelero que había venido al lugar, dijo: «Yo soy, al mandado de Su Excelencia». «Sea mil veces bienvenido (dijo la señora doña Ana), que yo tengo dél muy buenas nuevas y sé que lo menos que sabe es del oficio que tiene». Respondió él: «Antes por no saber uno que tuve he venido a saber ahora tanto déste». «Ahora venga acá (dijo la señora doña Ana), que quiero yo mudársele y darle algún cargo en este pueblo en que se entretenga, que no querría saliese tan presto dél». Y esto lo dijo por lo que adelante se dirá.

Tenía fray Miguel trazado con la señora doña Ana que le podían entretener haciéndole oficio de cirujano, de que sólo entendía algo. A lo cual, sonriéndose, respondió el Gabriel de Espinosa: «¿Cargo, señora? Tengo muy malos los hombros para cargas, que no nací para ganapán». Y riendo el dicho la señora doña Ana, no porque entendiese que era menester, que bien veía que la había entendido, sino por obligarle a que se declarase más y dar principio a plática de asiento, que aún hasta entonces no se le había dado ni mandado

80.– En su corazón, se entiende.

81.– Las versiones manuscritas omiten 'y qué enredos no intentará un fraile'.

82.– Las versiones manuscritas omiten 'el bueno del Fraile'.

cubrir hasta declararse más, díjole, pues, la señora doña Ana: «No digo eso, sino que quiero mejorarle de oficio». Con lo cual él, con un rehusar fingido y palabras equívocas, se fue declarando y admitiendo toda la cortesía que le daba, hasta sentarse y cubrirse.

Sentado, comenzó la engañada señora a decir: «Pues ¿cómo, Rey mío y señor, que esté V. Maj. en Madrigal tantos días ha y que no lo haya yo sabido, y que se haya declarado a otros primero que a mí, siendo yo su sangre y habiendo tantos años que a poder de lágrimas y suspiros le buscan mis ojos? Si es que a V. Maj. le importa andar disfrazado y es forzoso andar encubierto, ¿a quién en el mundo se podrá declarar mejor que a mí? Si es menester secreto, yo le tendré, y con la sangre de mis venas compraré que V. Maj. no lo pase tan mal. Y ¡cuánto mejor lo hubiera pasado aquí los años que ha andado peregrinando por el mundo, sujeto a tantos peligros del mar y de la tierra, teniendo tanta suya! Pues cuando toda faltara, ésta en que yo vivo estaba segura, que menos mal lo pasara en este rincón, que, aunque estrecho para su grandeza, tendrá a lo menos donde aposentarse. Basta ya, señor y Rey, tan larga peregrinación: asentemos aquí real mientras que el tiempo señalado se pasa y el Cielo nos es más favorable; por lo menos en lo que es el regalo de su persona no echará de ver mi pobreza».

Con estas y otras razones que oyó, a él le pareció que era ya tiempo de representar su papel, pues tal pie y mano le había dado; lo cual supo hacer tan bien con acciones del cuerpo y palabras, que si lo que hemos dicho había pasado entre la señora doña Ana y fray Miguel en razón de persuadirla que éste era el Rey don Sebastián hubiera dejado alguna duda en ella, se deshiciera con el trato y comunicación con este hombre, porque desde aquel día se empezó a tratar con tanto señorío, grandeza y majestad, refriendo cosas que le habían pasado, de que ella ya tenía noticia por relación del Fraile, principal danzante y guiador de toda esta danza y embeleco, de suerte que la señora doña Ana hallaba tanta conformidad en las cosas que el Fraile le había contado del Rey don Sebastián y las que este hombre decía de su persona, que no podía dudar que fuese toda una; particularmente que la hija que dijimos que tenía, de dos años, por ser tan linda y de apacible condición y por las demás señales que fray Miguel había ponderado en ella, le pareció que tenía un no sé qué de casta real, y así, hacía que se la llevasen muchas veces, regalándola y tratándola como a tal.

Entre otras veces que esto hacía, lo hizo una delante del padre, a quien preguntó por la madre de la niña, y él dijo que era una mujer principal de la ciudad de Oporto, que por serlo tanto se vio en harto peligro por haber de sacar la niña sin que le sintiesen, y que sacándola de noche y pasando por un río, él mismo la había bautizado por temor de que se le muriese. Con estas y otras semejantes mentiras tenía tan engañada a la señora doña Ana, que se deshacía de sus joyas por componer la niña y enriquecer al padre. Y en lo que él tuvo más astucia y sagacidad para asegurarla más y hacerse menos sospechoso, fue con mostrarse despreciador de las riquezas, no admitiendo las que le ofrecían, tanto que, dándole una vez la señora doña Ana una cruz que valía más de dos mil escudos y otras piezas que pasaban de valor de otros seis mil, y diciéndole el orden que podía tener en venderlas sin género de peligro, nunca las quiso admitir ni hubo remedio con él, y esto en tiempo que estaba de partida para Valladolid, de donde, como después diremos, no pensaba volver tan presto.

Quedaba, como hemos dicho, persuadida la buena señora a que este hombre era el Rey don Sebastián, y así, para la partida a Valladolid hizo con fray Miguel que sin que lo entendiese le echase en las bolsas del cojín las piezas que el Alcalde don Rodrigo Santillana le

cogió, entendiéndolo que llevaba algún regalo para el camino hasta que, echando la mano y viendo lo que era, dijo que le había pesado mucho, y que si lo entendiera, en ninguna manera fueran con él, y así lo escribió a la señora doña Ana, riñendo muy de veras el haber hecho aquello sin su consentimiento y amenazando que las había de volver a enviar.

Esto fue en suma lo que a la señora doña Ana pasó con el hombre, cifrando todas sus pláticas y conversaciones tratándole como primo y como a Rey, sin haber otra cosa más de que él en la partida la hizo una promesa y pleito homenaje, a persuasión del Fraile, si Dios le volvía a su estado, de casarse con ella, ofreciéndose él a sacar la dispensación de Su Santidad yendo, si fuese menester, en persona a Roma, diciendo que a personas reales fácilmente se concedían semejantes dispensaciones y que no sería ésta la primera que en semejante caso se había concedido. A lo cual la engañada señora no concedió, por ser muy otros sus intentos y propósitos, como arriba dijimos, ni tampoco negó, por no enviarle disgustado a la despedida y menos ganoso de volver allí, como ella deseaba, hasta que fuese tiempo de declararse.

CAP. V. Traense los presos a Medina del Campo. Sábese de un médico portugués unas diligencias de fray Miguel y por qué causa se vino el médico de Portugal

VISTA la confesión de la señora doña Ana y de fray Miguel, el Alcalde le llevó preso a la Mota de Medina del Campo, donde le dejó con tres guardas, teniendo a Gabriel de Espinosa preso en la cárcel pública en una pieza apartada sin más prisiones que una cadena al pie y con otras tres guardas en el aposento. Trajéronse otros tres presos de Madrigal y de otras partes; tomose confesión a los que estaban indiciados, dieron tormento a algunos, sin tocar a Espinosa y al Fraile, y de ninguno se pudo sacar más luz que la que dieron él, la señora doña Ana y el Fraile en sus confesiones, porque o no sabían nada del negocio o estaban en el mismo engaño y persuasión irreparable de que este hombre era el Rey don Sebastián. Solo un médico portugués, que estaba días había en Madrigal y había ido con los presos a la Mota de Medina, dio alguna más luz de los intentos que fray Miguel tenía y la trama que llevaba urdida, para lo cual será menester decir quién era este médico y lo que en Portugal le había sucedido.

Y se llamaba el Licenciado Juan Méndez Pacheco, al cual estando en Lisboa en vida del Rey don Enrique, prendieron y castigaron por indicios que hubo de que había dicho que era vivo el Rey don Sebastián y que él le había curado las heridas que sacó de la batalla; y el fundamento que hubo para presumir dél esto fue que, según él había dicho en diversas partes, tres o cuatro meses después de la rota de África, estando de la otra parte de Lisboa, en la Torre Vieja, donde posaba entonces doña Francisca Calva, mujer que fue de Cristóbal de Tavara, la dicha doña Francisca mandó que fuese a Guimarans, entre El Puerto y Guimarans, a la Sierra del Carnero, y que en unas casas pajizas que allí estaban curase a un hombre que hallaría herido, y que aunque no le declaró quién era el herido, le daba a entender con palabras y muestras que era el Rey D. Sebastián, y dijo el Médico que, según

decían todos, si alguno lo había de saber era la dicha doña Francisca, porque Cristóbal su marido fue el mayor privado que tuvo el Rey don Sebastián, y dijo el Médico que la dicha doña Francisca le había dado cincuenta escudos para el camino.

Con lo cual se partió luego y se fue solo en un cuartago a un lugar que se llamaba Villanueva, junto al Puerto, donde estando en una posada llegó un hombre que venía en su alcance; el cual queriendo él salir a la mañana de la posada le preguntó que adónde iba, y diciendo que a Guimarans, el hombre dijo que sin duda era el que venía a buscar, y que él le pondría con el enfermo a quien le enviaba doña Francisca Calva. Y con estas señas se fue con él hasta la Sierra del Carnero, donde entrando en una casa pajiza halló cuatro hombres que no conocía, aunque tenían los rostros descubiertos, y vio también un enfermo el rostro cubierto con unos anteojos de tafetán pardo, sin descubrirse jamás, el cual le enseñó una pierna con una herida muy estragada y añeja y con alguna carne podrida; y preguntándole el Médico al enfermo y a los cuatro que con él estaban, siempre presentes a la cura, con qué se había curado, le sacaron una cajita de plata con el unguento que en ella traía, que era con el que se curaba, y que por haber andado largo camino no venían más prevenidos de medicamentos. Y aplicándole él otras medicinas, se detuvo allí cosa de quince días, sin oír jamás al enfermo palabra más de preguntándole si sanaría apriesa y qué le parecía de la herida. Los demás, dijo, le hablaban algunos ratos, preguntándole de lo que se hacía en Lisboa y del estado en que estaban las cosas del Reino, dándole a entender que el herido era un gran personaje, y que en todo este tiempo no oyó nombrarse el uno al otro, y mucho menos al enfermo.

Mejorada ya la herida y dejándola en término que el enfermo se la podía curar con el unguento que traía, le despidieron sin darle cosa alguna, ni cartas, sino un recado de palabra para doña Francisca dándole las gracias por tan buen socorro como a tal tiempo había enviado al enfermo; y así, se fue sin haber visto del enfermo ni aun el cuerpo, sino sólo la pierna con la herida, la cual dijo le había parecido de hombre no viejo, y por las conjeturas que tenía, se persuadía que era el Rey don Sebastián, y así lo dio a entender a la dicha doña Francisca, que recibéndole con rostro alegre, le hizo grandes preguntas, y cómo quedaba el enfermo y si estaba entre los que le acompañaban su marido, y diciéndola que no, le tornó a preguntar que dónde era la herida, y respondió que en la pierna derecha, encima del tobillo como seis dedos, junto a la pantorrilla, y que parecía haberse hecho con cosa arrojada al soslayo y sin profundar mucho.

Esto se comenzó a publicar en Portugal, diciendo que este médico había curado al Rey don Sebastián, tanto que, haciendo después Cortes el Rey don Enrique siendo ya jurado por Rey, pareció un escrito en las Cortes en el cual se decía ser vivo el Rey don Sebastián y no haber duda en ello, que el Licenciado Méndez Pacheco le había curado; lo cual fue ocasión de que el Rey don Enrique le enviase a prender, y tomándole su confesión, declaró todo lo que aquí está referido, y lo mismo dijo después segunda vez delante del Rey don Enrique, que para este efecto le hizo parecer ante sí. Y con esto le volvieron a la cárcel y al cabo de algunos días el Rey Don Enrique le mandó poner en una galera con una cadena al pie del tamaño de la pierna,⁸³ la cual le quitaron de allí a algunos días y le dieron licencia para visitar los enfermos de las galeras, a lo que se entendió, por orden de Su Majestad,

83.– Las versiones manuscritas no hablan del desmesurado tamaño del grillete.

visto qué no se hallaba prueba bastante contra él de la culpa que le imputaban de haber divulgado que era vivo el Rey don Sebastián, ni del escrito que echaron en las Cortes.

Esto es lo que sucedió al Médico en Portugal y lo que se puede entender que movió a fray Miguel de los Santos a procurar, como procuró, traerle a Arévalo y después a Madrigal, haciéndole dejar un buen partido que tenía en un pueblo en Portugal, con esperanzas que a la sombra y arrimo de la señora doña Ana de Austria podría medrar mucho más. Teniéndole, pues, en Madrigal, y andando en su favor la comunicación y trato de la señora doña Ana y fray Miguel con Gabriel de Espinosa, dijo el Médico que le llamaron y preguntaron muchas veces lo que le había sucedido en Portugal, y diciéndoles lo que aquí está referido, le preguntaron si aquel enfermo que curó era el Rey don Sebastián, a lo cual respondió que se había persuadido a que lo era por las cosas que había oído a la dicha doña Francisca Calva y por el recato con que le enviaron a curar al enfermo y con el que fue allá recibido y se hizo la cura. Y volvieron a preguntarle si entendía que era vivo todavía el Rey don Sebastián, y respondió que sí; que aunque en vida se pudiera haber encubierto por respetos que para ello tendría, en muerte no hay duda sino que se declararan los que hasta allí le habían tenido encubierto, y así, si como él pensaba era el que curó, debía de vivir todavía, pues no se había dicho cosa de su muerte.

Oído esto por la señora doña Ana, se confirmó en que Gabriel de Espinosa era el Rey don Sebastián. También fray Miguel quedó muy contento, porque aquel médico era muy a propósito para cooperar a sus designios si por engaño o por malicia quisiese confesar que el dicho Espinosa era el que curó y que se parecía al Rey don Sebastián, Y con este intento cogiéndole un día aparte al dicho médico, le dijo: «¿Conocisteis al Rey don Sebastián y acordaisos bien de las señas de su rostro y cuerpo?». Respondió él que muy bien. Tornole a preguntar: «¿Habéis mirado bien a este pastelero que aquí tenemos?». «Sí he mirado, lo que basta para conocerle dondequiera». «Pareceos (dijo el Fraile) que se parece al Rey don Sebastián y que tiene talle de ser él?». Respondió el Médico, que ni de mil leguas; y esto por dos veces se lo preguntaron; antes dijo: «Debe de ser algún mal hombre, engañador, falsario».

Con lo cual el Fraile le dejó sin declararse más; pero la señora doña Ana, con la grande inocencia con que en esto procedía, le cogió aparte por dos veces y le volvió a hacer la misma pregunta, y el dio la misma respuesta, sin poderse sacar cosa dél con ruegos ni con amenazas, asegurándole unas veces que no le vendría daño diciéndolo, y que debía de estar temeroso por lo que en Portugal le había sucedido con el Rey don Enrique, de lo cual acá en Castilla podía estar muy seguro; que antes el Rey se holgaría de saber la verdad y se tendría por muy servido dél en que lo declarase, y el Rey don Sebastián se lo sabría muy bien premiar. Y viendo que nada desto bastaba, le despidió la señora doña Ana diciendo: «Sois tan vanos los portugueses, que por verle en este traje no le queréis reconocer». Todo lo cual se entiende haber salido de fray Miguel, que por si no le saliese bien el Médico a lo que deseaba, tenía prevenida a la señora doña Ana con las salidas que podía tener el no confesar el Médico lo que quería, sin que se entendiese que era por no ser así o por no saberlo el dicho médico; al cual de allí adelante fue forzoso no tener trato ni comunicación con la señora doña Ana ni fray Miguel, por no admitirle como solían desde entonces.

CAP. VI. Vase tomando la confesión a Espinosa: hay sospechas
que tiene familiar⁸⁴ por lo que se dirá.

IBAN tomando en este tiempo la confesión a Gabriel de Espinosa, la cual se le tomaba siempre de noche estando solo el Alcalde, como he dicho, y gastando muchas horas cada vez en tomarla; y a los principios dijo ser un hombre común y bajo y con oficio de pastelero, a quien ocupaba la señora doña Ana en cosas de su servicio por tener alguna inteligencia en ellas, y que a esto había ido a Valladolid, como al principio dijo. Pero juntamente con esto decía otras palabras tan preñadas y hablaba con tanta grandeza, así a los jueces como a los demás, que a todos ponía admiración; y es de manera que, saliendo una vez el señor don Juan Llanos de Valdés de hablarle, le oyeron decir: «No es posible sino que éste es algún príncipe o algún gran personaje». Y desta manera hubo muchos dichos que a todos daban bien que pensar, mayormente a las guardas y a los demás que andaban a su lado. Le oyeron alguna vez decir: «¿De qué sirve preguntarme quién soy? El Rey me conoce muy bien y sabe quién soy; y si no, envíe quien me conozca, que hartos hay a su lado».

Finalmente, el modo de hablar a los demás y la agudeza de su entendimiento y el cuidado tan notable que tenía en las cosas que decía, atando unas con otras sin poder jamás cogerle en contradicción, y la diversidad de lenguas que sabía y hablaba, el semblante de su rostro y el aire de su persona, daban a entender que era hombre más que ordinario, y así lo entendían muchas personas muy entendidas. Unos decían que era el Rey don Sebastián; otros, que don Antonio, y no faltaba quien no creía nada desto, y viendo en él cosas tan extraordinarias, se persuadía que debía de tener familiar, tanto, que los mismos jueces tuvieron algún temor dello, particularmente viendo dos casos raros que con él sucedieron.

El uno fue que entrándole a preguntar el Alcalde una cosa tan secreta que después juró que sólo Su Majestad y él lo sabían, el dicho preso le dijo en entrando: «Ya sé a lo que V. md. viene: esto y esto me quiere preguntar». Y acertó, sin haber principio ni indicio para decirlo y poderlo conjeturar. Estando el Alcalde apartado dél escribiendo una cosa muy secreta que no quería que la supiese, dijo: «Bien sé lo que escribe, que es esto y esto», y era así como lo dijo. Y no causó menor admiración que estando el ama que él traía consigo presa en diferente cárcel y pariendo un niño allí, como adelante se dirá, refiriéndolo uno de las guardas que no se apartaba de su lado y diciéndole que mirase si era su hijo, dijo: «Si lo es, ha de tener señal en las espaldas de una espada a un lado y una daga a otro», y fueronle a mirar y hallaron ser así. Y estas y otras semejantes cosas tenían tan desalumbrada la gente, que no era maravilla que echasen tan diferentes juicios de su persona, y mayormente después que un gran astrólogo que vino a Medina echó el suyo, después de haber tomado razón de su nacimiento, diciendo que o todas las reglas de Astrología faltaban o aquél era un gran príncipe; y acrecentaba las sospechas el ver que humillándose él y tratándose y queriendo ser tratado así, se sentía de una mosca que pasaba por el aposento contra su voluntad, y en llegando a preguntarle quién era, decía que un hombre bajo, con tal aire y desdén, que se echaba bien de ver querer deshacer lo que de palabra decía.

84.- Diablo que acompaña y sirve a una persona.

En la última confesión que se le tomó en Medina, apretándole con razones y con cartas de la señora doña Ana en que encarecidamente se le pedía que se declarase quién era, pues veía lo que a todos importaba, y tratándole de primo y llamándole de Rey, él confesó y declaró que era hombre vil y bajo, aunque no conocía padre ni madre ni sabía de adónde era, y que su oficio era pastelero y que primero había sido tejedor de terciopelos, y que se había fingido ser el rey don Sebastián para con esto engañar a la Monja y a fray Miguel y ser tan regalado y enriquecido dellos como era. Y esta confesión quiso el Alcalde que la hiciese delante de nueve testigos, pero esto no bastó a quietar los ánimos y quitar la falsa opinión que deste hombre se había concebido de que era más de lo que decía, mayormente que, aún no habiendo acabado de hacer la dicha declaración, dijo: «¡Buen recado llevan! Menos saben ahora de la verdad que antes. El tiempo les descubrirá quién soy». Y preguntándole los que le oyeron que qué pretendía en encubrirse y culpase tanto como en su confesión se culpaba no siendo ello así, dijo: «Lo que pretendo es librar a otros, porque yo así como así he de morir sea quien fuere, y también pretendo hacer esta cortesía al Rey para justificar su causa cuando sepa que me manda matar». Y como con las palabras retractó todo lo que había dicho en la confesión, asimismo con las obras iba haciendo lo mismo, procediendo siempre con la misma majestad que de antes.

Dos cosas, entre otras, fueron las que mostraron más su brío y grande ardid: la primera, que entrando cierto caballero con el Corregidor de la dicha villa de Medina del Campo a verle de noche, porque de día no gustaba que le viesen, ni que le acercasen mucho la luz de noche, y aun las pocas veces que entraban a verle de noche se ponía de manera que no le pudiesen divisar bien el rostro, acaeció que el paje que llevaba la vela, yendo advertido dello, al pasar por delante dél se detuvo de manera que le pudieron ver, y él bajando el sombrero haciendo sombra al rostro, dijo al paje: «¡Majadero, pasad adelante, que os quebraré ese candelero en la cabeza!». Y esto con tanta gravedad, que les causó admiración de ver que un preso, fuese el que fuese, tuviese atrevimiento para decir tales palabras en presencia de los jueces, y más presumiendo que llevaba el paje orden para hacerlo.

Después de esto, yéndole a hablar el doctor Llanos y haciéndole algunas preguntas, se puso a disputar con él con qué autoridad se las hacía no siendo su juez; y diciéndole que tenía autoridad para examinarle y aun compelerle a lo que fuese necesario para que declarase la verdad, le preguntó que quién se la había dado, porque el Rey ya le tenía dado otro juez a quien él tenía declarada la verdad. Y diciéndole que él la tenía del Papa y que le podía poner excomunión, con que si él era cristiano le hiciese declarar más que con cuantos tormentos había, replicó Espinosa y dijo: «¿El Papa comisión contra mí? ¿Soy yo hereje, o quién piensan que soy? Y aunque la diera y me pusiera excomunión, ¿páreceme a V. md. que estuviera yo obligado a declarar cosa en que se me pudiera seguir daño en honra y vida, así a mí como a otros? No digo que tenga qué, que no sé más de lo dicho ni soy más de lo que parezco, sino respondo a su amenaza de V. md.; y quiero que sepa que nada me espanta sino yo mismo». Y con estas y otras razones se acabó la plática, que no causó poca admiración al Doctor Llanos y a cuantos después lo contó. Y desta manera iban sucediendo cosas que, juntas con las que sabían decían la señora doña Ana y fray Miguel y lo mucho que insistían en que no era posible menos sino que era el Rey don Sebastián, causaron harta suspensión y deseo de ver en qué paraba este negocio.

En este ínterin vino orden para volver a fray Miguel a Madrigal por mandado de Su Majestad para que el Doctor Llanos, que conocía de las personas eclesiásticas, las tuviese todas a mano y oyendo el dicho a las unas pudiese hacer mejores diligencias con las otras, y así se hizo, y aun se entendió que trataban de dar tormento al dicho fray Miguel y a los religiosos que tenían fuera del monasterio, mostrando bien en el sacarlos el Doctor Llanos su cordura y sagacidad.

CAP. VII. Hállase una carta sin firma en casa del Alcalde en Medina.

TRES días antes que se llevase a fray Miguel a Madrigal se hallaron en casa del Alcalde, en Medina, unas cartas echadizas, sin firma, para él y para el Doctor Llanos, en razón de persuadirles que fuesen poco a poco en este negocio y que no tratasen de tocar a las personas de los principales presos, con tanta preñez, que cualquiera titubeara. Y por haber venido alguna de las cartas a mis manos y parecerme serán de gusto a quien las leyere, las pondré aquí, sin dejar palabra, por el orden que se fueron hallando.

CARTA

El negocio que V. md. tiene entre manos es tan grave y tan grande que tiene a todo el Reino a la mira, y muy en particular a sus servidores, que viendo el daño y provecho que dél le puede resultar, no pueden dejar de ser combatidos con temores y esperanzas; y aunque poniendo los ojos en lo temporal hay muy poco o nada que temer, porque con la prudencia y discreción que Dios ha dado a V. md., y con la que en particular se ha experimentado en este negocio, no puede dejar de hacerle muy a gusto de Su Majestad y salir dél con mucha medra y muy aventajado premio; pero no sé si el del Cielo está tan seguro, porque no todas veces los dos premios van a una, antes muchas aprueba y premia la majestad de la Tierra lo que condena y castiga la del Cielo, y al contrario, ahora sea por tener estragado el gusto los reyes dándose por servidos de cosas que no se hacen sin ofensa de Dios, ora por el desorden y ambición con que los ministros, pretendiendo por esta vía ser premiados, se adelantan a lo que ni la Ley de Dios permite ni la voluntad del rey a quien sirven permitiera si lo supiera y entendiera.

Y porque por una parte nos asegura aquí la cristiandad de nuestro Rey de lo primero, y por otra, después que este negocio pasa por más manos que al principio, se van trasluciendo cosas que hacen temer un gran daño y yerro perjudicial para el alma o almas de los jueces y para la vida, honras y haciendas de los que han de ser juzgados, suplico a V. md., cuan encarecidamente puedo, que mire lo que hace muy bien, y pues su celo y intención es tan bueno, que desto no se duda, prosiga con medios proporcionados para acertar en cosa que tanto importa. Y uno sería consultar persona o personas de conciencia y letras, cuyo es el juzgar de muchas cosas que se ofrecen en semejantes casos; y mientras esto V.md. no hiciere, ni su buena intención le escusará de errar, ni creo, según veo encaminado el negocio, dejará de errar y hacer quiebra que no podrá soldar en todos los días de su vida.

No se fie V. md. ni contente con ir dando todos los días cuenta al Rey de lo que se va haciendo, como entendemos todos hace, que aunque esta diligencia es muy buena y necesaria, y que con ella se podían escusar consultas de acá, si todo lo que se sabe acá se pudiera decir allá y si todo lo escrito se pudiera leer y todo lo leído consultar, más bien se dejara entender; que con los muchos negocios y ocupaciones que allá se encuentran no se podrá atender tan de propósito al que V. md. trata como se atendiera acá; y que no harían poco en leer todas las cartas que V. md. le escribe y otras que le han escrito, sin ponerse a leer y a consultar muy de espacio todo lo pasado. Y no dudo yo que el temor de no cansar allá le habrá hecho dejar de escribir muchas cosas, y así, me parece y parecerá siempre muy necesario hacer acá la diligencia que he dicho.

Y crea V. md. que quien esto le dice le desea su bien; que fuera del bien común, ninguna otra cosa más le mueve, y que no habla de su cabeza, sino con parecer de personas religiosas, doctas y prudentes. Y si V. md. quiere saber la razón o razones que hay que reparar, yo me ofrezco de apuntarlas en otro papel que vaya por el mismo orden que va éste. Por justos respetos e inconvenientes no se quiere dar a conocer el que ésta escribe; podrá ser que algún día cesen y quite la máscara. Entretanto esté V. md. seguro de que no es portugués ni tiene parentesco con ninguno de esa nación. La señal cierta, si V. md. quiere le envíe estos apuntamientos, será si mañana va a oír misa a la iglesia de San Agustín; el no ir tendré por disculpa que no gusta dello y lavaré mis manos. Quiera Dios sea entre inocentes.

CAP. VIII. Recibe esta carta el Alcalde, con los apuntamientos y avisos prometidos que importan a este caso.

POR constarme que V. md. leyó un papel que le envié el día pasado y haber sabido que oyó ayer misa en San Agustín, me doy por respondido y avisado de que se sirve que yo haga este oficio, y así, lo hago de muy buena gana; quiera Dios que sea de algún provecho, que mi intención y deseo grande que tengo es de que acierte bien. Quiera su Divina Maj. sea para su santísimo servicio y bien de la República.

La fama que hasta ahora se ha hecho deste negocio del Pastelero y lo que parece gusta V. md., y aun debe de gustar Su Majestad, es que se entienda que este hombre es vil y bajo, y que fingiéndose el Rey don Sebastián con parecer y acuerdo de algunos personajes que por esta vía, según se entiende, pretendían hacer conjuración y levantarle por Rey de Portugal en faltando el nuestro (Dios le guarde muchos años). Lo cual a ser así, el negocio iba llano y liso, pues con esto era justificado cualquier castigo que se hiciese en este hombre y en cualquiera que se hallase haber cooperado en una tan grande y calificada traición, y se daba muy buena salida a la comunicación que este hombre tenía con la señora doña Ana de Austria, porque ninguna mejor que el haberse fundado en falsa y engañosa persuasión de que era el Rey don Sebastián. Pero supuestos los indicios y evidentes conjeturas que hay en contra desto, ningún hombre cuerdo y que tenga un poco de entendimiento se lo persuadiera, y así, ni se cumple con Dios, ni las conjeturas son verdaderas, como luego diré, ni con los hombres que las tienen y tendrán sin duda por tales, ni se atajara el fuego y alteración que se podía levantar en Portugal si entendiese que su Rey, o el que tiene (a su parecer) algún derecho al Reino, es castigado en Castilla debajo de figura de hombre bajo y

traidor; y quiera Dios no se haya empezado a levantar esta llama, que supuesto el gran número de portugueses que se sabe haber acudido a Madrigal de pocos años a esta parte a visitar a la señora doña Ana de Austria y a fray Miguel, harto es de temer que a la hora de ahora, habiendo descubierto su celada, estén bien alborotados. Y por que V. md. vea el fundamento con que hablo, pondré aquí las conjeturas con la mayor brevedad que pueda.

Todo el mundo sabe que fray Miguel tuvo particular conocimiento y trato con el Rey don Sebastián, como quien le crio y predicó mucho tiempo, y así, no puede haber duda en que él se engañase en tener por el Rey don Sebastián a quien no lo era; porque por más señas que dél tuviera, no podía dejar de faltarle algunas bastantes para echar de ver su engaño, y por más particularidades que supiera de las que al dicho fray Miguel le habían pasado con el Rey don Sebastián, no podían dejar de faltarle infinitas en que forzosamente le había de dar alcance examinándole y preguntándole dellas, particularmente con tan larga comunicación como había entre los dos en Madrigal; con lo cual no habrá hombre en el mundo que se persuada que fray Miguel tuvo a éste por el Rey don Sebastián no siéndolo. Tampoco habrá quien se persuada que no teniéndole por el Rey don Sebastián, ni por don Antonio o por personaje que él pudiese persuadirse que tenía acción al Reino de Portugal, sino por hombre vil y bajo, quisiese venderle por el Rey don Sebastián y procurar que como tal fuese reconocido a su tiempo por Rey, haciendo un engaño tan grande a la señora doña Ana, con quien según es pública voz y fama le tiene ya desposado, y una traición tan grande a su patria y a nuestro Rey, y lo que peor es, al del Cielo, haciéndose cargo no menos que de un Reino entero. Y digo que ninguno se persuadirá a creer esto de Fr. Miguel, por ser tenido de todos, cuantos le conocen y no conocen, por gran religioso y muy siervo de Dios, muy docto, muy prudente, y de gran caudal y entendimiento; y es duro de creer que un hombre tal hiciese disparate tan grande y que sin qué ni para qué se quisiese ir al Infierno por que un hombre bajo quedase triunfando. Y cuando él estuviese fuera de juicio, que V. md. sabe cuán lejos está de eso, y diera en un desatino como éste, ¿cómo quiere V. md. que se crea que los de su nación viniesen a sujetarse o rendirse a un hombre vil y en elegir para cosas tan grandes persona tan pequeña habiendo tantos de tan diferente calidad entre ellos que tomaran para sí esa suerte y arriesgaran de muy buena gana su vida por ser cabezas, que las arriesgaran con el mismo peligro por entender en la conjuración y darle honra y provecho a otro que ni le tocaba ni merecía?

Y es más fuerte esta razón por verse vivo don Antonio, el cual sabemos que por mandar y ser cabeza trae muy desavenida la suya, y su persona muy fatigada y desterrada, y que ninguna nueva hubiera mejor para él que encargarle esta empresa de la manera que se dice haberla encargado a este hombre, y encargándose él della, claro está cuán a gusto fuera de los demás y cuánto mejor les estuviera que encargarla a un pastelero. Y fuera desto, no es de ánimo vil y bajo despreciar grandes riquezas y desecharlas; y es pública fama que, siendo importunado este hombre de la señora doña Ana para que recibiese una cruz de diamantes de valor de mil ducados y otras joyas de mucho valor, y dándole traza como pudiese seguramente venderlas por vía del Arzobispo de Burgos, a quien para esto le encaminaba, no se acabó con él que la tomase, y si fuera hombre vil, ¿quién duda que se cebara de la presa de manera que no se le pusiera por delante que podía esperar otras mayores? Indicio, pues, es éste bien grande de serlo la persona.

Dejemos, pues, por cosa llana que, supuesto lo que se ha entendido y aquí se ha referido, éste no puede ser hombre bajo, sino persona grande y muy grande, y en quien en alguna manera cupiese tanta cortesía como la señora doña Ana, fray Miguel y los demás le han hecho, y en quien cupiese tener algún color siquiera aparente a la pretensión del Reino de Portugal. Y no es dificultoso

entender que Su Majestad tiene grandes prenuncios desto, pues vemos que por una parte se usa de medios y rodeos para saber quién es el preso, y por otra no envían quien le conozca, diciendo el preso públicamente que el Rey sabe muy bien quién es, y si no, envíe quien le conozca, que hartos hay en la Corte; ni se hace mención de darle tormento ni tocarle al pelo de la ropa; y claro es que a no haber expresa prohibición del Rey le hubiera dado V. md. sesenta tormentos, cuanto y más que por otra vía se sabe y es muy público en Valladolid que la hay, por haber dicho el Presidente que en la cédula que a él le vino de Su Majestad para enviar al Alcalde Portocarrero le manda dar a algunas personas; que para que V. md. entienda que no habló de mi cabeza, gusto de traerle testigos tan abonados cuanto puedo sin daño de parte.

Pues si éste es persona de la calidad que he dicho, parece que no pueda ser sino don Sebastián o don Antonio; si es don Sebastián, visto está el agravio que a él se le hace en tenerle como le tienen, y que sería mucho mayor si pasase el negocio adelante y le quitasen la vida oculta o descubriertamente y le privasen del Reino, pues para nada desto hay título ni bastante razón; que no lo es haber negado que es don Sebastián, en lo cual parece renunciar el derecho del Reino, que esta negación ya se sabe que es involuntaria y a más no poder, por el temor que tenía que en declarándose le acabaran ocultamente, y así, no escusaría esto al Rey ni a los ministros que lo supiesen y aprovechándose de su confesión le castigasen o quitasen el Reino; y cuando él le diera libremente (que no cederá el derecho que tiene), claro está que fray Miguel y los demás que en este negocio se hallan culpados no ceden al que tienen de no ser infamados injustamente y con fallo testimonio, como sería decir que levantaban por Rey al que no lo era; que siéndolo, como ahora supongo y ellos claman que lo es, sería hacer un notable agravio imponerles una traición que no les pasa por el pensamiento, sin poder colorearla con decir que ellos le tuvieron por tal; que, como he dicho, se ve claro que no pudo padecer fray Miguel engaño en esta parte, y así, sería una grandísima ofensa de Dios el usar deste medio, aunque fuese para alcanzar con él la paz del mundo y conseguir el más alto fin que se puede imaginar, porque ya sabe V. md. que «non sunt facienda bona, unde mala sequantur»,⁸⁵ y así, quedarían los autores y cooperadores deste hecho en perpetua obligación de hacer una pública satisfacción y restitución de fama.

Todo lo que he dicho suplico a V. md. advierta muy bien para lo que abajo diré, y juntamente que fuera de la ofensa que a Dios se hacía si acaso fuese como voy aquí pintando, no se cumpliría con los hombres ni se conseguiría el fin que se pretende de la paz y quietud de entrambos Reinos, antes se pondría un claro estorbo para ella y se daría la mayor causa de alteración a los de Portugal que darse pueda; porque la verdad, que queramos, que no, ha de salir a luz, y más en este caso, donde es cierto haber muchos papeles secretos que la descubran a su tiempo y darán evidente testimonio de quién era el preso, y no faltará quien diga que fue conocido, y con esto nadie sacará de la cabeza a los portugueses que se tuvo noticia de quién era y que por tenerla le despacharon; y no es menester más para que ellos tengan alguna satisfacción para revolver el mundo diciendo que mataron en Castilla a su Rey; y aunque nunca lo sea, es menester advertir esto y hacer una evidente demostración de que no es don Sebastián ni tiene que ver con él, porque, de otra suerte, el rumor que ahora anda y lo que la señora doña Ana y fray Miguel han publicado de que éste es el Rey don Sebastián será bastante a causar la alteración que he dicho.

Pues si éste no es don Sebastián, del discurso se saca que es don Antonio o otro personaje tal; y porque otro no parece quién pueda ser, y de don Antonio hay los indicios que luego diré, hablaré

85.- En las versiones manuscritas se enuncia al revés.

en caso que sea don Antonio, que lo que en él dijere se podrá tener por dicho en caso que sea otro en quien concurran las razones que en él concurren.

Cuanto a lo primero, si éste es don Antonio, ya veo que éste es muy diferente caso del pasado, y que a lo menos cuanto toca a la conciencia hay menos peligro de errar, porque aunque a él le parezca que tiene algún derecho al Reino, y demos que le tenga por que comprendamos ahora cualquier personaje de los que tenían más acción que él, este derecho es muy dudoso, y el del Rey nuestro señor es más cierto y con posesión, y tal traición pudiera tener armada en razón de poderse levantar con el Reino que merecía que le quitasen la vida. Y aun sin nada de esto, tales delitos podía haber cometido en otro género en el monasterio, que cuando por cosas de atrás no mereciera esta pena, por ellos la merecía; en lo cual no me meto, pues no sé nada ni es mío el juzgar de eso; pero porque esta pena se le podía dar descubiertamente y con manifestación de su persona, publicando que es hombre vil que se hacía el Rey don Sebastián y quería levantarse con el Reino de Portugal; y parece que el negocio va encaminado de manera que se tomará esta segunda traza, y así, diré los inconvenientes que hay.

El primero toca a la conciencia, y es que aunque por parte del principal delincuente, que ahora supongo ser don Antonio, no hay que reparar que su condenación se haga de esta manera u de la otra, dado que es merecedor del castigo que dél se hiciere, pues aun él mismo desea, y con razón, que habiéndose de hacer no sea descubierta su persona; pero aun de parte de fray Miguel y de los demás no me parece cosa tan segura, por ser diferente delito el dar o levantar por Rey al que tiene o podía tener algún derecho al Reino, verdadero o aparente, que el hacer otro tanto con un hombre vil que ninguna acción tenía, ni aun méritos para ser lacayo de los que tanta cortesía le hacían, y redundaría mucha mayor infamia de las dichas personas el haber cooperado a esto segundo que a lo primero, y así, se les haría un notable agravio en imputarles esta segunda culpa y castigarlos por ella, aunque la que tienen merezca todo este castigo que se les da.

Ya he dicho que ningún buen fin puede justificar el medio que tiene intrínseca malicia, cual es el infamar a uno de delito que no ha cometido, y así, no basta pretender atajar por este medio otros inconvenientes mayores que de descubrir quién es el preso, habiéndole de castigar, podrían resultar; y mucho menos basta que el preso niegue ser don Antonio o persona tal y que afirma ser hombre bajo que fingió ser el Rey don Sebastián, porque esto ya se sabe por qué lo hace, y aunque lo haga por lo que lo hiciere, no importa, que no puede quitar a fray Miguel y a los demás el derecho que tienen a su buen nombre y a la opinión en que el mundo los tiene y debe tener y a que se sepa la verdad que encubierta redundaría en tanta infamia suya; y así, realmente se sabe que es don Antonio, y se tiene por tan verisímil, que no se puede pretender ignorancia: hay obligación a descubrirle por tal, o dar traza como fray Miguel y los demás queden libres en la opinión de todos de la culpa que no cometieron, y no basta que fray Miguel no quiera confesar ser hombre bajo, sino que es el Rey don Sebastián, por dar mejor color y salida a lo que ha hecho, que ninguna podía ser más conforme a su honor dél y los demás que andaban en este trato, y si una vez se viesse convencido de que éste no es don Sebastián y que o ha de ser tenido por don Antonio o por un vil hombre, no hay duda sino que declararíase que es don Antonio y que tendría por muy mejor que todos entendiesen que lo es, y así, por negarlo ahora en ninguna manera es justo consentir que se diga ni piense que el que trataba él como Rey es hombre vil y bajo no lo siendo, sino persona tan diferente. Este es el primer inconveniente tocante a la conciencia, el cual si tiene algún fundamento V. md, lo verá o consultará con quien mejor le pareciere.

El segundo toca al fin que se puede pretender en ocultar la persona de don Antonio, que es evitar escándalos y alteraciones de ánimo de portugueses, el cuál no sólo no se alcanzará por este medio, pero es de tener todo lo contrario, por la razón que arriba dije en caso que éste fuese don Sebastián, porque no hay duda sino que se ha de venir a entender por mil vías que ahora están ocultas y luego no lo estarán, y será mucho mayor el sentimiento y alteración de Portugal y la persuasión contra el Rey si ven que se aprovecha de la figura de hombre bajo que ahora tiene el preso para debajo della castigarle y despacharle pública o ocultamente, que si ven que, declarada la persona y convencida de delito que lo merezca, hacer cualquier castigo en él será poco. Y comoquiera que sea, V. md. entienda que en el punto que el negocio está y de lo que dél se ha entendido, aunque en realidad de verdad éste fuese un pícaro, es menester juzgar tan al descubierto que todo el mundo vea que lo es tan claro como la luz del mediodía; pero no sé cómo ha de ser posible persuadir esto a gente de entendimiento con las cosas que hay de por medio, que son hartas más de las que he tocado, que no todo se puede decir, y más por escrito.

Fúndome en que a V. md. le pasa esto mismo con Su Mjd.; que ni le dirá, aunque más lo procure, todo lo que sabe, que hay mil menudencias que no se pueden escribir y varían muchas veces la sustancia del caso, ni cuando se digan tienen por escrito el alma que les da la viva voz, que las hace parecer muy de otra manera y hacer muy diferente juicio. Fundándome en esto le persuadí a V. md. en la pasada que no obstante que Su Mjd. sin duda consulta allá todo género de gente, letrada y no letrada, hiciese V. md. otro tanto acá juntando a sus buenas letras las de alguno o algunos teólogos, como consultores de un caso tan grave, que oyendo y viendo todo lo que V. md. sabe del negocio podrían mejor juzgar dél y decir su parecer que los que sólo ven unos papeles muertos, y si esto no hace, licencia se da a que piense el mundo que es verdad lo contenido en este discurso, que no es mío sólo, sino de muchos que le tienen por muy bueno, y no faltará por ventura entre ellos quien lo publique, y aun otros muchos que se adelanten más en pensar y hablar, de donde se podían seguir tales y tantos inconvenientes, que no fuesen bastantes buenas trazas ni aun quizás gruesos ejércitos a atajarlos. Y pues Dios ha hecho tanta merced a estos Reinos que por la prisión deste hombre se pueda averiguar la verdad del caso y descargar la real conciencia si conviniera, sin venir a dar en estos inconvenientes, justo es tomar todos los medios posibles para este fin y para satisfacer al mundo, que es más necesario de lo que yo sabré decir. Y así, torno a suplicar a V. md. mire muy bien lo que hace, y no se arroje, que le va el alma y la honra en ello.

Hasta aquí todo ha sido hablar debajo de condición si es Pedro o Juan, porque aunque de no ser hombre bajo parece que hay claridad y veo a muchos hombres muy doctos y cuerdos asegurarlo y decir que no les sacará dello todo el mundo, pero de quién sea determinadamente no la podemos tener los que miramos las cosas desde afuera, y aunque yo no querría arrojarme a lo que no tengo por muy cierto, entre otras ignorancias que habré dicho he guardado la mayor para la postre, que es decir mi sentimiento y lo que más se me representa por las conjeturas que para ello tengo.

Cuanto a lo primero, estando en buena razón, a mí no me parece lleva camino para ser don Sebastián, así por no decir las señas del rostro, que, aunque algunas convengan, en las más esenciales se diferencian, como porque parece cosa de risa decir que ha estado tantos años encubierto y que al cabo dellos no topó otro mejor refugio que fray Miguel, ni otro mejor oficio que pastelero ni otro mejor pueblo que Madrigal; y lo principal, porque caso que corrido del suceso de la batalla se hubiera encubierto y tenido por mejor carecer «ad tempus» de su Reino que pasar aquella vergüenza, que en pocos días se pasara y olvidara, y ya que quería recuperar su estado, ¿qué tenía más que entrarse en su Reino y manifestarse en él y desde allí dar noticia a nuestro Rey, y en tanto

que no podía dudar de la cristiandad de Su Majestad que al punto que esto constara le hiciera entrega de su Reino y aun quizá de su hija, sin que tuviese necesidad de andar a sacar una monja de su monasterio para casarse con ella?

Y ya que se temiera del Rey y cayera en su entendimiento duda de lo que con él hiciera y con este temor se determinara a aguardar hasta después de sus días, ¿a qué propósito se había de venir a Madrigal pudiendo estar muy seguro y regalado en mil casas de Portugal de las personas con quien dicen haberse declarado y le habían de ayudar a su tiempo? Pues dar por salida a todo esto el voto que dicen que tiene hecho de no reinar ni entrar por su Reino por espacio de veinte años es más para reír que nada, porque no hubiera sacristán que no dijera que el voto no era válido, y si lo era, se lo comutarían con mucha facilidad; y sabiendo él esto, como fue forzoso el saberlo, que aun fray Miguel ha dicho públicamente que él se lo dijo, no se puede decir que la obligación del voto, y menos la devoción de guardarle (que de quien andaba tras una mujercilla en Valladolid no se puede presumir tanta devoción), que por ella sola se privase de un Reino entero, y más deseándolo tanto como ha enseñado la experiencia por la trama que estaba urdida.

Mil disonancias y repugnaciones tiene esto de don Sebastián, y así, a mí me queda muy poca o ninguna duda cuanto a este punto, y pues ha de ser personaje por lo dicho, a lo que más me inclino y me parece lleva más camino es a que sea don Antonio. Lo primero, porque otro ninguno hay que pudiera dar en esto y en quien mejor cayera y que sepamos falta de Portugal. Lo segundo, porque todo este tiempo que se dice ha andado este hombre por acá ha que no se sabe de don Antonio si vive o muere o dónde está. Lo tercero, que ya que hasta aquí no se supiera, por no haber tenido ocasión ni haber para qué inquirirlo, tiempo ha habido y se hubiera sabido para saberlo después que anda este negocio, que ha tres meses, y no es posible que habiéndose hecho tantas diligencias para saber cosas que eran ramos deste negocio, en solo el punto principal, que es éste, haya habido descuido; y pues esto no se ha de creer, y por otra parte no hay hallar rastro ni memoria de don Antonio, harto camino lleva que este preso lo sea. Lo cuarto, porque la edad y otras muchas señas de don Antonio vienen bien con las que dan deste los que le han visto. Lo quinto, porque la amistad de don Antonio sabemos que era estrechísima con fray Miguel y que esto le tiene por acá, y que no había tanto que maravillarnos de que andando don Antonio como anda le viniese a buscar y tratar cosas con él, y que el Fraile le pusiese con la señora doña Ana y poco a poco se fuese urdiendo esta tela, o que de atrás viniese urdida por cartas y eso le trajese acá, y el tomar el pulso a las cosas del Reino y quizá a algunos personajes dél por ver si hallaba acogida en ellos, para lo cual y para otras cosas no era mal medio la señora doña Ana.

Estos indicios sabemos por acá. Los que hacen al caso V. md. los sabrá y juzgará y disimulará, como buen juez y tan discreto ministro y tan amigo de secreto cual nunca se vio; mas no dude V. md. de que nos ha de llevar muy pocos meses de ventaja en saber toda la verdad, que no es caso éste para encubrirse, y como ello se acierte ojalá nunca se sepa.

No se canse V. md. en saber quién hace esto ni por qué vía se encaminan los papeles, sino tómelos como venidos del Cielo, porque lo demás no servirá sino de escandalizar el pueblo y que yo me retire, por más cosas que sepa dignas de ser admitidas y advertidas, como le doy mi palabra que estuve por hacer ahora por haber sabido la diligencia que se ha hecho por coger al que llevaba este papel, y si no diera en cierta traza que hallé para desmentir las espías, V. md. quedara sin él por ahora, y aun quizá para siempre; que con algún enfado de ver diligencia tan fuera de propósito y con deseo de no dejar por eso lo que para el bien común tengo por tan necesario, estaba ya

dando traza cómo enviarle al Rey con el aviso de que V. md. no daba lugar a ser por estos medios advertido de cosas que tanto importan a la República.

CAP. IX. Halla el Alcalde otra carta, por la cual se dan más avisos

ALGUNA ocasión dio V. md. con su salida tan repentina de Medina, y más a tal tiempo de que se entendiese que mis cartas le echaban della para no recibir semejantes advertencias como las pasadas; pero quien conoce a V. md. y sabe cuán advertido es en todas las cosas, muy lejos está de creer que ésta ha sido la causa de la salida, sino otra muy diferente que de nuevo debió de ocurrir. Y sería mucha falta de advertencia no echar de ver que por más advertencia y experiencia que uno tenga puede errar, y que para no errar es único remedio oír de buena gana el parecer de otro, que muchos ojos ya sabe V. md. ven mucho, y que sería algún género de presunción y arrogancia fiar uno tanto de lo que los suyos alcanzan, que le pareciese que no podrán otros alcanzar más y descubrirle tierra que él en su vida jamás descubriera. Y si pensara que V. md. cojeara deste pie, pusierale delante cuán malo era para entrar en negocio tan grave, en que es menester particular ayuda de Dios para no hacer un gran borrón, y que esto se desmerece tanto por ese camino, que por más letras, discreción y prudencia, y por más sana intención que V. md. tenga, es mucho de temer que le castigue Nuestro Señor con dejarle hacer las cosas de suerte que escarmiente para todos los días de su vida; mas estoy tan ajeno de presumir de V. md. una cosa como ésta, que si cierto respecto no me detuviera, el rostro descubier-to me fuera a decirle a V. md. mucho más de lo que le digo por estos rodeos.

Y ya que esto por ahora no puede ser, en prosecución de lo comenzado añadiré algunas breves razones, y todas se resumen en suplicar a V. md. que ya que hasta aquí ha ido con tanto tiento en este negocio, en que se ha conocido va bien guiado y que tendrá el fin que se desea, prosiga con este estilo, que si al mejor tiempo le deja y arroja con demasiado apresuramiento, será como los que muy cansados de nadar y bracear se vienen a hallar a la orilla. Persuádase V. md. que quien le puso este negocio en las manos sin pensarlo permitirá que cada día se vaya entendiendo más lo que es y que se descubran más y más los daños que resultaran si Dios por su misericordia no los hubiera atajado por ese camino, y aunque V. md. habrá ya tocado algunas cosas con las manos, faltan muchas que el tiempo las descubrirá si se va por sus pasos contados conforme a lo que el orden natural de los negocios pide, y los cubrirá y echará tierra encima si de otra manera se procede. Ya verá V. md. por cuánto no quisiera haber sido causa de que llama tan perniciosa quedase encubierta, y de cuán gravemente quedaría culpado por ello delante de Nuestro Señor y delante de los hombres, y particularmente delante del Rey, que fuera de ser muy conforme a su honra, cristiandad y prudencia el ir con mucha consideración y tiento en todos los negocios, y más cuando son desta calidad, el daño que al ojo vería haber nacido de faltar en esto sus ministros le obligaría a tenerse en esto por muy mal servido de quien si se adelanta y apresura demasiado es por persuadirse que por esta vía le sirve mejor y deja más obligado.

Y por que V. md. mejor lo entienda, me declaro un poco más y digo que no son cordeles los que han de apretar este negocio y sacar a luz esta verdad; antes tengo gran temor que la sangre que ellos sacaren ha de ser tierra que la encubra, y el por qué digo más a la larga al señor Doctor Lla-

nos, que suponiendo que Vs. mds. se comunican en todo lo que toca a este negocio, por no cansarles haciéndoles leer dos veces una cosa deo de escribir al uno por lo que escribo al otro (digo lo particular, que lo general no puede dejar de ser todo uno, por serlo el intento); y por lo que allí digo verá V. md. que no pretendo que no haya tormentos a su tiempo, que será habiendo intentado todos los medios posibles y que no haya otros para sacar rastro de la verdad para que unas cosas vayan llamando a otras, no sea que por apretar antes por antes y querer abarcar demasiado se apriete poco, quedándose encubierto lo que más importa averiguar y descubriéndose a su tiempo el daño que más importa atajar; que, según veo en este negocio, será mucho mayor que todos los sucedidos en Aragón por ocasión de Antonio Pérez, pues éste no tenía el crédito ni autoridad que tiene fray Miguel en Portugal, ni en la nación aragonesa hay tanta facilidad en creer como en la portuguesa ni están los aragoneses tan violentados en el gobierno que tienen ni sienten tanto la falta de rey natural como los portugueses, en los cuales no se va resfriando con el tiempo esta pasión, pero aun cada día parece que crece más. Y pues se entiende en el mundo el ánimo de fray Miguel, de quien no se puede presumir intentara cosa tan grande con leve fundamento, y que le tuvo muy grande, no sólo en la persona, que había de ser de Rey (como dije en la pasada), sino también principalmente en los que le habían de recibir por tal, pues fuera desatino entender que todo un Reino había de recibir por Rey a quien él quisiese darle, pues aunque fuera el mismo verdadero y natural que perdieron, era menester le reconociesen y diesen por convencidos de que lo era.

Y en esta parte ya no quiero decir más, y aun no sé si lo dicho es demasiado, que el deseo grande que tengo que se dé en el blanco del negocio y que no se pierda por mal jugado lo mucho que con la prisión deste hombre se ha ganado y se ganará adelante, me instiga a decir más de lo que puedo, que ya sabe V. md. que muchas veces se saben muchas cosas por tal vía que es como no saber dellas, que cuando mucho por evitar grandes daños se puede hablar de ellas con la generalidad que yo aquí hablo.

Y no hago poco en no tomar más licencia de la que Dios y mi conciencia me dan, que veo que por un no sé qué que no se mira y considera tan bien como debería y como parece que hasta aquí se había considerado, se pone en peligro de perderse el negocio, y con él la paz y quietud destes Reinos. Y para tan buen entendedor lo dicho sobra; y no pensé yo declararme tanto, sino que el ver que las cartas pasadas, por ir por otros rodeos, se toman a poco más o menos, como si el que las escribe las hallase en el aire y contase sus sueños y imaginaciones, me ha obligado a esto. Y pues puedo decir lo que el Apóstol dijo a los de Corinto a otro propósito, «Factus sum insipiens, vos me coegistis», también querría que V. md. y su compañero, aunque tan sabios, con mi insapientia quedasen más sabios y advertidos de lo que en este caso deben hacer y se tuviesen por obligados a abrir muy bien los ojos y considerar muy de espacio qué medios sean más a propósito para salir con el fin que se pretende y debe pretender, que es arrancar de cuajo la raíz de infinitos daños que nos amenazan y no contentarse con cortar las ramas que por defuera parecen.

Mucho he dicho, y sé que hablo con quien con mucho menos me entendiera, sino que el temor que tengo de que, cebado ya V. md. en la caza que con su buena diligencia ha dado alcance, se ha de arrojar y precipitar, perdiendo los estribos de su mucha cristiandad, discreción y prudencia que Dios le ha dado, poniéndonos a todos del lodo. Y, con todo, no me puedo acabar de persuadir que me declarado bastantemente con tornar a suplicar a V. md. una y mil veces que se detenga, y advierta que en negocio desta calidad es menester mostrar madurez y sosiego más que espíritu de alcalde, y que tiene cebo en las manos con que toda la caza se le vendrá su poco a poco a ellas, y que si con su apresuramiento la remontare, le ha de llover todo a sus cuestras, sacando mucha pérdida del alma y honra y hacienda de donde en todo pudiera salir con mucha ganancia, como confío en

Dios saldrá. Y pues por esta carta acabará V. md. de entender los rodeos y no manifestarse el que la escribe, hágamela tan grande en no poner diligencia en inquirirlo ni andar en averiguaciones; que no le sobra a V. md. tanto tiempo, ni tiene tan poco en qué emplearle que haya de gastarle sin provecho; que aunque topara con lo que desea (que desto estoy bien seguro), no sacará más así que así, porque es por demás pensar que puedo yo decir más de palabra de lo que dice este papel y otro que a su tiempo podrán ir descubriendo conforme a la necesidad que se fuere ofreciendo.

Y desde aquí protesto delante de Dios que si V. md. no se quieta y yo viere que se yerra el negocio en cosa que yo pueda advertir y dar algún aviso de importancia, que le tengo de enviar de secreto a Su Mjd. quejándome de lo mal que en esto Vs. mds. le sirven, poniendo estorbo a lo que puede ser un gran servicio de Dios y del Rey, que por ahora no se le puede hacer otro mayor. Y con esto, etc.

CAP. X. Hácese diligencia por saber quién echó estas cartas y no se halla rastro. Ve el Alcalde que Espinosa tiñe las canas, y amenázale con tormento y no lo cree

RECIBIDAS estas últimas cartas prendieron a muchas personas por sospechas de que las habían escrito, y entre otras prendieron a un mancebo que había sido paje de don Antonio en Portugal, el cual, aunque debió de dar luz de otras cosas, pero en ninguna deste negocio entraba ni salía, sino la curiosidad de saber lo que había, por lo mucho que había oído decir, le había llevado a casa del Alcalde al tiempo que echaron las cartas, y pudiera costarle caro si no llevara otros recados que claramente manifestaron estar libre deste negocio. Y por más diligencias que se hicieron, nunca se halló rastro de quién las había echado.

Hacíanse en este tiempo grandes prevenciones y diligencias por coger cualquiera persona o recado que pudiese tocar a este negocio, teniendo, desde que el Alcalde llegó a Madrigal, todos los pueblos de toda la comarca de Medina y Madrigal para que en viendo cualquier persona que en el hábito o traje pareciese forastero, no constando claramente estar libre deste negocio por los recados que traía, le detuviesen y diesen luego aviso. Y entre otros que con esta diligencia se detuvieron y examinaron fue uno en Olmedo con hábito de fraile trinitario que por su lengua y modo de proceder se hizo sospechoso, y el Corregidor de aquella villa le detuvo dando aviso al Alcalde, y él envió por él y trajo a Medina del Campo y puso en la cárcel pública, pareciéndole que sólo el hábito decía ser de religioso; y así fue, que puesto a cuestión de tormento por grandes indicios que hubo de haber quemado o hundido luego que le prendieron en Olmedo unos papeles que traía, confesó ser hombre seglar, soldado de nación francés, que había sido bandolero en Cataluña y halládose en defensa y ayuda de Antonio Pérez cuando le quitaron de las manos de la Justicia en Zaragoza, y por más disimular el despacho y recados que llevaba, por ser muy secretos, había tomado aquel hábito. Lo que contenían los papeles y despachos no me fue posible saber de cierto, ni hace a mi propósito, pero, según he entendido por su confesión, era negocio grave y pesado, de suerte que parece haber sido particular providencia de Dios se descubriese esta maraña para que tras ella y sin pensarlo se fuesen

descubriendo otras, que unas llaman a otras y dan luz dellas por donde menos se piensa; como aconteció en la prisión deste fingido fraile, que su confesión, con ser negocio tan diferente como tengo dicho, dio harta luz para cosas del principal que se trataba y de que aquí vamos tratando.

Prendiose también un caballero portugués, sacerdote, con dos criados que traía, y desta manera se hicieron algunas prisiones y dieron tormento a los que por sus personas y indicios lo merecían; pero a Gabriel de Espinosa no se tocaba, que aún no había venido su hora; empero cada vez que entraba el Alcalde a verle la daba por llegada, en particular una vez que, de noche, estando acostado y descuidado, entró el Alcalde con luces, y queriéndose vestir de presto, le dijo el Alcalde: «Estaos quedo, hermano, que para lo que se ha de hacer, desnudo os hemos menester». Alborotose estrañamente, y dijo: «No es posible eso, ni creo yo que venga el Rey en lo que V. md. quiere dar a entender por esas palabras. Bien sé que he de morir, pero Su Majestad tendrá atención a que soy hombre honrado y querrá que muera honradamente y no en un potro, en el cual sin duda moriré antes que diga más de lo que tengo dicho, porque no hay más que decir». «Sosegaos (dijo el Alcalde). Mirad que hay contradición en vuestras palabras mismas, pues por una parte decís que sois hombre honrado, dando a entender que se os haría agravio en daros tormento, y por otra decís que no tenéis más que decir de lo dicho, habiendo hasta aquí dicho que sois hombre común y bajo y que os fingisteis ser el Rey don Sebastián. Mirad bien lo que decís, y si tenéis más que declarar, a tiempo estamos de que lo podéis hacer de grado, y si no, habrá de ser por fuerza, tratándoos no como significáis que sois en vuestras preñeces, sino como quien habéis declarado que sois en vuestra confesión y como quien declara que sois vuestro oficio y vuestros hechos». «De mi oficio (dijo Espinosa) podrá V. md. juzgar y tratar, que me cae muy por defuera, pero de los hechos, pocos hay en el mundo que me puedan juzgar,⁸⁶ que, como hombre tan bajo, soy poco conocido en él, y ninguno que pueda decir que desdigo de hombre honrado, aunque pecador a Dios». «¿Es de hombre honrado (dijo el Alcalde) engañar a una señora tan principal y tan religiosa y a un pobre fraile haciéndoos persona tan diferente de lo que sois y haciéndoos salir, como dicen, de sus casillas y hacer lo que por ninguna otra del mundo, si no es por la que vos representabais o otra semejante les hiciera hacer?

Esto le dijo por ver si por aquella vía decía o declaraba más de lo que hasta allí o dejaba aquellas preñeces; y dijo más: «Aquellas personas han confesado lo que habéis hecho, y que, siendo levantado del polvo de la tierra, se le echasteis en los ojos con vuestra astucia para que no os conociesen ni echasen de ver vuestro grande engaño». «¿Ellos (dijo Espinosa) dijeron eso? A buen seguro no digan tal; que yo sé lo que digo y a mí me está bien el decirlo». «Y a mí el creerlo» (dijo el alcalde). Certificome después el Alcalde que diera cuanto tenía por poder entonces darle tormento hasta quitarle las preñeces o ver qué parto tenían; pero por no haber llegado licencia de Su Majestad para hacerlo no se atrevió; que todo lo del principio fue amenazas, como otras veces se las había hecho.

Atajando pláticas, trató de tomarle de nuevo la confesión o proseguir la que estaba comenzada. Y lo que en ella y en la que de todos aquellos días declaraba no importa mucho el saberlo, pues todo ello debió de ser confirmación de lo pasado con algunas más parti-

86.- Orig. y versiones manuscritas: 'que puedan juzgar'.

cularidades, y así, habremos de esperar a la última confesión que hizo en Madrigal con tormento. Sólo supe una particularidad que el dicho Alcalde advirtió aquella noche con las luces que de ambos lados tenían puestas, y fue que, como la barba había ido creciendo en la cárcel y en ella no había tenido aparejo para disfrazarla, se le descubrían las raíces de los cabellos de diferente color del que antes tenían y del que entonces se vía en las puntas dellos, porque antes todo el pelo era bermejo, y entonces las raíces eran blancas, y ésta debía ser la razón por que de día procuraba ocultar el rostro poniéndose de manera que nadie pudiese bien divisarle y por que rehusó tanto tiempo quitarse la barba, hasta que, ya descubierta la celada, le fue forzoso permitirlo, y quedó todo cano y de aspecto de más de sesenta años. Esto fue lo que con él pasó en Medina, y no hubo otra cosa de substancia hasta que le volvieron a Madrigal.

CAP. XI. Vuelve el Doctor Llanos a tomar la confesión a la señora doña Ana; pasan a Espinosa a Madrigal y dan tormento a fray Miguel

MIENTRAS don Rodrigo de Santillana hacia las diligencias en Medina que hemos dicho, el doctor Juan Llanos de Valdés iba haciendo las suyas en Madrigal sin perder punto, tomando sus dichos a personas eclesiásticas, particularmente a la señora doña Ana, de quien nunca se podía sacar otra cosa sino que aquél era el rey don Sebastián, dando cada día confirmaciones desto y testimonios que lo eran harto de su inocencia, pidiendo se le pusiesen delante y que quizá su presencia acabaría con él lo que ni amenazas ni ruegos no habían podido acabar, ni aun tormentos ni muerte por ventura acabarían.

«Yo le conozco (decía) y sé el valor de su persona, y que quien con tanta generosidad de ánimo ha despreciado un Reino entero, pasando sin él tantos años y en ellos tantas desventuras y peligros tales que mil veces tuvo jugada la vida, no rehusará de darla ahora y pasar cualquier tormento por pasar adelante con su disimulación y que nadie pueda decir que rey de su nación fue hallado en tal vil traje y figura y que el temor le había hecho rendir a lo que ninguna buena razón, ni ruegos y persuasiones de los que bien le querían, ni la largueza de tiempo, que todo lo cura, habían podido acabar con él. Yo sé, señor (decía la pobre señora), que salió tan corrido y avergonzado de la batalla, que ninguna cosa sintió más que no dejar la vida en ella, y que sin ofensa de Dios pudiera, él mismo se la quitara, y aun la quitara a los que por fuerza y con engaño le habían sacado della. Y alguna vez contándome los peligros en que después acá se había visto y cuán a pique estuvo de perder mil veces la vida pudiendo asegurarla con sólo declarar quién era, me dijo que quiso más tragar la muerte, como la tenía ya tragada, que pasar este trago de manifestar su persona. Todo esto digo porque a quien tan hecho está ya a tragar la muerte por encubrirse, que antes aborrece la vida que temer si ha de ser parte para salir con su intento, no le es amenaza la muerte, ni hay que esperar que por este medio salga a luz la verdad. Si algo ha de haber en la tierra que se la haga descubrir, ha de ser mi trabajo y el gran daño que en honra y vida se me podía y puede seguir de quererlo encubrir, y por eso deseo tanto verme en su

presencia en la de V. md. y ponerle delante de los ojos lo mucho que los míos por su causa y respeto tienen y tendrán que llorar toda la vida, que no sé si en ausencia se le ha representado esto tan al vivo y lo tiene tan ponderado como yo se lo ponderaré en presencia, ni puedo creer que el gran tesón que siempre ha tenido y tiene en cumplir su propósito ha de vencer la nobleza de su condición queriendo tan a mi costa callar lo que a todos nos está bien que se descubra».

Tan persuadida y engañada traían a esta pobre señora; pero los jueces, que cada día iban dando más alcance a la verdad y descubriendo los embustes y fingimientos con que el Fraile y Espinosa tenían embaucada a aquella señora, no condescendieron con sus ruegos, y habiéndoles venido orden de Su Majestad para dar tormento al Fraile y a Espinosa, se juntaron en Madrigal, donde llevaron a Espinosa de Medina de noche en un macho con dos pares de grillos, lamentando su suerte diciendo: «En esto habían de venir a parar mis desventuras; éste había de ser el fin de mi poca suerte, que nunca otra yo me prometí ni merecí desde que la fortuna me persiguió y fue contraria en lo principal. No me lo debes, Rey don Felipe; no te lo he merecido. A mi Dios sí, que de su mano me viene y como tal lo recibo».

Estas y otras semejantes razones decía dando a entender que iba a ser ajusticiado; pero otras veces volvía la hoja dando a entender que tenía grandes esperanzas que en su persona no se había de tocar. Otras decía: «Ya sé a lo que voy a Madrigal y lo que de mí pretenden, que es carearme con el Fraile y con la Monja, que ellos lo habrán pedido. Y de mí no han de sacar más de lo que tengo dicho; y si más tuviera que decir, no aguardara a que hombre deste mundo pudiera presumir que el temor de la muerte había acabado conmigo lo que ninguna otra cosa había podido acabar; cuanto y más que cuando yo dijera lo que quisieran y fuera así, no serviría más que de abreviarme la vida».

Con estas y otras preñeces se entretuvo y entretuvo los que iban con él aquel día, que todo le gastaron en el camino, aunque es tan breve que no llega a cinco leguas, porque llevaban orden las guardas que no entrasen de día, y así se hizo, gastando lo más del día o casi todo en una posada, en la cual pasaron las más destas cosas que hemos referido y otras muchas de que ya no hacían caso las guardas, por estar hechos a oírle palabras misteriosas y preñadas que después paraban en nada. Llegados, pues, a Madrigal, le pusieron en la casa que le tenían aparejada, teniendo con él la cuenta posible. Las lamentaciones y las lágrimas que hacía a la entrada de Madrigal y las cosas que decía bastaban a enternecer a quienquiera, y más a quien no le conociera. Vamos a lo que hace al caso, que es ya tiempo que se acabe de descubrir esta maraña y de que nos vamos llegando al fin desta historia.

Estando las cosas en este estado y los verdugos que de fuera habían venido a punto, comenzaron por fray Miguel. Poniéndole delante el potro y los demás instrumentos y amonestándole que sin llegar a desnudarse dijese la verdad, pues ya era la hora llegada de decirla de una manera u de otra, y que era forzoso el hacerlo, él se estaba en sus trece, diciendo que no tenía más que declarar de que aquél era el Rey don Sebastián, y que por tal le tenía y había tenido, como en las demás confesiones había declarado, y que ni tormento ni muerte podrían sacar dél otra cosa, y que si la sacasen, no sacarían la verdad. Con lo cual se hubo de venir a la prueba dándole un recio tormento, del cual sufrió lo que el más robusto mozo pudiera sufrir, sin declarar más palabra, hasta que, apretando más los cordeles y renovando más el tormento, no pudo resistir y dijo aflojasen, que él declararía

cuanto había que declarar. Y así lo hicieron, y su declaración, por ser lo principal desta historia, pide otro capítulo.

CAP. XII. Declara fray Miguel la verdad del caso

LO que no pudieron sacar de fray Miguel los juramentos y buenas razones, vinieron a sacar los cordeles. Aunque no había dicho nada las otras veces que se los apretaron, desta vez hizo declaración de todo lo procedido. Y tomándolo desde el principio, dijo que él nunca había podido tragar que su Nación y Reino estuviese en poder de quien estaba, y que había estado maquinando y trazando cómo sacársele de entre las manos al Rey nuestro señor y ponerle en las de don Antonio, para lo cual él había intentado diversos medios y dado en diferentes trazas, y en lo que últimamente se resolvió fue buscar un hombre astuto y sagaz que supiese fingir el Rey don Sebastián y que, dándole él la traza y modo, pudiese salir con ello, pareciéndole que los de la Nación se persuadirían a ello por la afición tan grande que le tenían, y que por este camino haría dejar el Reino al Rey nuestro señor, haciendo dejación dél por fuerza, si no de grado, y que, hecho esto y tomando posesión, podían matarle secretamente y entrar don Antonio en su lugar; que estando las cosas prevenidas y echados los castellanos de Portugal, le pareció no habría mucha dificultad en conservar don Antonio lo que al fingido rey le habían dado; y que con estos pensamientos había doce años que andaba y que en muchas partes había echado voz de que el Rey don Sebastián era vivo, fingiendo diversos cuentos y cosas que después de la batalla le habían sucedido, atribuyendo a la largueza del tiempo y trabajos cualquier diferencia que entre él y el Rey don Sebastián se hallase, y que en particular había impuesto en esto a la señora doña Ana de Austria, con quien pensaba casar el personaje que fingiese ser don Sebastián, pareciéndole que este casamiento y la grande autoridad de la señora doña Ana, de quien por ninguna vía se podía presumir que hubiese hecho cosa semejante con quien no lo fuera, sería una de las cosas que más persuadiesen al mundo su mentira y engaño. Y con esta trama andaba fray Miguel en la imaginación; y aunque puso los ojos en diferentes personas, ninguna le cuadró tanto como Espinosa, a quien conoció soldado en Portugal, le satisfizo hasta que topó a Gabriel de Espinosa, que acaso había venido a ser pastelero a Madrigal, de quien él ya tenía bastante noticia por haberle conocido soldado en Portugal, y por lo que entonces vio en él, y mucho más por la comunicación que después con él tuvo para este intento en Madrigal, le pareció que ninguno en el mundo podía ser más a propósito para esta empresa, de la cual se determinó a darle parte llamándole un día muy despacio y persuadiéndole se parecía mucho al Rey don Sebastián, y aun (si lo que Espinosa después dijo es verdad) no entró diciéndole que se parecía, sino que era el Rey don Sebastián y tratándole como tal y quejándose de querer encubrírsele tanto tiempo.

A que el Espinosa se persuadió que sin duda se debía parecer al Rey don Sebastián, supuesto que nadie mejor que Fr. Miguel le podía tener por él; y así, aunque al principio

rehusó, negando ser quien le decía y confesando ser quien era, viendo la mucha instancia de fray Miguel en reconocerle por el Rey don Sebastián y la facilidad que le ponía en ser admitido de todos por tal y la mucha mano que tenía para ello, y que le había de casar con la señora doña Ana de Austria, Espinosa se determinó a admitir la cortesía de fray Miguel dándose por quien él decía. Y poco a poco fray Miguel se fue declarando con él, diciéndole que bien sabía que no era el Rey don Sebastián, pero que tenía las señas bastantes, y que juntas con otras que le daría fray Miguel haría que todos se persuadiesen a que era él; y viendo que no era engañado fray Miguel, sino engañador, por la máquina de proposiciones y advertencias que le hizo le pareció que el negocio iba seguro a ganar un Reino sin peligro sin perder nada.

Y fray Miguel le dijo que no se había de disponer nada hasta estar Espinosa en Francia, donde hallaría hartos apoyos; lo primero de don Antonio, que con el odio que al Rey nuestro señor tenía y lo mal que lo pasaba desterrado de su patria natural, se holgaría de dar el Reino a cualquiera, y que él le aseguraba desto, porque ya lo tenía tratado con él y salía muy bien a ello, y que sólo aguardaba a que fray Miguel escogiese persona tal, para con su aviso ir a Portugal y dar de secreto aviso a diferentes personajes de allá como el Rey don Sebastián era vivo y que era la persona señalada por fray Miguel y que presto vendría en su compañía, y con esto volverse a Francia para aguardar allí la dicha persona y publicarlo por don Sebastián, a que ayudaría también Antonio Pérez, y por respeto de los dos también Vandoma,⁸⁷ con lo cual toda Francia clamaría que era el Rey don Sebastián, y con esto y con la gente que en Portugal estaría prevenida por don Antonio, no habría quien dudase que lo era, ni aun quien pudiese resistir aunque quisiese.

Todas éstas y otras razones le supo muy bien decir y ponderar fray Miguel a Espinosa, y para que nada se le pusiese por delante añadió que él sabía muchas cosas particulares que habían acontecido al Rey don Sebastián, de las cuales le iría dando entera y menuda noticia para que, hablando él como de cosas propias suyas, todos se persuadiesen que lo eran y que él era el que fingía: Particularmente dijo que «don Antonio sabe muchas más que con él y con otros pasaron, y todas las iré yo sabiendo y dándoos a vós aviso; con que aunque otra cosa no hubiera de las muchas que hay para salir con nuestro intento, deslumbraremos a todo Portugal, cuanto más interviniendo tantos como he dicho. Y el no saber todo lo que en casos particulares sucedió al Rey don Sebastián no será estorbo, porque para engendrar la opinión de que sois él y introduciros en el Reino, los que sabéis bastará y aun sobrá, juntos con el dicho de don Antonio y mío y de los demás que don Antonio y yo os tendremos granjeados y seguros. Y después no bastará nadie ni habrá quien se atreva a preguntar de cosas que vós no tratéis, y si se atrevieren, a un torcer de rostro haréis que mude plática, y cuando no, mil salidas puede haber, y aun no sería milagro no acordarse un hombre de cosas que ha tantos años que pasaron».

Estas y otras razones con que fray Miguel tácitamente respondía a las dificultades y objeciones que le ponían poner, junto con otras buenas salidas que daba a las que Espinosa le ponía, dijo que habían hecho a Espinosa abalanzar de manera que tenía ya seguridad de que sin volver pie atrás haría bien su oficio, y así, no trataba tanto desde aquel punto de asegurarle y facilitarle a éste el negocio cuanto de imponerle y ensayarle en la persona que

87.- Debe referirse a Enrique IV de Francia, Duque de Vendôme y de Borbón. En una de las versiones manuscritas: 'Barcelona'

había de representar comunicándolo con él y dándole por escrito las cosas que le habían acontecido al Rey don Sebastián para que después muy bien decoradas diesen principio a su maraña y engaño, empezándola, como lo tenían tratado, con la señora doña Ana, a quien más fácilmente que a nadie les pareció podían persuadir lo que querían, por tenerla fray Miguel años antes prevenida de que era vivo el Rey don Sebastián; meses, o a lo menos semanas, que estaba en Madrigal, y días antes de que era Gabriel de Espinosa.

Y como lo concertaron y trataron así fue, porque concertándose los dos y yéndola a hablar Espinosa y pasando entre los dos el coloquio que en su confesión dijo la señora doña Ana, no dudó en creer cuanto se le decía; que hallaba tan gran conformidad que hallaba en lo que Espinosa de sí le decía y lo que fray Miguel le había referido tanto tiempo antes del Rey don Sebastián, y la gran semejanza del retrato que ella tenía por del Rey don Sebastián al retratado que no lo era, no le dejaron lugar de dudar, y así, desde aquel día trató a Espinosa de la misma manera y con el mismo amor que si fuera el Rey don Sebastián su primo, regalándole y dándole joyas como a tal.

Y como le había salido tan bien a fray Miguel el primer tiro con Espinosa, y a Espinosa el segundo con la señora doña Ana, trató de pasar adelante con su invención dando aviso de todo lo sucedido a don Antonio, que a la sazón estaba en Francia, descubriéndole todo su intento y pintándole muy bien el campo que se le abría para recuperar, o por mejor decir, injustamente adquirir el Reino de Portugal, pidiéndole se disfrazase y con el secreto posible se llegase a Madrigal para que de palabra pudiesen tratar y concertar todo lo que para negocio tan grave e importante convenía hacer; y súposelo pintar y facilitar tan bien, que le hizo poner en camino tan largo y peligroso y intentar entrarse por medio de Castilla, recatándose empero de entrar en pueblos donde pudiese ser conocido, a lo menos de entrar de día en ellos, hasta venir a Madrigal, donde también entró de noche, con otros cuatro caballeros que consigo traía, los cuales eran muy conocidos de fray Miguel y participaban de los secretos y tratos que entre él y don Antonio había, mayormente en este negocio.

Y así, todos fueron dél muy bien recibidos, y tratando un rato aquella noche de la trama que iba urdiendo y del modo como había de guiarse, se resolvieron en que los tres caballeros se volviesen luego a salir, y entrado otro día, al amanecer se fuesen derechos a casa de Espinosa diciendo que eran unos caballeros portugueses que, llamados de fray Miguel, venían a reconocer su verdadero Rey y señor, que allí le tenían oculto; pretendiendo en esto dos cosas: la una, confirmar más en su propósito a Espinosa y darle mayor confianza de salir con su intento viendo que gente principal de Portugal venía a reconocer vasallaje y se engañaba en tenerle por el Rey don Sebastián; y la otra, que con esto entretuviesen a Espinosa para que no echase de ver que fray Miguel tenía huésped con quien trataba de secreto y se recelase del tiro que le iban haciendo y armando, y así pudiesen don Antonio y fray Miguel hablar y concertar todas las cosas más despacio y a su salvo.

Y como lo trataron así se hizo particularmente, porque don Antonio con uno de los cuatro compañeros se quedó con fray Miguel y hablaron largo, y los tres amanecieron al otro día en casa de Espinosa con mucho secreto, haciendo demostraciones de venir desde Portugal para reconocerle y profesando ellos de venir a tenerle por el Rey don Sebastián derramando lágrimas y dando a entender que hacían sentimiento por verle en aquel estado y ofreciendo vidas y haciendas hasta ponerle en el suyo, afirmando que lo mismo haría todo Portugal. Con lo cual el pobre hombre acabó de desvanecerse y arrojarle a tan desati-

nada empresa como había tomado, y ofreciendo de hacer grandes mercedes a aquellos caballeros les despidió, sin querer ellos recibir dineros ni regalos que les daba para el camino.

Y éstos fueron los tres huéspedes honrados que arriba dijimos que confesó el ama haberle venido a Espinosa. Y con eso y con decir que iban de paso a dar cuenta de todo lo concertado a fray Miguel, se volvieron los tres caballeros al lugar donde habían concertado de juntarse con don Antonio, donde se hallaron y caminaron a Portugal a ejecutar lo concertado con fray Miguel, que fue ir de secreto persuadiendo a la gente principal que el Rey don Sebastián era vivo y estaba en Madrigal y que ellos le habían visto y concertado con él el modo que había de tener para recuperar su Reino, diciéndosele y exhortándoles a que estuviesen a punto para que a su tiempo clamasen por su Rey reconociéndole por tal y con el testimonio de don Antonio.

Y los de más bríos del todo creyeron y aguardaban ocasión, y otros, que más cuerdos anduvieron, enviaron a Madrigal personas que conocieron muy bien al Rey don Sebastián para que le reconociesen y, siéndolo, le asegurasen que sin dificultad le recibirían en todo Portugal; y como todos los que enviaban traían dirección de hablar primero a fray Miguel para que se les mostrase y pusiese con él, y el Espinosa tenía tanta astucia que sabía deslumbrarles con unas pocas apariencias y señas que tenía semejantes a las del Rey don Sebastián, atribuyendo al tiempo las muy desemejantes que tenía, volvían muy contentos a sus tierras, engañando a los que los enviaban diciendo que no había qué dudar, y así, estaba muy asentado en los ánimos de mucha gente principal y señores de Portugal que este hombre era su Rey, y en los de fray Miguel y Espinosa pasar adelante con la trama efectuando la jornada antes concertada para Francia, diciendo a la señora doña Ana que iban a traer la gente que fingían andar con él, y que a la vuelta mudaría de traje y oficio en que se entretuviese hasta el tiempo señalado, y los suyos también se entretendrían allí y en otros pueblos comarcanos con semejante disimulación. Y el oficio con que decían se había de entretener era de ser cirujano, y así, habían pedido a la señora doña Ana le procurase licencia para ejercitarle aunque no estuviese examinado, alegando curas particulares que había hecho y que para esto tenía gracia particular y don de Dios, y esto hicieron por sólo dar gusto a la señora doña Ana y disimular más la jornada que tenían trazada, y astutamente la persuadieron hiciese su romería al Crucifijo de Burgos con la determinación que arriba dijimos de llevarla de allí sin que se entendiese a Francia y necesitarla que se casase con el fingido Rey para con esto dar más color a su mentira y fingimiento y para que Espinosa tuviese ya allanado el camino en Francia, y cuando llegase el negocio a este punto escribir fray Miguel a Antonio Pérez, con quien tenía mucha amistad, diciéndole cómo aquél era el Rey don Sebastián que quería recuperar su Reino, que le promulgase allá por tal y ayudase de su parte cuanto pudiese. Y junto con esto trazó de escribir algunas cartas a Espinosa a Valladolid, Burgos y otras partes donde se detuviese algo en ellas, llamándole en ellas de «majestad» y haciendo que la señora doña Ana en las suyas usase de la misma cortesía, para que, mostrando él cuando menester fuese las dichas cartas, por el estilo y cosas que contenían se echase de ver por quién era tenido de los que le escribían.

Y para este mismo efecto hizo fray Miguel que le diesen a la despedida las joyas que dijimos; y aunque él fingió haberle pesado de llevarlas, no es de creer sino que fue concierto entre él y el Fraile el llevarlas y él hacer del que le pesaba de haberlas llevado y amenazar que estuvo por volverlas a enviar. Concertadas, pues, las cosas desta manera, se despidió

Espinosa de la señora doña Ana y fray Miguel con muchas lágrimas y muestras de sentimiento de todas partes, aunque bien diferentes, porque de parte de la señora doña Ana, por su inocencia, eran verdaderas; pero de parte de Espinosa y fray Miguel, por el engaño que fingían, eran falsas, como todo lo demás.

Y en esto dio Espinosa principio a su jornada llevando consigo un paje que después dijo le había muchas veces oído decir y ir cantando por el camino el romance de la Batalla de África, y que llegando aquel paso donde dice que fue desbaratado y perdido el ejército del Rey don Sebastián y que dél no se supo lo que fue, daba grandes suspiros, repitiéndolos hasta llegar a Valladolid, donde sucedió lo que arriba está referido de la prisión y ocasión della.

Aquí ceso la confesión de fray Miguel cuanto toca a la persona de Espinosa y a la pretensión que tenían. Lo demás que toca a los cómplices que en Castilla o Portugal había, ni yo lo he sabido ni es razón ponerlo en historia mientras por pública sentencia no constare la culpa de cada uno, mayormente que por ventura los más no tienen otra que haber sido fáciles en creer cosa de tanta dificultad y que tanta consideración pedía.

CAP. XIII. Confiesa Espinosa la verdad y desengaña a los jueces, y la señora doña Ana cobra extraordinario sentimiento

AUNQUE, como arriba dijimos, desde el principio Espinosa confesó ser hombre bajo que había pretendido engañar a la señora doña Ana haciéndose el Rey don Sebastián, aunque usaba de tan grandes preñeces que con ellas deshacía cuanto en sus confesiones decía, porque nunca acababa de declarar el intento que tenía en fingirse el Rey don Sebastián, que siempre decía era sólo engañar a la señora doña Ana para ser regalado y enriquecido della, viendo los jueces cuánto más habían sacado los tormentos de fray Miguel, se determinaron de dárselos a Espinosa por ver si conformaban los dichos.

Y habiéndole puesto en el suplicio, no fue menester apretar los cordeles tanto como a fray Miguel, que a pocas vueltas dijo que declararía cuanto había, y sin hablar más palabra ni haberle dicho nada de lo que fray Miguel había declarado, dijo con un gran suspiro: «¡Ah Fraile! Si tú no me hubieras condenado yo no te condenara a ti, ni fueran bastantes los tormentos a decir más de lo dicho; que no ellos, sino tu poco ánimo me obliga a decir lo que a ti te costará muy caro, que a mí no me puede costar más de lo que me costara lo que había ya confesado».

Y luego fue diciendo y declarando todo lo que fray Miguel declaró tocante a la maraña, menos que él no sabía la traza que el Fraile le tenía intentado para matarle para después poner en posesión a don Antonio, ni tuvo noticia de que tal diligencia hubiese, digo de que tal don Antonio hubiese entrado en Madrigal, porque él sólo se guiaba por fray Miguel, y en todo lo demás ambos confirieron en una misma cosa, de manera que parecía que ambos hablaban por una misma boca. Y sólo añadió Espinosa, siendo preguntado por su nacimiento, dijo y repitió ser natural de Toledo, sin conocer padre ni madre, porque decía ser echado a la puerta de la iglesia, y que primero fue tejedor de terciopelos y después pastelero, de que había usado diferentes partes, aunque deste segundo oficio usaba

muy poco, y del primero nada, y que más parecía haberse ejercitado toda la vida en urdir telas semejantes a la que él y fray Miguel iban urdiendo que en hacerlas de seda o otros materiales; y que fray Miguel escogió persona a propósito, porque ninguno otro que fuera principal dejara de tener padres o pariente conocidos, y quizás esto le movió a echar mano de persona tan baja, si no es que haya sido verdad un rumor que anduvo que este hombre, siendo muy mozo, por una desgraciada muerte de un hombre muy principal o por otro delito mayor se ausentó de España y anduvo muchos años en la guerra en diferentes partes, y habiendo venido a España ya que le parecía que por su edad no le conocerían, se puso al oficio de pastelero, aunque los indicios no daban a entender ser persona ordinaria.

Como lo confirmaba el dicho del ama que traía consigo, que declaró, dándola tormento, que no sabía más de que este hombre la había traído consigo cinco años en Portugal y que usaba el oficio de pastelero en diversas partes de aquel Reino, y que siempre la decía: «Si supieses quién yo soy, y si te pudiese llevar a mi casa en Castilla, por dichosa te tendrías; pero no salí yo de Castilla de manera que pueda volver a ella descubiertamente», lo cual junto con que veía que de cuando en cuando le venían cantidades de dinero, la tenía persuadida ser persona principal y que sus deudos se lo enviaban; aunque por no venirle todas las veces tan a punto le era forzoso usar de aquel oficio, que no siempre lo usaba, y por su mano nunca, hasta que estuvo en la Nava y en Madrigal; y que preguntándole cierta persona religiosa y grave que por qué no se declaraba ser quien era, dijo que sólo le serviría de que la muerte fuese diferente y de menos deshonor, y que quería pasar esta ignominia más que declarar sus parientes. Aunque es verdad que donde hubo tantos embustes hay poco caso que hacer de que dijese esto o lo otro, porque de quien mintió y fingió lo principal se podía presumir lo propio con todo lo demás; y no faltan buenas razones para colegir que mintió en esto, y así, cada uno conjeture lo que le pareciere lleva más camino.

En este tiempo estando el ama presa en días de parir, había puesto el Alcalde guardas para testigos de que la criatura que pariese era suya. Parió un niño, bella criatura, tan parecida a la niña, que confirmó ser también su madre, con que con esto se deshizo todo lo que Espinosa había declarado de ser una señora principal de la ciudad de Oporto.

Y en este tiempo sucedió lo de las señas que Espinosa dijo había de tener el niño para ser suyo, que fue así con harta admiración de todos, y con tan gran desengaño fueron los jueces a dar noticia de todo a la señora doña Ana y a desengañarla, y no fue posible disuadirla de lo contrario que tenía en sí concebido; y pudiendo la verdad más, poco a poco vio el engaño que hasta allí había padecido, y quedando atónita y pasmada, dijo lamentándose: «¡Oh suerte y desventura, que estando antes desta desgracia tan favorecida y regalada del Rey, mi señor y tío, y de las personas reales, hoy se ve ya privada de todo gusto y contento!». Y aun se dice que desde aquel día no se le oían sino suspiros y sollozos, ni se vieron sus ojos sin frecuentes lágrimas, privándose de cuanto le podía dar gusto y contento, tanto, que aun de la comida cercenaba, que apenas tomaba lo necesario para el sustento de la vida, con lo cual se vino a enflaquecer de suerte que a todas las religiosas movía a compasión, y mucho más las cosas que la oían decir, sin bastar el consolarla a disminuir algo de su pena.

CAP. XIV. Sentencia de la señora doña Ana y sus dos criadas; y cogen un correo de Portugal con cartas

CONCLUIDAS las confesiones de todos los cooperantes en este negocio, fueron convencidos todos en la traición y engaño referido; y aunque la tuvieron grande por haberse dejado engañar, en la señora doña Ana fue menor, por el buen fin que tenía; pero nada la libró de la pena y castigo que se le puso, como consta de la sentencia, que es como se sigue.

SENTENCIA

En el negocio y causa criminal que por comisión apostólica pende ante nós en esta villa de Madrigal, y en el monasterio de Nuestra Señora de Gracia la Real de dicha villa, de la Orden de San Agustín, en que de oficio de justicia se ha procedido contra doña Ana de Austria, monja profesada del dicho monasterio, y demás cómplices. Vistas las probanzas y confesiones de la dicha doña Ana de Austria y la culpa que de todo resulta contra la dicha doña Ana de Austria, y por la calidad de su persona y otras justas causas que aquí no se declaran, fallamos debemos condenar y condenamos a que sea sacada del dicho monasterio a otro que le sea señalado por persona que para ello tenga poder y facultad, sin poner en ello excusa ni dilación alguna; y entretanto, en el que está y en el que le fuere señalado, desde luego esté reclusa en su celda por tiempo y espacio de cuatro años, sin que pueda salir de la dicha celda más de a oír misa los días de fiesta acompañada de las monjas más graves y ancianas que por la prelada se le señalare, y habiendo oído misa se vuelva a su celda, sin poder hablar nadie con ella en todo aquel tiempo. Y asimismo la condenamos que todos los viernes dél ayune a pan y agua, y que perpetuamente no pueda ser prelada en el dicho monasterio ni otro ninguno donde estuviere, ni la pueda servir ni sirva ninguna monja dél sino las criadas comunes del tal monasterio, y asimismo que sea tratada como una monja particular, así en llamarla como en todo lo demás. Y mandamos que esta nuestra sentencia se ejecute como en ella se contiene, sin embargo de cualquiera apelación que se interpusiere, por justas causas que a ello nos mueven y porque así conviene al servicio de Nuestro Señor y de Su Majestad, reservando en nós el poder proveer cualesquier mandatos que para la ejecución de esta nuestra sentencia fueren necesarios y nos pareciere convenir hasta su verdadera ejecución. Y por esta nuestra sentencia así lo pronunciamos y mandamos. El Doctor Juan Llanos de Valdés. Pronuncióse en 21 de julio de 1595 ante Francisco de Santander, escribano de su comisión.

A doña Luisa Delgado y doña María Nieto su hermana, religiosas de aquel convento y criadas de la señora doña Ana de Austria, que cooperaron en este negocio, sentenciaron en ocho años de cárcel en sus celdas y sacadas del monasterio, y privadas para siempre de voz activa y pasiva,⁸⁸ y ayunar a pan y agua todos los viernes de los dichos ocho años.

En el mismo tiempo ordenó el Alcalde don Rodrigo de Santillana la sentencia de Espinosa, que fue condenarle a que fuese arrastrado y a muerte natural de horca, y descuartizado, su cabeza, puesta en un palo en el puesto más público de aquel lugar, siendo llevado

88.- Facultad de votar y capacidad de ser elegido para un cargo eclesiástico.

con pregoneros por todas las calles públicas manifestando su delito. Y aguardando orden de Su Majestad, se procedió contra los demás delincuentes.

Y tardando algunos días en venir la respuesta de Madrid por enfermedad que en este tiempo le sobrevino a Su Majestad, sucedió enviar don Rodrigo de Santillana a Portugal un alguacil a hacer ciertas diligencias sobre este negocio, y en el camino de vuelta encontró un correo que venía de Portugal con un pliego de cartas para la señora doña Ana, y trabando conversación con el otro correo, le preguntó que adónde iba; y aunque al principio disimuló y encubrió, al fin vino a hacerse tan amigo suyo por el buen tratamiento, que, sin pensar nada desto, le hizo que muy de secreto, persuadiéndose por ventura que lo decía a sordo y a quien quizá no tendría noticia si había Madrigal en el mundo, cuanto más de los negocios que en él pasaban, le vino a decir como iba a Madrigal y llevaba ciertos recados a la señora doña Ana. El alguacil oyendo esto, lo disimuló y no le quiso preguntar cómo le había de dar las cartas estando presa, ni tratar del negocio, ni decirle que él también iba a Madrigal por que no se recelase dél. Y de allí adelante procuró acariciar más y regalar, y a cabo de gran rato le ofreció de llevarle las alforjas en su mula por que no se cansase tanto, queriendo con esto asegurar no se le escapase el pliego de cartas y los demás recados que iban con ellas ya que por alguna desgracia perdiese de vista al hombre, y él se las dio y agradeció.

Y con esto caminaron y llegaron a Alba,⁸⁹ donde el alguacil cayó malo sin poder pasar adelante, y viéndose atajado, llevó con buenas palabras su hombre a la cárcel, como que iba a otro negocio, y allí requirió al alcaide que le tuviese preso hasta que viniesen por él de Madrigal, y no queriéndolo hacer él, ni el Gobernador de aquella villa, a quien también acudió, por no ver bastantes recados para ello, le pidió el alguacil los prendiesen y tuviesen en la cárcel hasta que de Madrigal viniesen con bastante recado para llevar aquel hombre preso, que él quería padecer la incomodidad de la cárcel y entrarse allí por asegurar la prisión de aquel hombre, que decía era muy importante a Su Mjd. y que les sería muy mal contado hacer otra cosa.

Con lo cual se resolvieron en hacerlo así, y enviando luego el alguacil el aviso del caso con un propio a don Rodrigo de Santillana, despachó al punto su secretario con dos alguaciles que trajesen al hombre y recados, y así se hizo. Y el pliego de cartas, como venía, sin abrirse, fue a Su Majestad. No se sabe lo que contenía, ni han faltado discursos de que éste fue ruido hechizo⁹⁰ y traza de los que le enviaban, para que, encontrando como acaso cartas que por ventura los abonaban y daban a entender que su fin y intención era otra de lo que había sido, quedasen descargados de la culpa que verdaderamente tenían y pretendían disimular, pero la verdad Dios la sabe, y en este caso no puede dejar de haber cosas encubiertas, unas por no haberlas podido dar del todo alcance, y otras porque la gran prudencia y cristiandad del rey nuestro señor quiere que lo estén por no obligarse a hacer tanta riza ni sacar tanta sangre; que en el tanto con que desde el principio se ha ido se echa de ver que se ha pretendido atajar de tal manera el daño, que fuese con el menor de las personas culpadas que ser pudiese y la culpa y publicidad della sufriese.

89.- Alba de Tormes (prov. de Salamanca).

90.- Artimaña.

CAP. XV. Confirma Su Majestad la sentencia y manda llevar a fray Miguel a Madrid, y notificasele a Espinosa su sentencia

VISTA por el Rey nuestro señor la culpa de todos, confirmó las sentencias y mandó ejecutarlas y que atendiese a ello el Alcalde don Rodrigo de Santillana y el Doctor Llanos se partiese luego para Madrid con fray Miguel. Y apenas hubo esta resolución, cuando el Doctor Llanos partió a intimar la sentencia a la señora doña Ana, que no replicó, antes dijo que merecía más, y de aquí fueron tantos y tan raros los exequiales lamentos y cosas que decía, que hacía enternecer a todos. Y el Doctor Llanos trató de su partida y llevó consigo a fray Miguel para traerle a Madrid con otros presos que sobre el negocio trajeron de Portugal. Y Espinosa que ya lo sabía y no dudaba de su sentencia, el Alcalde dispuso que diferentes personas doctas le fuesen a exhortar, y así lo hizo un Padre de la Compañía de Jesús un viernes por la mañana, veinte y ocho de julio; y alborotándose Espinosa, que le parecía no llegar aquel lance, el Padre procuró persuadirlo con buenas razones, y le dijo que lo que hacía al caso era disponerse para la muerte, pues le quedaba tan poco tiempo de vida. El preguntó que qué tan poco, y no diciéndoselo, porque aún no llevaba orden, rogole Espinosa lo supiese y qué género de muerte le daban.

Volviéndole a ver a la tarde, se la declaró y manifestó, y que tenía cuatro días para granjear la vida eterna. A que Espinosa se puso de suerte que, hablando tantos y tales disparates, no se le podía sujetar a que tuviese conformidad, y estando en este estado llegó el secretario del Alcalde y le notificó la sentencia, y él dijo: «Pues ¿no me darán lugar y letrado para que me descargue y apele lo que quisiere?». Díjole: «¿A quién ha de apelar, viniendo la sentencia aprobada y teniendo confesado su delito?». «Si yo confesé (dijo Espinosa), es porque entendí que no era causa de muerte, ni me persuadí que, ya que lo fuera, fuese tan afrentosa; que ésta ni la trago ni tragaré jamás, ni perderé la queja hasta estar delante del Tribunal de Dios, a quien la tengo de dar, pues no la puedo dar en la Tierra, y esto diga a quien le envió». Fuese el secretario, y el Padre Jesuita, que estaba presente, le comenzó a afear su sentimiento y con palabras sagaces le dijo que ahora más tiempo era cuidar del alma que no del cuerpo, y otras muchas cosas y razones. Mas Espinosa, sonriéndose, le dijo: «No le dé pena, Padre, que ya he pasado buenos ratos en pensar mis pecados, que es mucho lo que siento y tengo que sentir, y no sé si con amenazas pretenden espantarme y sacar cosas que piensan tengo encubiertas, y nunca por temor de la muerte he descubierto mi pecho».

Díjole el Padre que cosas encubiertas fuera bueno descubrirlas a él para asegurar al alma la vida eterna; que a tiempo estaba para que, si quisiese declarar otra cosa, que la dijese y fuese con que pudiese escapar la vida. Dijo Espinosa: «El tiempo descubrirá más», y con esto empezó a confesarse, y a otro día, que era sábado por la mañana, entró el Padre y le preguntó Espinosa: «¿Cuándo hacen de mí justicia?». Díjole que el martes, y con gran ponderación respondió: «Pues no será el martes». Y diciéndole que declarase aquella preñez, dijo que tenía muchos dares y tomares, y que estaba resuelto a pedir que se dilatase, y el Padre le procuró exhortar y disuadir de aquello diciéndole que el demonio era el que le engañaba; y habiéndole convencido, prosiguieron en la confesión, en la cual gastaron todo aquel día y el siguiente, y lunes por la mañana le dieron el Santísimo Sacramento, que recibió con gran devoción y arrepentimiento de sus pecados.

Y ayudándole entonces y el día antes dos Padres Descalzos que para este fin habían venido y también el Padre de la Compañía, nunca le dejaron, por ver los grandes vaivenes y tentaciones que tenía, y que se le olvidaba cuanto se le decía y volvía a sus preñeces, diciendo que si se viera en medio de un ejército hiciera..., lo cual dijo estendiendo el brazo y apretando la mano, y otras preñeces semejantes, y reprehendiéndole, prosiguió, aunque no era tiempo de decir esto: «Le sé decir que estando en el puerto del Ferrol entre muchos soldados, me aconteció tomar una pica en la mano, y apretándola por medio, casi sin blandearla ni menear el brazo, cayó una parte a un lado u otra a otro, quebrada por medio». Riñole mucho el religioso de tratar cosas semejantes, diciendo que aun no se debía acordar dellas, y aunque de repente se reportase y parecía compungirse, dentro de poco tiempo se olvidaba y volvía con otras tales. Y así aconteció esta vez, porque a pocas razones volvió a hablar de su persona y calidad, quejándose del Rey porque nunca le había enviado a conocer, y decía: «Yo no soy para rey ni para príncipe, sino para más que emperador, que en medio de mis trabajos he sido hombre honrado».

En fin, en estos dares y tomares gastó todo aquel día, y animándole los Padres Descalzos aquella noche, nadie se apartó dél, acudiendo siempre que le veían despierto por ganar por la mano al demonio, que no dormía ni dejaba de inquietarle siempre que veía la suya con varias tentaciones.

CAP. XVI. Prosigue Espinosa con sus preñeces, hasta el día que se hace justicia dél

MARTES por la mañana, con la fama de la justicia que se había de hacer, acudió infinito número de gente a Madrigal de toda la comarca, y entre ellos llegó de Medina del Campo otro Padre de la Compañía que estaba prevenido para aquella función, y llegó a decirle llevaba gran lástima y compasión por las cosas que había oído decir, y se dobló porque se le halló en cuerpo con un calzón y ropilla de terciopelo, muy galán, y medias de seda y ligas con puntas, y el semblante bueno, de manera que si no hubiera de pasar ninguna cosa por él. Apartáronse con él los dos Padres de la Compañía, y dijo que quería hablar un rato a solas con el que había venido, y le hizo sentar en una silla, que él no podía estar sino en pie paseándose. Le dijo el Padre que aquél era tiempo de gran sosiego, con que le hizo sentar y empezole a preguntar qué se decía dél y de su negocio, y diciéndole que no era tiempo de eso, sino de llorar sus pecados, dijo: «Ya lo he hecho todos estos días, y confío en su Divina Majestad que me los tiene perdonados». Y exhortándole, le dijo: «¡Ah Padre, que mis culpas muchas son y merecen esto y mucho más; que si supieran quién soy...!»». Y quedose así, y dijo el Padre qué era lo que habían de hacer, y dijo: «¿Por ventura entienden que nací en las malvas? ¿Mis cosas hacerlas de hombre común y bajo? ¿Había yo de ser tan desatinado que había de emprender cosa tan grave y sin fundamento? Mi muerte descubrirá quién yo soy y lo que en esto hay; y lo que siento más que mi muerte es el daño que della se ha de seguir, porque con ella clamarán los que ahora callan. Y no fuera mucho que en diez meses que estoy preso en-

viara el Rey quien me conociera, habiéndolo yo pedido tantas veces, y de lo mucho que ha gastado en este negocio, gastara algo en saber este punto». Reprimiolo el Padre diciéndole que nadie se persuadía a que era otro del que había confesado, que no se cansase en aquello, que cuando fuera verdad lo que decía y él fuera el Rey don Sebastián o don Antonio, no se le había de creer. A lo cual dijo Espinosa: «¿Yo don Sebastián ni don Antonio? No quiera Dios que yo diga tal; pero sin eso puedo ser quien, si se supiera, no pasara por esta pena». Díjole el Padre: «Cesen ya del todo las quejas, y persuadámonos a que no hay más que decir ni pensar, y tratemos de lo que importa para el alma», y que acabase de salir de aquel engaño y creer cuán poco tiempo tenía de vida.

Con que el Alcalde al punto mandó llevasen el serón y le pusiesen la soga a la garganta y atasen las manos con el crucifijo en ellas y aceptando la muerte; y en esto llegó la hora de comer, lo cual hizo y durmió la siesta muy de sosiego, como si nada hubiera de pasar, y despertando llamó a su confesor y estuvo buen rato con él a solas, y llegando la hora de sacarle a arrastrar, que fue a las cuatro de la tarde, poco antes entró un regidor de Medina del Campo y reparó Espinosa en él, y viéndole bien tratado, dijo: «¿Ahora acuerda el Rey de enviar quien me conozca?». Y esto repitió dos veces, y asegurándole que no iba a tal cosa, le llevaron y pusieron en el serón, y ayudándole cantidad de religiosos de aquella comarca que allí se hallaron, comenzó el pregón, que decía así:

PREGÓN

Esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro señor, y el Alcalde don Rodrigo de Santillana en su nombre, a este hombre por traidor al Rey nuestro señor y embustero; y porque siendo hombre vil y bajo se había querido hacer persona real, le mandan arrastrar y que sea ahorcado en la plaza pública desta villa y descuartizado en ella y su cabeza puesta en un palo. Quien tal hace, que así lo pague.

Llevándole así como está dicho, oyendo decir «por traidor», dijo «¡Eso no!», y cuando dijeron «vil y bajo», dijo: «¡Eso Dios lo sabe!». Desta manera lo llevaron por las calles más públicas del lugar, y llegando al pie de la horca, sacándole del serón se puso a mirar a todas partes con tanta entereza y señorío como si entrara en una justa o torneo, y poniendo los ojos en una ventana de la cárcel donde estaba el Alcalde por si quería declarar algo, como había prometido de hacerlo, y como le vio quiso hablarle, y el Padre de la Compañía se lo estorbó y se reconcilió, y subiendo a la horca, pareciéndole que ya había subido hartito, quiso volver el rostro adonde le había de volver; le dijo el verdugo que subiese otro escalón, y dijo con gran severidad: «¿Esto más nos faltaba?», y subió, y pareciéndole que el cordel no estaba bien puesto, subió las manos con el Cristo y le compuso con grande aire, que parecía hacer burla: de la muerte:

Volvió otra vez hacia donde estaba el Alcalde y le dijo: «¡Ah señor don Rodrigo de Santillana!». Entonces el Padre Descalzo se lo impidió y le dijo que pidiese perdón a todos del mal ejemplo y escándalo que había dado; él lo hizo, y otra vez se encaró al Alcalde y con ojos airados le dijo: «¡Ah don Rodrigo!». Y el Padre le apretó el crucifijo en la boca por que no hablase alguna palabra airada que escandalizase, y el Padre dijo después al Alcalde que, a lo que entendía quería citarle para el Juicio de Dios; y habiéndose sosegado, hizo su

oficio el verdugo, que tardó mucho en ahogarle, que según habían sido sus embustes dio que sospechar a la gente que había guardado algo para aquella hora. Quiera Dios que su muerte sirva de escarmiento para otros, que bien hay que escarmentar.

Concluida la justicia de Espinosa, hicieron lo mismo en las demás personas que se hallaron culpadas, desterrando a unos, azotando y echando a galeras a otros, y desterraron a la ama de Espinosa del Reino.

Pasados algunos días llevaron al convento a la señora doña Ana en un coche, con extraño sentimiento de unos y de otros a las lástimas que causaba las cosas que hacía. Pusieronla en Ávila, y es de creer de su cristiandad que sacaría más ganancia para su alma deste caso que han sacado los demás para el alma y para el cuerpo.

CAP. ÚLTIMO. Degradúan a fray Miguel; entréganle al Brazo Seglar y muere ahorcado en la Plaza Mayor de Madrid.

LAS diligencias que con fray Miguel se hicieron no vinieron a mi noticia tan particular, pero el fin que tuvo declara lo que pudo ser. En 16 de octubre del mismo año de 1595 fueron a la cárcel el Doctor Llanos y el Alcalde con él y juntos llevaron en un coche al dicho Fr. Miguel a la iglesia de San Martín, una de las principales parroquias de Madrid, que es convento de la Orden de San Benito, donde le estaba aguardando el Arzobispo de Oristán, a quien estaba remitido el degraduarle, y estando la iglesia llena de todo género de gente, salió el dicho fray Miguel con gran modestia, y hincado de rodillas en las gradas del altar mayor oyó la sentencia, que es como se sigue.

SENTENCIA

En el negocio y causa criminal que ante nós pareció por comisión apostólica entre las partes, de la una Matías Rodríguez, promotor fiscal, actor acusante, y de la otra fray Miguel de los Santos, vicario general y fraile profeso de la Orden de San Agustín, reo acusado, fallamos que el dicho Matías Rodríguez, promotor fiscal, probó su acusación contra el dicho fray Miguel de los Santos acerca de los delitos de que fue acusado. Dámosla por bien probada de que habiendo sido traído el dicho fray Miguel a estos Reinos de los de Portugal por culpado en los alborotos que en aquel Reino hubo contra el Rey nuestro señor, favoreciendo la parte de don Antonio de Portugal, que injustamente usurpando el título de Rey se quería alzar con él, y estando fray Miguel en Madrigal por vicario del monasterio de Nuestra Señora de Gracia de aquella villa cinco años había, no se enmendando ni corrigiéndose de la dicha culpa, ni siendo grato a las mercedes que Su Majestad le había hecho, desde luego que comenzó a ser vicario del dicho monasterio, dando la última muestra de su incorregibilidad sabiendo y confesando ser el Rey nuestro señor el legítimo Rey de Portugal, y no otro ninguno, y después de sus muy largos y felices años el Príncipe nuestro señor y sus sucesores; fue persuadiendo a una monja profesa del dicho monasterio como el Rey don Sebastián era vivo y andaba peregrinando todo el mundo cumpliendo cierto voto que había hecho, y que había de casarse con la dicha monja, fingiendo para esto muchas revelaciones divinas diciéndole misa y en otras oraciones hasta tanto que la dicha monja y otras lo creyeron, y haciendo

prevenciones con personas que venían de Portugal para que si la dicha monja les preguntase si era vivo el Rey don Sebastián, dijese que sí. Y continuando su intento y maraña, hizo que Gabriel de Espinosa, pastelero, natural de Toledo, echado a la puerta de la iglesia, siendo vil y bajo se fingiese ser el Rey don Sebastián, haciendo que la dicha monja le escribiese cartas como a tal Rey, el dicho fray Miguel le dio medios y descubrió secretos para ser tenido por tal Rey y hiciese creer lo mismo a la dicha monja, por ser muy propia para conseguir dicho efecto. A la cual también decía dicho fray Miguel que en las revelaciones que fingía le decían que dicho Espinosa, que estaba presente a la misa, era dicho señor Rey don Sebastián y que Nuestro Señor le señalaba con el dedo, y para más seguridad de que era verdad, y en presencia de la monja, se postró dicho fray Miguel en el suelo y de rodillas le besó la mano como a tal Rey don Sebastián que fingía ser, todo a fin de que se casase con él; como real y verdaderamente hizo el dicho fray Miguel acerca dello el dicho Gabriel de Espinosa le diese cédula de promesa de casamiento, prometiéndoselo con título y firma de Rey, en su presencia y que entre ambos hubiese otras palabras de promesa, como se hizo, con intento de que a cierto tiempo el dicho Espinosa, con aquella falsa opinión y esforzando con los dichos medios y casamiento, y con otros que iba tomando escribiendo a algunos poderosos de Portugal como era vivo el Rey don Sebastián y que le tenía casado con la dicha monja y que no le quería manifestar hasta cierto tiempo; y tratando de ir en persona a Portugal a asentar el dicho trato para conseguir su intento conmoviendo el Reino para ello, y confiado en la mucha opinión y reputación en que estaba en él, se alborotasen los dichos Reinos de Portugal para hacer Rey dellos al dicho Gabriel de Espinosa, para por este camino perturbar al Rey nuestro señor la posesión dellos, teniendo en secreto, luego que se hiciese, descubrir el engaño de Espinosa para que don Antonio, que estaba prevenido, pudiese apoderarse y hacerse señor de todos los Reinos de Portugal, como lo tenía tratado con el dicho don Antonio. En todo lo cual el dicho fray Miguel siendo incorregible, contra el Rey y Reinos, y contra su reputación y obligación que tenía a su Rey natural, y como religioso, letrado y vicario de dicho monasterio, tenía cometidos graves y enormes delitos y fue causa de los de Gabriel de Espinosa y del engaño y error de la dicha monja.

En lo referido, el dicho fray Miguel de los Santos no probó cosa alguna de que se pueda aprovechar para su descargo; lo damos y pronunciamos por no probado. Por lo cual y demás que del proceso resulta, a que nos referimos, le declaramos por perpetrador de los dichos delitos sobre que ha sido acusado, y en su consecuencia le debemos condenar y condenamos en perpetua degradación, sin especie de restituciones, y por la presente le deponemos y privamos perpetuamente de su hábito y oficio sacerdotal, y de todas las Ordenes Mayores y Menores, y de todas sus gracias, exempciones y prerrogativas que debía gozar por razón dello. Y asimismo le condenamos a que sea real y actualmente degradado con las solemnidades acostumbradas de Derecho por un Arzobispo o Obispo cuyo nombramiento en nós reservamos, y que así degradado, sea entregado al Brazo Seglar para que proceda en la causa como convenga y hallare por Derecho. Y asimismo le condenamos en perdimiento de todos sus bienes que en cualquier manera tenga y le pertenezcan, aplicados para la Cámara de Su Majestad, gastos de Justicia y costas deste proceso, cuya tasación en nós reservamos. Y mandamos que esta nuestra sentencia se lleve a pura y debida ejecución sin embargo de cualquiera apelación que dellla se interponga, que así conviene al: servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad. Y por esta nuestra sentencia lo pronunciamos y mandamos. El Doctor Juan Llanos de Valdés.

Oída la sentencia, se volvió fray Miguel a la sacristía, y entonces el Arzobispo hizo la degradación con harto sentimiento y lágrimas de todos, y acabada, allá dentro, le quitaron el hábito de religioso y salió con un ferreruelo negro, viejo, y un sombrero en la mano y su venerable calva descubierta, y llegando hasta la puerta de la iglesia, el Doctor Juan Llanos de Valdés, juez eclesiástico, le entregó al seglar, que era el dicho Alcalde, y le llevaron en un coche a la cárcel, donde se le notificó la última sentencia: que fuese de ser llevado por las calles públicas de Madrid conregoneros delante declarando sus delitos, y que fuese ahorcado en la plaza pública y que dentro de dos días se había de ejecutar. Y así se comenzó a disponer con muchas veras, pidiendo le llamasen dos frailes de San Francisco, y confesó con uno dellos, gastando en esto los dos días; y llegó el señalado, que fue a diez y nueve de octubre, y estando con grande ánimo y devoción esperando su hora, fueron llamados por el Alcalde dos padres de la Compañía de Jesús para que le ayudasen en aquel tránsito, los cuales juntos con los de San Francisco, estuvieron con él toda la mañana y le acompañaron hasta el pie de la horca, donde había acudido tanta gente cuanta pudo a un tan raro y desacostumbrado caso.

Estuvo al pie de la horca un gran rato encomendándose a Dios, y antes de subir la escalera dijo en voz moderada, que lo oyeron muchos de los circunstantes, que él merecía aquella muerte y que había confesado por donde justísimamente se le daba; mas que, para el paso en que estaba, que en las principales cosas que le imponían no tenía culpa, porque desde que el Rey don Felipe nuestro señor había tomado posesión de los Reinos de Portugal siempre le había tenido por verdadero y legitimo rey, amándole y obedeciéndole como a tal, y que no había pretendido que otro entrase en él, sino que aquel hombre le había engañado y que le había tenido por el Rey don Sebastián creyendo que lo era; y no escribió a don Antonio ni supo nada; que si otra cosa había confesado, había sido por el temor grande que había tenido de los tormentos, y que él ofrecía aquella muerte a Nuestro Señor y le suplicaba la recibiese en descuento de sus pecados. Luego fue subiendo la escalera con grande ánimo, y llegó el notario de la causa de parte de Su Majestad a preguntarle algunas cosas, que no se pudieron entender por hablar bajo, y estuvo un gran rato, a lo cual, al parecer, respondía con grande ánimo y brío. Y con esto acabó de subir la escalera, y mientras el verdugo le ponía los cordeles estuvo con grande entereza y valor, abrazado de un crucifijo con muestras de grandísima; devoción, hasta que el verdugo le echó de la escalera y en muy breve tiempo le ahogó.

Este fue el fin de un hombre de tan grandes partes, y me parece lo sea en no advertir los ardides y invenciones del demonio, que poco a poco va acabando y enredando a quien se deja engañar dél, hasta hacerle venir a dar en cien mil disparates y desatinos, como lo han sido los que en esta historia van referidos de los dos por personajes della; que, mirado desde afuera, no parece que podía haber mayor locura que lo que intentaron, y con serlo tanto, parece sueño, pues estaban tan persuadidos de salir con su intento, que estando presos aún entendían persuadir al mundo. Y aun el triste Espinosa, procedió de manera que perseveró tanto en su desvanecimiento, que no dejó sus preñeces hasta la muerte; que casi se puede dudar si se vino a desconocer a sí mismo, olvidándose de quien era y teniéndose por quien no era, dando en esta locura de que era quien se había comenzado a fingir.

Y no me espanto que una pasión tan fuerte como él tuvo le hubiese arrebatado el alma y turbado la fantasía de manera que le hizo dar en esta locura, como otros dan en otras

particulares, y hablando en las demás cosas con cordura. Y comoquiera que ello sea, lo cierto es que el haber subido tan alto su pensamiento y con tan gran desigualdad a sus merecimientos le hizo desconocerse y que no atinase a ponerse en su lugar; que es fuerte cosa una pasión, pues de tal manera se apodera de quien se deja llevar della.

Por cosa particular y portentosa, referiré lo que sucedió en Burgos estando este padre fray Miguel de los Santos comiendo con el Arzobispo. Fue que cierto personaje que comía con ellos, grande astrólogo y matemático, miró con grande atención a fray Miguel, y después de haber comido, con grande melancólica dijo a solas al Arzobispo: «No sé, señor ilustrísimo, para qué he estudiado esta ciencia, porque no me sirve sino de inquietudes, y estoy por quemar mis libros». El Arzobispo le preguntó: «Pues ¿por qué?». A lo cual le respondió: «Señor, desde que este fraile se sentó a la mesa, no sé qué me vi en él o qué fantasía me dio, que, mirándole después con grande atención, hallo por mi ciencia que ha de morir ahorcado». El Arzobispo se rio, y él le dijo: «Quiera Dios, señor, por quien Él es, que yo salga mentiroso».⁹¹

FIN

En Jerez, por Juan Antonio de Tarazona.
Año de 1683.

91.– Este párrafo sólo se encuentra en la edición de Jerez-1683.

